# HISTRIÓN DEL ESPACIO

JOHN BRUNNER

GALAXIA
Ciencia Ficción

La novela es una mezcla de toda la parafernalia de la ciencia ficción de los cincuenta, incluyendo viajes en el tiempo, con intrigas palaciegas al estilo más rancio de la space opera del momento.

epublibre

John Brunner

# Histrión del espacio

**Galaxia - 51**

**ePub r1.0**
**Titivillus** 17.06.16

Título original: *The space-time juggler*
John Brunner, 1953
Traducción: Fernando M. Sesén

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

# HISTRIÓN DEL ESPACIO

# I

Era una noche salvaje. El viento por entre los arboles como el hijo de un gigante, gritando su tristeza hacia el negro cielo, cubierto de nubes huidizas, y la lluvia se vertía y salpicaba en la tierra, arrancando incluso de su sitio la tosca hierba de Argus, bailoteando como una nube de diablos a través de los viajeros como una miríada de agujas de hielo, empapando las banderas imperiales del castillo de los reyes hasta que fueron demasiado pesadas para flamear en sus astas ante el impulso del viento, demasiado pesadas para revelar que ondeaban boca abajo para significar la muerte de un rey.

En el exterior del negro castillo la gente aguardaba, mirando. Eran gente gris, gente vulgar, hombres con toscas manos de granjeros y mecánicos, mujeres, con rostros surcados de arrugas y ojos como brasas moribundas.

Sonaba una campana.

La tormenta azotaba las ventanas de un solitario helicóptero que estaba a pocas millas de distancia en la noche. No tenía el aspecto de haber sido echo con manos humanas, porque venía de uno de los mundos mutantes de más allá de los límites del Imperio, donde los niños inhumanos de los hombres hablan sido acorralados por el latigazo del odio, y donde habían construido para sí mismos una cultura que aún conservaba el conocimiento perdido del Imperio en la Larga Noche que inundó las estrellas, hacía diez mil años.

El hombre ante los mandos manipuló con delicadeza, porque el navío rebrincaba como una cosa viva y este movimiento impaciente podría desgarrar sus aspas arrancándolas de los zumbantes motores y arrojarlos en una caída de dos kilómetros contra las tierras yermas de abajo. Tenía una frente alta y despejada y unos labios sensitivos, la nariz y los ojos de un águila y las manos eran pálidas y largas. Su

voz, cuando habló, era baja y agradable.

Miró durante un segundo de reojo por encima de su hombro y dijo:

—Hermoso tiempo, ¿eh, Sharla?

Había otras dos personas en la cabina tras él, incómodas en los asientos construidos para no-hombres mayores que simples humanos. La muchacha de la izquierda se estremeció y se arrebujó más en la capa, tratando de acercarse el máximo al rincón donde se sentaba. Dijo:

—Landor, ¿queda mucho todavía?

Landor arriesgó a dirigir una rápida mirada desde el frenético mundo exterior hasta el señalador le posición que lucía como una luciérnaga en una esquina del panel de control. Dijo:

—No mucho. Quizás otros diez minutos de vuelo nos llevará hasta allí.

El tercer pasajero gruñendo expresivamente, dijo:

—Esto es la cabalgada de las furias, Ser Landor, sin la menor duda.

Landor soltó una breve carcajada, sin apartar los ojos de la tormenta ni levantar las manos del cuerpo una fracción infinitesimal. Contestó:

—Tiene usted madera de poeta, Ordovic.

—¿Poeta? Yo no —repuso Ordovic, sus ojos vagando desde las ventanas al rostro pálido y firme de Sharla, que ocupaba el asiento de su lado—. Sólo soy un vulgar hombre de lucha, más a gusto con la espada que con la pluma y más feliz con la daga que con otra cosa.

Llevó su mano al cinturón donde pendía su propio acero y el metal sonó suavemente dentro de su funda, y ante el ruido sus oscuros ojos se llenaron de algo que suponía era autodepreciación.

Añadió, llevándose la mano al broche de su cuello:

—Tiene usted frío, mi señora. ¿Quiere mi capa?

Sharla le detuvo con un gesto.

—Ahora no, Ordovic. Sólo nos quedan de vuelo diez minutos y no deseo que usted se congele durante ese lapso de tiempo. Habrá calor en el castillo:

Landor dijo con intención:

—Puede que nos preparen una cálida recepción en el sentido

más extenso de la palabra, Sharla. Ordovic, yo no soy hombre de lucha… mi afición a la espada acabó con mi juventud… y pongo nuestra seguridad en sus manos.

Ordovic cuadró los hombros y bajo su áspera capa parda se oyó el chasquido del metal.

—Veinte años, Ser Landor —alardeó—, y tan fuerte como un toro Thanis.

Sharla le miró rápidamente y apartó la vista. Su adorable rostro parecía apenado.

# II

La multitud ante el castillo se dispersó notablemente. Muchos llevaban esperando desde la puesta del sol de la última tarde, viendo cómo se hundían las banderolas y se alzaban de nuevo bajo la tenue luz roja del sol de invierno, y cuyas banderolas habían sido izadas al Grito de Muerte por Andalvar de Argus, como si fueran vigilantes en honor a su gobernante, durante el frío húmedo de la tempestad.

En una roca lisa y desnuda junto al camino esperaba un muchacho de unos siete años y un viejo de sesenta, inclinado y gastado, porque la vejez llegaba, rápidamente en aquel áspero mundo. El muchacho bostezó y se apiñó apretándose contra el anciano, mejor dicho, contra la anciana, porque sólo mirando de cerca podía distinguirse en aquellos rasgos de suma vejez, el sexo del acompañante del muchacho. Cerca oyóse el impacto de la detonación. También cerca los hombres echaron a. Correr frotándose y soplándose las manos. Al sacudirse resbalaba agua de sus chaquetas de cuero.

De pronto la anciana cerró los ojos, y juntando las manos susurró:

—¿Ronail?

—Aquí estoy, abuela contestó el muchacho, rodeándole sus escuálidos hombros.

—Ronail, presiento malos días —murmuró la anciana, su voz como un rumor de hojas secas bajo el viento—. Ronail, veo malos días por delante de Argus, y me da lástima.

Uno de los hombres próximos se volvió de pronto, su barba salpicada de gotas de lluvia que relucía como diminutos diamantes. Se inclinó y dijo apremiante al muchacho:

—¿Qué fue eso?

El muchacho contestó con la indiferencia e inconsecuencia de la juventud.

—Es sólo la abuela. Es una agorera.

Los ojos del hombre se iluminaron y se inclinó todavía más para oír el débil susurro de las palabras que salían de los labios cortados y ajados de la mujer. Otro individuo se acercó.

—Ronail… Ronail, ¿dónde estás?

—Aquí, abuela dijo el muchacho consolador, oprimiéndose contra ella.

—Ronail… veo próximos malos tiempos para Argus. Veo al brujo negro intrigando para oprimirnos y olvidar el Imperio… a la gente gimiendo y a los soldados en pie… El Imperio se ha hecho polvo.

—¡Ay! —exclamó el hombre de la barba—. El brujo negro, Andra ¡Este es un día malo para Argus!

—¡Chisst! —dijo un hombre tras él—. Pueden haber más.

—El purgar del fuego y el flagelar del látigo —recitó la vieja con sus murmullos—. Las ofensas y la ira de los señores…

El de la barba se persignó, y el muchacho después de quedarse por un instante maravillado, hizo lo propio.

—Ay, la oscuridad de la Larga Noche está próxima a ser vista, aparecerá el brujo negro y serán más negros aún para Argus…

Se produjo otro sonido distinto al de la tempestad, débil, lejano, como el zumbar de una mosca monstruosa, y la anciana abriendo los ojos miró sin hacia el castillo.

El zumbido creció. Incluso los sordos podían oírlo ahora. Un zumbar grande y firme que los oídos y agarrotaba los corazones. Todos quedaron plantados, registrando el desnudo cielo negro.

Luego allí apareció una lucecita que se hizo más brillante que todas las lunas de Argus, cada una con el nombre del dios de ojos múltiples, nueve nombres, nueve satélites, que destelló de la nada en el firmamento y se fijó mientras el ruido crecía. Por encima se vio algo parecido a las alas de un insecto.

—¡Un diablo! —gritó alguien y la multitud pareció dispuesta a huir, pero el de la barba los contuvo diciendo desdeñoso:

¿Qué diablo se aventuraría acercarse al castillo de los reyes? No, es una máquina, una máquina de volar. Las he visto en mis viajes,

pero jamás creí poder ver una de ellas en el aire de Argus.

La explicación pasó de boca en boca, suspiraron y se plantaron con más energía. Despacio, la luz se posó, agitada por el viento pero acercándose gentilmente hasta el espacio desnudo que había dejado el primer movimiento de huida de la multitud. El ruido era como el tamborilear de un demonio.

Tocó el húmedo suelo ante el castillo y la luz desapareció cesando al mismo tiempo el ruido.

Se abrió la puerta de la máquina y tres figuras emergieron, las primeras dos dejándose caer ligeramente en el suelo y volviéndose después para ayudar a la tercera.

Juntos, los recién llegados pasaron por entre la multitud, que se apartó ante el aire de autoridad empleado por el que parecía el jefe. Este era un hombre alto, con un casco brillante y una capa que parecía seguir prolongándose tras él como si fueran un par de grandes alas, marchando a través de las ráfagas de viento como si la tempestad no existiera.

Ante las poderosas puertas de hierro del castillo se detuvo. Luego con el pomo de la espada martilleó, y echando la cabeza hacia atrás gritó con una voz de toro que hizo retumbar el castillo y apagó el clamor de la tempestad.

—¡Abrid! ¡Abrid en nombre de la hija de Andalvar, la princesa Sharla de Argus!

# III

Senchan Var alzó la cortina de la estrecha tronera de la pared y miró por ella a la negra noche exterior. Dijo:

—Quedan unos pocos, mi señora.

—Naturalmente, Senchan —contestó perezosamente Andra con un atisbo de risa en su voz—. ¿Esperabas menos de gente leal a sus reyes?

Dejó caer nuevamente la cortina y se volvió para apoyarse contra el muro, con el rostro pensativo.

—Han ocurrido cosas, mi señora… antes de lo que esperábamos. Quizás demasiado pronto. Yo calculé un mes más.

Andra se arrebujó en los almohadones de seda amarilla de su diván como un gato bien alimenta do. Tenía también ojos de gato, amarillentos, pesados párpados, y su pelo negro le discurría por los hombros como el manto de la noche cubría el castillo.

—¿Por qué dices eso, Senchan? —dijo con indiferencia, pellizcando uvas de un frutero ante ella y partiéndolas con sus dientes perfectos—. ¿Por qué nuestros planes no han de resultar perfectos ahora como más tarde? —Arrojó una de las frutas al mono negro siriano encadenado a la pared opuesta de la sala y soltó una risita cuando el animal lo atrapó y lo rechazó. Los de su especie no eran vegetarianos.

Senchan Var siguió el movimiento con sus ojos y se estremeció. Confesó francamente:

No es que nuestro plan no funcione, mi señora. Va demasiado bien. Todo marcha como una seda. No puedo librarme, sin embargo, del temor de que haya un fallo.

—¿Es la idea de Sharla lo que te da miedo, Senchan? ¿Una niña… olvidada, perdida? Hace siete años que no ha sido vista ni se

han tenido noticias de ella, Senchan.

Senchan con el codo se apartó de la pared y camino inquieto de arriba a abajo, con sus pies desnudos pardos y delgados en la blanca como nevada alfombra. Dijo:

—No, mi señora. Sharla es el factor más improbable en que contar. Si no ha muerto, no se enterará dé la muerte de su padre durante mucho tiempo, después de que usted sea establecida regente.

—¿Entonces es Penda quien te preocupa? A propósito, ¿dónde está?

—Durmiendo, mi señora. Hace rato exhibió mucho pesar… lloró y se durmió.

—Claro —comentó Andra—. Es natural a su edad.

—¡Natural! —exclamó Senchan Var con desdén—. Perdón, mi señora, pero llorar como una chica a su edad es vergonzoso. Si mi hijo lo hiciera siendo como es de la misma edad que el príncipe Penda… Rey Penda, debería decir, supongo… me levantaría de mi lecho de muerte y le golpearía.

Andra curvó sus carnosos labios en una sonrisa y cogió un hueso ensangrentado del suelo cerca de su persona. Ante el movimiento, el mono en la otra parte de la habitación se incorporó y avanzó todo lo que permitía su cadena, dejándose caer de rodillas, sus espesos labios retirados mostrando unos dientes como cinceles. Ella volvió a reír, con mucha suavidad.

—Este es un sentimiento leal, Senchan —dijo a él—. Lo que me recuerda… llevó a su lebrel al comedor de nuevo hoy, contra las órdenes de su padre. Haz que venga Dolichek, ¿quieres? Y el encargado del látigo.

El rostro tosco de Senchan Var se volvió para mirarla asombrado. Dijo:

—Mi señora, en mi opinión Dolichek es la mitad de los motivos que tiene Penda para ser insolente. Si me permite la sugerencia, Dolichek debería ser despedido ahora mismo y esta práctica suspendida.

Los dedos de Andra se plegaron como un cepo de acero cerrándose sobre el hueso que sostenía y la sangre de la carne brotó roja por entre sus dedos. Dijo con una especie de susurro sibilante:

—No, Senchan. ¡Piensa! Mal criado puede estar… mal criado lo

está. Pero así conviene más a nuestros propósitos. Trae a Dolichek.

Senchan se encogió de hombros, y con una muda rebelión ardiendo en sus ojos, contestó:

Muy bien, mi señora; pero me duele el corazón al ver cómo el fruto de un buen árbol se pudre.

Andra se relajó y el mono chilló tentativo, extendiendo sus negras zarpas sin pelo hacia el hueso. Ella con impaciencia se lo arrojó. Lo atrapó en el aire y se acurrucó contento para mordisquearlo en el suelo.

Débilmente por encima del apagado rumor de la tempestad, y amortiguado por dos metros de piedra, hubo un zumbido como el de una mosca gigantesca. Senchan Var lo advirtió frunciendo el ceño, pero puesto que Andra no hizo el menor comentario, nada dijo, si no que tiró del cordón de la campanilla junto a la ventana, y un sonido metálico retumbó en alguna parte exterior.

Un esclavo con la piel cálida y parda de un marzón y los ojos desviados de un hombre nacido bajo una estrella variable, entró en silencio y se paró a la espera de órdenes.

Andra cogió más fruta del frutero de plata y dijo, mientras mordisqueaba una suave pasa sireniana:

—Samsar, que venga Dolichek y el amo del látigo.

El esclavo se inclinó y volvió a desaparecer y ella dijo con malicia a Senchan Var:

—¿Senchan, qué ocurre ahí fuera?

—No lo sé, mi señora —informó Senchan, tratando de perforar con sus ojos la densa oscuridad exterior—. Ahí fuera está tan negro como la boca de un lobo.

—Entonces deja caer la cortina —ordenó Andra—. Ya hace bastante frío así. Y continuará durante varios días. Ya conoces estas tormentas.

El esclavo se plantó de nuevo, silencioso, en el extremo lejano de la estancia, a tres pasos del mono negro que gruñía mientras roía su hueso. Dijo:

—Mi señora, Dolichek y el amo del látigo esperan.

—Que entren —ordenó Andra, inclinando la cabeza. Senchan Var rezongó y volvió a acercarse a la ventana. Se quedó inmóvil de espaldas a la entrada mientras el esclavo introducía a Dolichek y al poseedor del látigo.

Dolichek era un muchacho de unos quince años, de rostro delgado y puntiagudo y un cuerpo con más huesos que carne y escaso en desarrollo. Se echó hacia atrás un mechón rebelde de cabello rubio, salpicado de suciedad, y trató de hacer una reverencia a Andra, que sonrió despacio mientras tornaba otra fruta.

—Dolichek —dijo ella—, príncipe Penda… rey Penda… llevó su lebrel al comedor otra vez hoy, contra la orden de su padre — parecía encontrar un malicioso placer al anunciarlo.

Dolichek suspiró tan ligeramente que era difícil advertirlo, y dijo:

—Muy bien, mi señora. La última vez fueron tres golpes.

—Pues esta vez que sean cuatro —dijo Andra con indiferencia—. ¡Esclavo, cuatro latigazos!

El dueño del látigo era un negro de dos metros de altura. Procedía de Leontis donde sus antecesores, bajo el primer rey de Argus, habían sudado en la mina de platino de un mundo a millones de kilómetros lejos de su primitiva fuente de ascendencia. Cuando asintió con la cabeza ante la orden de Andra, los músculos de su cuello, pecho y hombros se hincharon. Se escupió en las manos y humedeció la lengua de su látigo con montura de plata, flexionándolo, alzando el brazo…

Andra le detuvo con un gesto.

—¡Escucha! —exclamó—. Senchan, ese ruido ha cesado. Mira a fuera.

Senchan Var sólo necesitó un paso para alzar la cortina amarilla de la ventana. Miró en la noche, y sacudió la cabeza.

—Demasiado oscuro y más aún por la luz de aquí dentro — informó—. Parece que hay alguna especie de carruaje fuera en el camino del castillo.

De algún lugar inferior llegó el sonido de metal contra madera y Andra se quedó petrificada cuando tal sonido saltó de piedra a piedra recorriendo el edificio. En un profundo silencio, exceptuando los lloriqueos del mono sobre su hueso, oyeron la voz de un hombre gritando:

—¡Abrid! ¡Abrid en nombre de la hija de Andalvar, la princesa Sharla de Argus!

# IV

Kelab el Conjurador miró a ambos lados de la Calle de la Mañana contemplando las piedras grises húmedas del rajado pavimento y los charcos de agua en las bocas obturadas de las alcantarillas.

A pocos metros calle abajo, una vieja arrugada, una de las muchas mendigas que ocupaban la Calle de la Mañana, estaba acurrucada en un umbral. La miró detenidamente, desde sus ojos cerrados hasta manos rígidas y pies desnudos, y se fijó en la boca, abierta como la de un idiota. Estaba muerta.

Se persignó, como cualquier individuo haría, y arrojó unas pocas monedas en la taza de estaño de sus pies. Ningún buscavidas tocaría aquellas monedas, porque eran dinero para el entierro, y como tal, maldito. La vieja tendría su funeral.

Olisqueó el aire. Tenía un olor en parte limpio, motivado por las calles recién lavadas y de otras millares sin lavar de la Ciudad Baja, y lo inhaló agradecido. Sus ojos recorriendo los desiguales tejados de las casas hasta que se pararon en el mástil 4e la bandera de la fortaleza en la Colina de los Reyes, a dos kilómetros de distancia.

La bandera estaba boca abajo, el orgulloso sol de oro colgando triste en el cuartel inferior en lugar de estar en lo alto. El lema en letras negras de la Casa de Argus invertido por encima. Los labios de Kelab formaron despacio las palabras.

—Sé fuerte; sé justo; sé fiel.

Sin apartar los ojos de la bandera buscó en sus bolsillos y sacó un reloj, un reloj que jamás salió de ninguna forja del Imperio. Lo miró y sus ojos se llenaron de satisfacción y sus labios adoptaron la forma de una sonrisa sombría.

Bajó el oscilante letrero salpicado por la lluvia que una vez dijo: «La Casa de la Fuente Burbujeante», se detuvo y se frotó la barbilla

recién afeitada. Pareció llegar a una rápida decisión. Descendió los escasos escalones de debajo del cartel y abrió la mal encajada puerta.

Más allá, el aire era espeso, varias veces respirado; estaba cargado con olor a sudor, a licor y a drogas humeantes. En una mesa un grupo de hombres espaciales, delgados, de ojos inquietos, rodeaba cinco vacías botellas de «tsinamo», dedicándose al juego sin fin llamado «shen fu» y sus apuestas hechas en voz baja y el chasquear de las fichas eran los únicos ruidos de la estancia.

Había un largo mostrador a la izquierda, cubierto con cartones vacíos de bebida y manchado por el licor derramado. Tras él un hombre gordo con un pelo ralo y pajizo estaba sentado de espaldas a la habitación, tocando una sonata en color sobre un cromógrafo Mimosan.

No se movió cuando se acercó Kelab al mostrador y se instaló en un asiento razonablemente limpio, sino que sólo dijo:

—¿Qué desea?

Kelab contestó:

—Agua, Finzey. Agua de la Fuente Burbujeante.

Finzey apagó el cromógrafo y se dio la vuelta, su rostro grueso partido por una sonrisa maliciosa. Exclamó con tono explosivo:

—¡Kelab! ¿Cuánto tiempo ha estado en el mundo?

—Desde casi media noche… y tuve una llegada dura, también. No había ni un kilómetro de tiempo claro entre las Montañas Silenciosas y esta ciudad.

—Fue muy malo —dijo Finzey con sabiduría, buscando por debajo del mostrador una botella y un jarro—. Pero ya se sabe lo que dicen… mal tiempo, buen negocio.

—El negocio parece haber sido bueno —asintió Kelab, mirando en torno a la sucia estancia. Tomó el jarro que Finzey le había llenado con aquel humeante y poderoso licor que entre risas llamaba agua de la Fuente Burbujeante, lo olisqueó y bebió unos cuantos sorbos.

Finzey instaló su masa en un taburete opuesto y le dijo ansioso:

—¿Dónde ha estado usted últimamente, Kelab… eh? No ha tocado Argus desde… casi hace dos años.

—Y dos meses —afirmó Kelab—. He estado en el Imperio, por sus límites. Aprendiendo algunas nuevas jugarretas en los mundos

mutantes hasta que me arruiné y luego abriéndome paso de nuevo hasta el gran dinero. Pero he visto la bandera invertida en la fortaleza.

Señaló con la cabeza hacia oriente.

Finzey se pellizcó el labio inferior con sus gordezuelos dedos.

—¡Ay! —asintió—. Vino un hombre la media noche con la noticia de que Andalvar había muerto.

—¿Tienes el dinero del entierro? —preguntó Kelab, y Finzey le acerco un tarro blanco de cerámica. Estaba lleno a más de la mitad de monedas, imperiales y extranjeras. Kelab lo sacudió reflexivo, añadió otra moneda y lo apartó.

Los ojos de Finzey se desorbitaron y tocó la moneda con el dedo para asegurarse que era real.

Dijo incrédulo:

—¡Dijo usted que estaba en la ruina, Kelab!

El Conjurador se encogió de hombros.

—Estaba. Dicen que el dinero dado por una buena causa, es dinero ganado, y yo puedo recuperarlo otra vez dentro de tres días. El pobre necesita el dinero para el entierro de los reyes.

—Hay alguien fuera que necesitará que se le entierre —añadió, tomando su bebida.

Finzey asintió.

—Eso se me ha dicho. Se quedara ahí hasta medio día… hasta que el dinero para el entierro crezca. Yo me encargaré de su funeral. Pero, Kelab, ¿no se ha enterado?

—¿Enterado de qué, gordo?

—¿La bandera fue la primera noticia que tuvo de la muerte de Andalvar?

Kelab asintió y Finzey siguió adelante, burbujeando como su propio licor a causa de la excitación.

—Entonces nadie le ha dicho cómo se encontró esta mañana una máquina de volar distinta a las se han visto alguna vez en Argus y que aterrizó ante el Castillo de los reyes en donde yace Andalvar, llevando, según me dijeron, a un soldado, un consejero y a la princesa Sharla.

La mano de Kelab vaciló durante una ligerísima fracción de segundo y mientras apartaba el jarro de su boca su voz era tranquila cuando habló.

—¿Sharla, gordo? Hablas en enigmas. La hija de Andalvar se llama Andra.

—No, no lo entiende —Finzey luchó por explicarse—. La princesa Sharla es la princesa perdida, la que se creía muerta.

Pensativo, Kelab apuró el jarro y lo dejó sobre el mostrador. Dijo:

—Algunas historias me ruedan por la cabeza… pero, recuerda, Finzey, no soy argiano y ocurre tanto en el Imperio que no conozco todas las noticias. Cuéntame.

—Bueno, como usted indudablemente sabe, Andalvar se casó ya entrado en años, hace unos veinte y pico, y su esposa Lora le dio primero una hija, a la que llamaron Sharla. Puesto que era rey, esperaba que un hijo ocupase su lugar en el trono de los años, pero su esposa volvió a darle a luz a otra hija. Andra… a quien llaman la bruja negra, aunque es una belleza sorprendente.

Los ojos humosos de Kelab miraron fijamente a la pantalla blanca del cromógrafo y dijo:

—Adelante.

—Entonces, cinco años después, por último dio a luz a un hijo… Penda, que ahora es rey oficialmente… y murió durante el parto. Y Andalvar, temiendo que su vida fuese corta, aseguró un buen regente para cuando su hijo tuviera edad, enviando a Sharla… de unos doce años, la edad que ahora tienen Penda, para estudiar en una escuela lejana de aquí, en donde se conservaban las artes de la Edad de Oro, según se dice.

»Al cabo de dos años desapareció ella y nadie encontró rastro. Hicieron pedazos el Imperio… buscándola y me sorprende que no sepa nada de eso.

Mecánicamente, Kelab cogió la botella y rellenó el jarro.

—Hace siete años yo estaba fuera del Imperio. Oí sólo rumores —dijo.

—Aun así, estoy sorprendido —prosiguió Finzey—. Sin embargo, ella desapareció y se informó creíblemente que su pérdida casi vuelve loco a Andalvar. En su gobierno, como siempre, era justo y en sus tratos, agudo pero no toleraba que sus otros hijos sufriesen el más ligero daño. Por ejemplo, no consentiría que Andra fuese adiestrada para la regencia como tenía que haberlo sido Sharla, ni sufriría que su hijo fuese golpeado o castigado por sus

desobediencias. Conservó a un esclavo de su hijo, un tal Dolichek, como sustituto para los azotes, de acuerdo con la antiquísima costumbre instalada previamente en estos cuatrocientos años. Y me han dicho, deducido por la disciplina que hizo de Andalvar un gobernante firme, que Andra ha crecido mal criada caprichosa y egoísta, y que no hay en Penda rastro de la cualidad que haría de él un buen rey.

—Comprendo —dijo Kelab reflexivo—. Dime más… ¿quién se considera que es la fuerza de la corte?

Finzey se hacía cada vez más expansivo. Los es del espacio traskaler siguieron haciendo sus susurrantes apuestas y las curiosas fichas azules cambiaron de manos con un suave chasquido. Finzey dijo:

—Oh, la propia Andra, claro, y Senchan Var, un hombre al que llaman el Señor Gran Chambelán. Dicen que tiene en el bolsillo al Consejo de Seis… es decir el consejo de los gobernantes de los mundos vasallos, ¿sabe?

Kelab asintió. Habían seis mundos en el Imperio que tenían nominalmente derechos iguales que Argus en gobernar los restos dispersos de una unión que antaño se extendió por media galaxia, pero eran impotentes singularmente donde Argus resultaba todo lo contrario. Su riqueza, en estos días en que la riqueza se media por navíos y hombres de combate, sólo se equilibraba a la de Argus cuando se unían. Aparte de eso, eran despreciables.

—¿Qué clase de hombre es ese Senchan Var?

—Noble —contestó Finzey—. De buena ascendencia. Y honrado también… pero si se me permite el juicio, está enamorado de la bruja negra. Dicen que sostiene que Andalvar era más que justo en sus tratos con sus súbditos… mejor y generoso… y que pronto un gobierno con mano de hierro, que conocieron nuestros antecesores, servirá para paliar la suavidad de los tribunales revolucionarios. Pero se le admira por sus hazañas en la guerra cuando era joven. Su calidad de espadachín fue legendaria. Creo que el pueblo le seguiría.

—¿Por qué añades eso, gordo? —preguntó Kelab.

Finzey se encogió sus elefantinos hombros.

—Sin motivo, excepto que usted me preguntó quién tenía el poder en la corte. Él es el más grande después de Andra… excepto

quizás Sabura Mona. Nadie conoce mucho de ella.

—¿Y quién es Sabura Mona?

—Eso es algo que no puedo responder. Es una mujer, gorda… más que yo y con mucho, lo que no es un tamaño despreciable. Hay rumores… pero sólo rumores. Dicen que ella ha hablado en cada potaje cocinado en el Imperio, que Andalvar confiaba en ella implícitamente, que ella le aconsejaba. Pero rarísimas veces se la ve en público, no aparece en las funciones palaciegas y si los sirvientes del castillo la sirven, o lo hacen alguna otra clase de criados, no hablan de su ama.

—Enigmático —comentó Kelab.

—Verdaderamente —asintió con énfasis Finzey—. Y no sé más de ello que lo dicho, así que no necesita sentarse aquí mirando como si alguien no se atreviera a satisfacer lo que le apetece a la boca.

Kelab sonrió como un muchacho, mostrando sus dientes blancos en su oscuro rostro, mientras con la mano se alisaba el pelo negro, anudado detrás con una cinta de colores. Tenía un diminuto disco dorado en el lóbulo de su oreja izquierda que reflejaba la luz de las lámparas de la sala. Dijo:

—Está bien, Finzey, pero eres el primer hombre con quien he hablado en Argus desde hace dos años y las cosas cambian durante ese tiempo. Y la voz de la gente… ¿qué dice ahora?

Finzey contestó con viveza.

—¿Se refiere usted a la gran voz o a la pequeña voz?

—La pequeña voz —dijo Kelab. Hizo que él girase en el fondo de su jarro—. La voz que importa.

Finzey miró más allá de él, al grupo de hombres del espacio. Nada parecía haber cambiado a primera vista, pero en sus ojos aparecieron de pronto unas miradas abstractas e hicieron sus apuestas en un susurro, y las fichas cambiaron de mano a mano deslizándose, en lugar de sonar como antes contra la mesa. Bajó ruidosamente del taburete y se afanó en pasar el trapo por el mostrador.

Kelab sonrió con debilidad y una bruma azulada se alzó como humo entre el mostrador y los hombres del espacio que estaban jugando. Se rizó y se retorció como algo vivo y permaneció, una cortina pendiendo de la nada, una telaraña agitada por vientos

intangibles… y una barrera que ningún sonido atravesaría.

Dijo:

—Finzey, ¿qué dice la vocecita?

Con precaución el gordo tabernero se apoyó sobre el mostrador y asintió mirando al velo azul.

—No me acordaba de eso —dijo—. Por algo le llaman a usted el Conjurador. Pero no se puede decir en esta época quien no busca ganar algún dinero como soplón.

—Habla —le ordenó Kelab impaciente.

—Dicen que han habido profecías. A veces de destrucción y muerte como suelen ser siempre las profecías. Cuando Sharla desapareció y de nuevo la voz de los agoreros se oyó. Dicen que la palabra se dijo anoche ante el castillo de los mismos reyes. Negros días para Argus, amigo mío, y el Imperio empolvado y olvidado… y que la bruja negra es la causa. La princesa Andra. Hay quien dice que su regencia podrá finalizar con el Imperio.

Kelab asintió. Sus ojos relucían con brillo sombrío, igual que una lámpara con pantalla de cuerno.

—Por lo que has dicho de ella, lo creo. Y la vocecita… ¿se queja?

—Ruge como un león enjaulado —dijo Finzey llanamente.

—¿Y qué dice de la venida de Sharla?

—Por ahora, nada. Pero hay muchas esperanzas…

—Comprendo —dijo despacio Kelab—. ¿Y el entierro de Andalvar será… cuándo y dónde?

—El tercer día después de la muerte, como es costumbre, y en el castillo de los reyes. Los jefes y los señores asistirán y llegarán aquí mañana o pasado y serán recibidos por la princesa Sharla, presumo… si ella es la verdadera Sharla.

Kelab detuvo su jarro a mitad de camino de sus labios y habló con lentitud.

—Claro, no había pensado en eso.

—La decisión corresponde al Consejo de los Seis tanto como a la Regencia, claro, pero tradicionalmente la hija mayor de un rey muerto es elegida regente si es preciso. Pero en teoría, podría ser de otra manera.

Kelab apuró el resto de la bebida y dijo:

—¿Cuánto te debo?

Pillado por sorpresa, Finzey parpadeó. Dijo:

—¿Tan pronto? ¿Pero por qué? Quería que me contase sus viajes maravillosos desde que nos vimos por última vez. ¿Por qué quiere irse?

Kelab sonrió y señaló con un pulgar la moneda de mil círculos que había dejado en el recipiente destinado para recibir donativos funerarios, mientras que con la otra mano alzaba el velo azul y lo hacía desaparecer en la nada.

—Tengo que ganarme el pan. ¿Cuánto?

—Un regalo, Kelab —dijo Finzey, extendiendo sus gruesas manos—. Llámelo mi parte en esa moneda. Pero los ingresos para los otros serán pequeños hasta que hayan pasado los días de luto.

—Correré el riesgo —contestó Kelab el Conjurador.

Salió del bar, apartándose de las chicas borrachas y de los hombres del espacio que jugaban «shen fu» y del olor a licor rancio, y caminó duran muchas horas por la parte de la Ciudad Baja, sus tacones sonando en el pavimento y su cabeza doblada sobre el pecho, sumido en pensamientos.

# V

Senchan Var dijo furioso:

—¡Esta es la clase de cosas que no deberían ocurrir!

Andra estaba sentada cómodamente, tomando fruta del frutero plateado, tan imperturbable como el mono negro acurrucado y rezongando por lo bajo cerca de la pared, con una zarpa agarrando el destrozado hueso. El sol de mediodía brillaba amarillento a través de las troneras. Inconsecuentemente, ella dijo:

—Estas son la clase de cosas que la gente vulgar toma como un presagio, adivino… la tempestad disipándose a su llegada, quiero decir. Eso es, lo acepto, hay pocas dudas de que sea de veras mi hermana Sharla, ¿verdad?

Senchan Var contestó con amargura:

—Ninguna, mi señora. Usted no lo sabría, mi señora, pero se parece a su madre cuando tenía su edad… hasta en el menor detalle. Y si es tan tierna como parece exteriormente, ya podemos despedirnos del Imperio.

Andra soltó una carcajada.

—Mi querido y fiel Senchan, ella necesita demostrar que es la gobernante adecuada que precisa el Imperio para mantenerse unido. ¿Qué piensa Sabura Mona?

Senchan Var se volvió hacia ella diciendo:

—Mi señora, ¿dónde está Sabura Mona? Llegó a la cabecera del lecho de su padre pero no se quedó a velar con nosotros.

—Tampoco yo, Senchan. Es una debilidad femenina.

Senchan Var rezongó.

—En vos estoy preparado para perdonarlo, porque sois joven, mi señora, pero esa Sabura Mona es más ruda que un millar de hombres que podría nombrar. Tiene el corazón de un toro de

Thanis.

—Pero con el aspecto de un demonio —añadió tranquila Andra —. Y lo que importa es quien salvará el Imperio.

—¡Por los vientos de Argus, si! —exclamó Senchan, dándose un puñetazo en la palma de su otra mano con explosivo ruido—. Una cosa puede salvar al Imperio de su caída vertical, y sólo una. ¡Una mano firme ante los mandos! ¿Qué puede hacer esa advenediza de Sharla? Lleva fuera del Imperio nueve años, mientras que vos habéis permanecido aquí, en el corazón de los asuntos. ¡Lo que haya que hacerse, es preciso que se haga ahora! ¡Pero la gente vulgar ya sabe de su llegada y piensa que ella es la única que salvará a Argus!

Andra se encogió de hombros.

—¿Y qué me importa a mí la gente vulgar? ¿Qué saben ellos de asuntos de estado? Tenemos el apoyo de gente que interesa, Senchan… los hombres ricos y los nobles. ¿Qué tal estamos ante el de los Seis?

—Pueden votar juntos o dividirse tres y tres. Draco y Bunagar os tiene poco aprecio, siendo de los pobres mundos pastorales y quizás de buena gana dispuestos a jugárselo todo en un nuevo trato, pero Heena, Dolon y Mesa podrían permanecer fieles.

—Será mejor que lo hagan dijo con tono de amenaza Andra. Yo formé a los tres, y lo que hago también lo puedo destruir. Pero, Senchan, te has olvidado de una cosa.

Senchan Var frunció el ceño dudoso. Dijo:

—¿Que la unión con Mercator basta para recatar al Imperio? Pero os olvidáis, mi señora… una unión real es efectiva sólo cuando la mujer gobierna por su propio derecho, de otro modo, debe jurar fidelidad a su esposo y negársela a su propio pueblo. Como regente vos habríais asegurado una unión sólida… sin embargo. Realmente un matrimonio de respaldo hubiera sido necesario para cimentarla cuando Penda fuese mayor de edad.

—Andra dijo perezosamente.

—No, no me refería a eso. Piensa. Senchan. Tú y yo sabemos cuál es el mejor rumbo para el Imperio… no va la fuerza unida al viejo tronco. Hay una prueba fácil de si Sharla también lo sabe. Piensa en las cláusulas de ese contrato que hicimos.

Turbado, Senchan comenzó a recitar en voz baja. Al cabo de un rato comprendió. Lentamente sonrió.

# VI

—Eso es lo peligroso —murmuró Landor.

Sharla, regente desde hacía veinte horas, tras un voto dividido del Consejo de los Seis, decidiendo por fin la tradición, asintió imperceptiblemente. Estaba sentada, vestida de negro y con un velo, en un trono también drapeado en negro al final del Salón de Estado, esperando recibir a los señores y jefezuelos que habían venido a honrar el entierro de su padre. Landor estaba plantado junto a ella, como nuevo Gran Señor Chambelán, un puesto que durante muchos años fue ocupado por Senchan Var. Ordovic, de pie al otro lado, parecía incómodo con su uniforme de capitán de la real escolta. Andra no estaba presente. Ostensiblemente, Andra deseaba ocuparse de arreglar los asuntos de su padre en la ciudad, pero en realidad había cedido a Sharla sus habitaciones en el castillo y le hizo el desaire de marcharse, dejando a la joven princesa muy apenada por la actitud de su hermana.

Pero eso no preocupaba a Landor en absoluto.

Inmediatamente después que el Consejo de los seis hubiese dividido sus Votos, tres y tres, y el precedente de otras situaciones hubiera decidido el curso a seguir, Senchan Var presentó su dimisión y Sharla no tardó en nombrar para ocupar su sitio a Landor, porque Landor parecía conocer al dedillo la historia y los hechos de Argus. Algunas personas sin embargo, murmuraban insatisfechas.

Lejos del Salón un corneta vestido de negro efectúo su llamada, apareciendo un hombre enmarcado en el Vasto umbral abierto de la sala; un hombre alto, de rostro insolente, de pelo negro y ojos fieros, casco pulido bajo el brazo izquierdo, con la pluma del mismo agitándose mientras miraba de lado a lado indiferentemente las filas

de cortesanos que se alineaban por la sala. Su mano derecha en el pomo de la espada. Llevaba el cuero y el metal de un combatiente.

El corneta bajó su cuerno plateado y el introductor anunció:

¡Barkasch de Mercator, viene a prestar tributo a Andalvar de Argus!

El hombre alto dejó de inspeccionar la sala y comenzó a caminar con paso ágil y balanceante, sus sandalias sonando en el suelo alfombrado y sus jaeces marcando una especie de ritmo tintineante al andar.

En silencio se detuvo ante el trono y se enfrentó a la regente envelada de negro.

Por último inclinóse y con voz sonora por la costumbre de dar órdenes, dijo:

—Saludos, mi señora de Argus.

Ordovic hizo una señal a la compañía de escolta sin apartar los ojos de Barkasch y los hombres se pusieron firmes, produciéndose un ruido metálico al chocar los escudos con las piezas metálicas de las armaduras. Le satisfizo el que hubiese todavía precisión y eficiencia entre los soldados al cumplir órdenes.

—Le saludo, mi señor de Mercator —contestó Sharla con voz firme y musical.

Barkasch se incorporó despacio y sus ojos se posaron por un momento en el velo como queriendo descubrir el rostro de la mujer mientras decía:

—¡Mi señora, no conozco esa voz! ¡Sin embargo, conozco muy bien la voz de mi señora Andra! ¡Oh! ¡Superchería! —Echó atrás la cabeza y la voz sonoramente se extendió por entre las filas y las vigas del techo, mientras Sharla alzaba la vista con desaliento. Claro… para estar aquí tan pronto debía haber abandonado Mercator antes de que otras noticias, además de la muerte de Andalvar, hubiesen llegado.

—Permítame resolver esto —murmuró Landor autorizándolo ella con un movimiento de cabeza.

Adelantándose, golpeo el suelo con su bastón de mando. Los cortesanos de la sala se habían agitado como rompientes olas cuando Barkasch gritó, levantándose un pequeño murmullo de resentimiento. Ahora se volvió a alzarse ante el movimiento de Landor, porque muchos de los presentes opinaban que Senchan Var

había sido injustamente desplazado, unos habían ansiado el puesto para sí y otros que consideraban a Sharla como impostora.

Ahora Barkasch, tomó el pomo de la espada, desenvainó la hoja hasta su mitad y la volvió a dejar caer, para decir con cierto desdén:

—¿Y quién puede ser usted?

—Soy Landor, Gran Señor Chambelán de Argus, y esto no es ninguna suplantación.

—¿No es suplantación? —Los ojos de Barkasch escrutaron el arrugado rostro de Landor con recelo—. Sin embargo, sé que la voz no pertenece a mi señora Andra.

—Naturalmente que no —replicó Landor sin perder la compostura—. Es la de mi señora Sharla.

—¿Sharla, Ser Landor? —preguntó incrédulo Barkasch—. ¿La hija perdida de Andalvar? ¿Qué cuento es este?

Su mano salió disparada como una serpiente al ataque y Sharla lanzó un gritito de miedo cuando le arrancó de la cara el negro velo. Durante un largo instante se quedó allí plantado, la tela rasgada entre sus fuertes dedos mientras miraba con fijeza a Sharla.

Al poco relajó la firmeza de su rostro y comenzó, muy despacio, a sonreír.

—Perdón, mi señora de Argus, pero soy un hombre directo. No confío en la palabra de nadie al que no conozco de tiempo, y el que vos estéis aquí para ocupar el sitio de vuestro padre, era algo demasiado importante para dejarlo sin investigar —sus ojos recorrieron los adorables rasgos de la mujer, el cabello como espuma de oro que brillaba bajo la capucha negra, y las curvas de su moldeado cuerpo por debajo de la túnica de luto. Dijo—: en verdad, mi señora, es como si vuestra madre estuviera viva de nuevo.

Sharla asintió despacio.

—Ay, mi señor. Se me ha dicho que me parezco mucho a ella.

Los cortesanos se agitaron Y doblaron los cuellos para ver más allá de Barkasch alzándose un murmullo de sorpresa, puesto que la costumbre ordenaba que la hija del rey utilizase velos en público hasta enterrar al gobernante muerto, esta era la primera oportunidad para muchos de verle el rostro y comprobar quienes recordaban a la difunta reina de Argus, la maravillosa semejanza.

—Y —dijo el señor de Mercator al cabo de un intervalo—, ruego

a los presentes que me concedan el honor de honraros durante tres días.

Alguien del séquito de Andra entre los presentes rezongó brevemente cuando Sharla alzó la vista sorprendida.

—¿Qué decís, mi señor? —dijo el interrogador.

—Me refiero a esto —contestó Barkasch, sacando de un bolsillo de su jubón un rollo de pergamino. Lo extendió—. ¡Un contrato matrimonial!

Se hizo hacia atrás con una expresión menos regia y una sonrisa más satisfecha y Landor abrió el pergamino y comenzó a leer. Un murmullo de rara confusión se produjo entre los cortesanos y el miembro del séquito de Andra que había intervenido, soltó una sonora carcajada. Ordovic se volvió hacia él y medio desenvainó la espada, su rostro amenazador. La risa cesó bruscamente.

Sharla, sin apartar los ojos de la cara de Barkasch, puso una mano en el brazo del trono y Landor la cubrió con la suya, aún recorriendo con los ojos el escrito tosco y muy abreviado del documento que sostenía con la otra. Presurosa, Sharla tamborileó utilizando el código digital de los bandidos de Hin: «¿No es esto en nombre de Andra?».

Landor le respondió del mismo modo.

—Andra no sale mencionada por su nombre, aunque ha sido ella quien debió prepararlo.

—¿Qué dice?

—Lo leeré —ofreció Landor. Asintió con la cabeza Barkasch y dijo en voz alta—: con vuestro permiso, leeré esto, mi señor.

Barkasch asintió y Landor comenzó a leer con voz firme y controlada, sin acento alguno. Sharla se había preguntado a menudo en los pasados días, cómo él, que juraba no haber estado jamás en su vida en Argus, había conseguido aquello y también su profundo conocimiento de los asuntos argianos.

Leyó:

—Contrato matrimonial entre el señor de Mercator y la regente de Argus, para ser confirmado tras la muerte de Andalvar y la accesión de su hija como regente en lugar del príncipe Penda, que es menor de edad para gobernar, cuyo matrimonio será unión real entre los tronos y coronas de Argus y Mercator. Mercator tendrá su lugar en el Consejo de los Seis en vez de Lorgis de Phaidona…

Un rugido de rabia se alzó de entre los cortesanos y el propio Lorgis, un hombre corpulento procedente de uno de los mundos pastorales, uno de los tres que habían votado en favor de la elección de Sharla, se puso en pie de un salto. Gritó:

—¡Dejemos que intenten ocupar el sitio de Phaidona y que lo paguen caro!

Landor, que había alzado los ojos y esperaba pacientemente, cuando Lorgis se puso en pie, permaneció en silencio hasta que el cortesano hubo dejado de murmurar amenazas, mientras Barkasch de Mercator le miraba sin interés. Luego Landor continuó:

—Y la señoría del Imperio, en el caso de muerte de Penda antes de alcanzar la mayoría de edad para gobernar, o de su muerte sin descendencia, pasará por línea colateral de Argus y Mercator.

Entre el silencio mortal, volvió a enrollar el pergamino y terminó osadamente:

—Va lacrado con los sellos reales de Argus y Mercator.

Barkasch dijo:

—En fin, mi señora, después del llorado entierro de vuestro padre, volveremos a tratar de esto —se reclinó irónicamente y dio media vuelta para marcharse.

Una voz exclamó:

—Espere.

La palabra había sido pronunciada con el tono de voz que se emplearía para dirigirse al vecino opuesto de la mesa, sin embargo, todos en la sala la oyeron y se volvieron para ver quién la había dicho, advirtiendo en el arco de la puerta, a través del cual podían pasar veinte combatientes en fondo, un hombre pequeño y esbelto de liso pelo oscuro y piel morena, llevando un maltrecho traje de parda tela casera, botas altas y un alegre turbante de seda en la cabeza.

La espada de Ordovic aparecía en su mano, y en tres pasos los hombres de la escolta mecánicamente se habían vuelto hacia el umbral, con las alabardas preparadas. Barkasch de Mercator se incorporó y alzó las cejas interrogativo mientras el hombre esbelto recorría ágilmente el pasillo.

Formaba un contraste extraño con Barkasch, porque era pequeño y delgado mientras que Barkasch era amplio y musculoso y llevaba ropas de paisano gastadas. Mientras que Barkasch iba

equipado como soldado con casco, espada y cuchillo, el recién llegado llevaba solo un maltrecho sombrero pardo y sin arma alguna.

Llegó hasta colocarse entre las alabardas inclinadas de la escolta que protegían el trono y se inclinó en dirección a Sharla con una floritura antes de dirigirse a Barkasch y decir:

—¡Mi señor de Mercator!

Con indiferencia Barkasch miró por encima de su nariz a aquel hombre pequeño. Dijo:

—¿Qué es eso, osado?

—Mi señor, ¿no observó un error que cometió Ser Landor al leer el compromiso matrimonial?

Sharla notó cómo la mano de Landor se crispaba sobre la suya en el brazo del trono.

Barkasch dijo, con la frente arrugada por la turbación:

—¿Error, osado? Lo vi leer con claridad, tal y como está escrito.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Sharla a Landor.

—No lo sé.

—Sí, un error —insistió el desconocido—. Una omisión, Ser Landor —volviéndose añadió—: Si le place, deje que mi señor de Mercator lo lea en voz alta.

Turbado, Landor entregó el rollo. Barkasch lo cogió furioso y lo extendió con un chasquido. Empezó a leer con voz que ardía de impaciencia.

—Compromiso matrimonial entre Barkasch, Lord señor de Mercator y Andra, regente de Argus, para ser confirmado tras…

Se interrumpió, su rostro mostrando el asombro más indigno. Comenzó a repasar lo escrito, mientras Sharla, que se había quedado boquiabierta de confusión cuando oyó pronunciar el nombre de su hermana, intercambió miradas con Landor, que parecía completamente abrumado, tanto como ella pero, al igual que la princesa aliviado.

—En realidad, Sire, mi señor —dijo el hombrecillo—, hubo un error, una omisión. Ser Landor no leyó los nombres de las partes y puesto que está especificado en el contrato que el matrimonio es entre vos y la princesa Andra, y puesto que la princesa Andra no es regente de Argus, queda sin efecto.

Barkasch luchó por hablar durante largo rato, las manos

temblando en el rollo. Cuando por ultimo lo logró, su voz estaba sofocada de rabia. Hizo una pelota con el inútil pergamino y lo arrojó al suelo al tiempo que alzaba la mano como para golpear al hombrecillo, que se puso rápidamente fuera de su alcance.

Por último. Barkasch se volvió a Sharla y logró decir:

—Perdón, mi señora. Parece que yo estaba en realidad equivocado. Pero por el viento que sopla en Mercator —su voz se alzó hasta un gritar—. ¡Argus todavía no ha escuchado mi última palabra!

Giró sobre sus talones y salió a grandes zancadas y todo el mundo pareció relajarse ante su marcha. El heraldo gritó que ya no esperaba más jefes la audiencia y con un ademán de la mano de Sharla despidió a los presentes, que desfilaron.

Pero cuando buscó al hombre esbelto no lo pudo hallar.

El cuerpo de guardia adoptó la posición de firmes mientras bajaba ella los escalones del trono, y antes de salir con Landor, dijo:

—¡Ordovic!

—¿Mi señora?

—¡Busque a aquel hombre y tráigalo a mis habitaciones!

—Mi señora —dijo Ordovic, entrechocando los talones.

Se volvió hacia los guardias y extendió el brazo.

—Rompan filas y vayan en busca del hombre que estuvo aquí. Preséntense con él a la puerta de las habitaciones de mi dama. ¡En marcha!

Rompieron filas, apoyaron sus alabardas contra la pared y abandonaron la sala al trote.

La mayor parte de los cortesanos estaban ya en el extremo lejano del salón y sólo unos pocos esclavos permanecían cerca, arreglando lo desordenado. Después de dejar paso a Sharla, Ordovic por el rabillo del ojo captó algo que le llamó la atención quedando inmóvil por completo. Como si contemplase la salida de los cortesanos, girando un poco la vista, pudo ver que alguien se inclinaba, recogía algo y tornaba a incorporarse.

Ordovic giró en redondo. Era un esclavo con su piel cálida y parda y ojos bizqueantes que trataba de esconder lo recogido apresuradamente en uno de sus bolsillos. Ordovic lo derribó de un golpe de su puño derecho capaz de matar a un hombre de doble tamaño. Se colocó sobre él mientras el esclavo se retorcía en la

alfombra y con dedos poco gentiles abrió el puño que contenía lo que recogió del suelo.

Lo estudió con ojos contraídos. Hablaba mal el argiano y lo leía peor, pero sabía que aquello sólo podía ser una cosa… el contrato matrimonial entre Andra y Barkasch. ¿Para qué lo querría un esclavo?

Preguntó en mal argiano.

—¿Cómo te llamas, esclavo?

—Samsar —contestó malhumorado el esclavo.

—¿Por qué recogiste esto? —continuó Ordovic, agitando el pergamino ante la cara de Samsar.

—Es mi deber —contestó el esclavo, frotándose la mandíbula—. Es mi deber no dejar basuras que ensucien el castillo.

—Ese no es el motivo por el que trataste de esconder esto —insistió Ordovic. Había levantado a Samsar como si fuese una criatura, poniéndole en pie y sujetándole por un hombro—. Un documento que lleva sellos no es basura —sacudió a Samsar hasta que le castañetearon los dientes y comenzó a vomitar amenazas en el idioma de los ladrones que hablaba mejor que el argiano y que, si realmente conocía a los esclavos, este hombre comprendería. Añadió una frase descriptiva a cada forma elaborada e incómoda de tortura que pocas personas que no frecuentaran la Ciudad Baja conocerían. Samsar, sin embargo, debió entender, porque palideció, se libertó y corrió inseguro escapando de la sala.

# VII

Cuando Ordovic llegó a los apartamentos de Sharla, el centinela de servicio le saludó con indiferencia, cosa que hizo que sus ojos despidieran fuego.

—Repítelo ordenó con viveza, su acento argiano peor que de costumbre.

El centinela repitió, con mayor viveza. Ordovic le miró por encima.

—Así está mejor. ¿Alguno de los miembros de la escolta de mi señora que estaba de servicio en la Sala del Estado ha vuelto ya?

—No, señor —contestó el centinela.

—Si alguno viene, hazlo pasar.

—Sí, señor —dijo el centinela. Ordovic asintió, luego llamó a la puerta con los nudillos.

Al cabo de un instante, una esbelta esclava abrió al tiempo que oía la voz de Sharla desde dentro preguntando débilmente:

—¿Quién es?

La esclava habló por encima del hombro y a través de una cortina de terciopelo rojo.

—El capitán de la guardia, mi señora.

—Que entre —ordenó Sharla y la esclava se apartó, inclinándose.

Ordovic separó las cortinas, dio un paso cruzándolas y se detuvo. Se echó el casco hacia atrás mientras miraba la estancia, emitiendo un silbido de sorpresa al fijarse en los lujosos ornamentos.

Landor, apoyado contra la pared opuesta a la puerta, soltó una breve carcajada.

—Mi señora Andra tiene gustos delicados, ¿verdad?

—En realidad, sí —dijo Ordovic de corazón. Sus ojos se clavaron en las colgaduras de terciopelo rojo y amarillo, en las colchas de seda amarilla y en los cojines y fuentes de plata, algunas conteniendo frutas, otras pasteles; en los candelabros de cristal labrado, en las alfombras blancas del suelo, en la tapicería y en los cuadros de la pared.

Finalmente cruzó hasta el diván donde Andra había estado sentada la tarde anterior, tomó asiento y se sirvió alguna fruta. Landor se apartó de la pared y señaló con el pulgar una especie de establo de grueso hierro al otro lado de la estancia.

—¿Ves eso? ¡Me han dicho que Andra tiene a un mono siriano como mascota!

—Gata salvaje —gruñó Ordovic. Buscó en su bolsillo y sacó el pergamino doblado—. ¿Dónde está mi señora, Ser Landor?

—Sus sirvientas la están preparando para la cena —respondió Landor—. Creo que se trata de una comida ceremonial se acercó y tomó del frutero una ciruela siriana.

Ordovic extendió el pergamino entre dos dedos y dijo:

—He aquí el contrato de matrimonio, o lo que sea. Capté muy poco del desarrollo de la escena, pero me imaginé la mayor parte, así que cuando vi a un esclavo llamado Samsar tratando de robarlo, le derribé de un puñetazo y le amenacé con… —De nuevo la frase descriptiva de ciertas refinadas torturas. Sonreía como un muchacho.

Landor soltó una risita sin alegría y examinó con cuidado el pergamino. Al cabo de una pausa, dijo:

—Ordovic, no lo entiendo. Cuando leí esto por primera vez, no había ningún nombre… sin embargo ahí están ambos, los nombres de Andra y Barkasch, claros como el día.

Ordovic detuvo la mano en el camino de llevarse a los labios otra fruta y dijo incrédulo:

—Es mágico, Ser Landor.

—Eso parece —asintió Landor.

—¿Quién era el hombre que entró? —preguntó Ordovic, y Landor se encogió de hombros.

—Quién quiera que fuese, hizo un milagro y nos ahorró muchos disgustos. ¿Por qué? Si supiéramos quién era, podríamos imaginar sus motivos para ayudarnos.

La esbelta esclava apartó las cortinas y Landor dijo:

—¿Qué ocurre, Valley? Esta contestó:

—Hay un guardia en el exterior que desea hablar con Ser Capitán Ordovic.

Ordovic se puso en pie, tragando apresuradamente su fruta y dijo:

—Será alguno de mis hombres, Ser Landor. Envié a toda la guardia en busca del extranjero siguiendo órdenes de mi señora, y supongo será uno de ellos presentándose a informar.

Avanzó hasta las cortinas y desapareció por ellas.

Un momento después Sharla entró desde una habitación interna, con su pelo esponjoso y brillante, su rostro recién maquillado y llevando una bata azul que no había formado parte de su equipaje cuando llegara al castillo.

Landor la miró por encima y dijo finalmente:

—Sharla, jamás te vi tan adorable. ¿De dónde conseguiste esa túnica?

Ella se sentó en uno de los divanes, frunciendo el ceño.

—Gracias, Landor. Me han dicho que perteneció a mi madre. Pero hay una gran cantidad de asuntos que revisar. ¿No oí hablar a Ordovic?

—Uno de los hombres que envió tras el extranjero ha venido a informar. Entrará dentro de un momento. ¿Cómo fue tu entrevista con Penda? ¿Qué sacaste de él?

—Claro, ha cambiado por completo desde la última vez que le vi. Ya no es un niño, sino un joven, y hubiese tenido un tremendo sobresalto psíquico si fuese menos blando. Pero con todo lo blando que es me ha causado muy poca impresión. Necesitará mucha escuela para ser rey, Landor.

Landor asintió muy serio y dijo:

—Como me esperaba. ¿Dónde está?

—En sus propios apartamentos. La muerte de nuestro padre le ha impresionado y dijo que no saldría hasta la hora del entierro.

Landor volvió a asentir y extendió el pergamino que tenía en la mano.

—He aquí el compromiso que Barkasch arrojó —dijo—. Ordovic pilló a un esclavo llamado Samsar tratando de llevárselo… no sabe por qué. Y lo más sorprendente es… pero léelo tú misma,

recordando como yo lo leí al principio.

Sharla le pasó los ojos, estudiando los signos escritos y buscando rastros de una alteración. Por último lo dobló y se lo colocó en el regazo mirando hacia adelante con fijeza, temblando.

—Es mágico —dijo finalmente—. ¿Cómo ha podido cambiarlo ese hombre?

Antes de que Landor pudiese responder, Ordovic apartó las cortinas y se detuvo al ver a Sharla. Se inclinó en una reverencia y continuó su camino.

Landor dijo:

—¿Y bien? ¿Qué informa tu hombre? ¿Quién era?

—Le llaman Kelab el Conjurador —dijo Ordovic—. El sargento de la guardia vino con un cuento salvaje acerca de él… dicen que se trata de un hombre al que ninguna cárcel podrá contener, que entra y sale a voluntad y que tiene poderes extraños que sobrepasan lo humano.

—Eso último lo creo —dijo Landor ceñudo—. Ninguna mano humana cambiaría estas palabras del pergamino.

—Pregunté qué clase de individuo era y me enteré de que es un comediante… un mago para exhibiciones y también como para propósitos tan extraños como el de alterar un contrato matrimonial, pero el sargento de la guardia insistió con tanta vehemencia que ninguna caza humana le encontraría, que decidí dejarlo estar.

Sharla dijo de pronto:

—Por los vientos de Argus, ahora le recuerdo. He oído hablar de un hombre llamado Kelab y le vi una vez actuar, haciendo cosas que ningún humano jamás podría. Se le consideraba como un mutante y se le temía, incluso en las tierras exteriores, que fue donde le vi.

A la mención de las tierras exteriores los ojos de Ordovic se alzaron hasta el rostro de ella durante un instante y rápidamente apartó la vista. Landor dijo en un murmullo:

—¿Pero no conoces algún motivo para esta acción?

—Ninguno en absoluto —contestó Sharla.

—¿Y nunca le conociste cara a cara?

—Nunca. Pero si la mitad de las historias que corren son verdad, ningún espía ordinario será capaz de engañarle, y vendrá a vernos sólo si le conviene.

Ordovic pronunció:

—¡Por los vientos de Argus, mi señora…!

Sharla le hizo un gesto para que guardara silencio y habló ella:

—Que espere eso. Hay dos asuntos que nos interesan más… Penda, mi hermano y Sabura Mona.

—¡Sabura Mona! ¡Sabura Mona! —dijo Ordovic con fiereza—. ¿Es que nunca he de oír más de Sabura Mona que su nombre? ¿Quién es o qué es? ¿Nadie lo sabe?

—Siéntese, Ordovic —le invitó Sharla. Indicó un lugar a su lado y Ordovic, tras un momento de duda, lo ocupó.

—Sabura Mona era la principal consejera y confidente de mi padre —dijo con suavidad Sharla—. Decía de ella, según me han dicho, que lo sabía todo desde el susurro más ínfimo de los pordioseros en la Calle de la Mañana hasta el grito de los mutantes más allá del Imperio y que nunca se equivocaba, excepto una vez… y que le aconsejó que me enviase lejos para aprender el arte de gobernar y parece ser ahora que estaba menos equivocada de lo que creía mi padre. Se dice que planeaba sus tratados con las tierras exteriores y los mutantes mejor que el propio rey.

—¿Pero tú no la conoces aún? —preguntó Landor.

—La recuerdo vagamente de cuando era niña —respondió Sharla.

Las pesadas cortinas de la puerta se separaron con rapidez y Valley apareció, las manos plegadas al azar, su rostro delicado sin expresión excepto en sus grandes ojos pardos, dijo:

—Mi señora, hay un aviso de Sabura Mona.

Landor y Sharla intercambiaron miradas y el primero preguntó:

—Habla, Valley.

—Desea que mi señora vaya a su apartamento esta noche a las diez, preferiblemente a solas, según me informa su mensajero.

Ordovic se levantó a medias y dijo:

—¿Acaso Sabura Mona tiene derecho a dar órdenes a la regente?

Valley permaneció en el umbral, sin comprenderle, porque había hablado en su propio dialecto y era en argiano. Landor tuvo que aclarar a Ordovic:

—Ella ha ordenado hasta a los reyes.

Se calmó y Sharla alzó la voz.

—Dile al mensajero que iré a verla.

Valley asintió y desapareció en silencio, mientras que Ordovic preguntaba:

—¿Entonces vais a ir, mi señora?

Sharla asintió.

—No sola del todo. Creo que con Landor. Pues mi excusa puede ser que mi dominio del argiano ha disminuido después de siete años de no practicarlo.

—Ahora, Landor. Con respecto a mi hermano. Lo que le falta es fortaleza. No habrá más latigazos. Se le enseñará a gobernar. No le gustará, pero confío en que acepte la tarea.

Una sombra de orgullosa sonrisa apareció en los labios de Landor.

—Me siento abrumado, Sharla, porque tengas confianza en mí.

—El nombre de su cabeza de turco es Dolichek, creo. Es hijo de un esclavo. Búscale. Y encuentra también a su padre, si vive.

Landor asintió y al salir las cortinas se agitaron tras él. Ordovic permaneció sentado en silencio con la vista extraviada. Al cabo de un rato Sharla dijo con suavidad:

—Ordovic.

—¿Mi señora?

—No me llames mi señora. Somos aquí tres extranjeros en Argus, aun cuando yo naciese en este mundo. Esta frialdad es inconveniente —le puso su manita en la rodilla y le miró contemplando su duro perfil.

Él dijo con rigidez:

—Persiste el hecho, mi señora, de que sois Regente de Argus, la hija de un rey y yo sólo soy uno de vuestros súbditos.

—¡Eres de las tierras exteriores y no súbdito mío!

—Soy vuestro súbdito por adopción —contestó con firmeza Ordovic.

—Antes me llamabas Sharla, Ordovic.

El rostro de él quedó rígido y se puso en pie bruscamente, recorriendo la habitación con largas zancadas, para decir:

—No debe provocarme, mi señora, con el recuerdo de que la tomé por una mujer de la calle. Nunca me lo perdonaré.

—Era una mujer de la calle, Y habría permanecido así, a no ser por una persona que tú conoces. Tomada como esclava del mundo pacífico en donde estaba estudiando, vendida en un burdel…

¿quién iba a creer que era una princesa de sangre real?

—Landor —dijo con aspereza Ordovic—. Él os devolvió vuestra herencia… todo esto —gesticuló hacia los lujosos ornamentos del apartamento—. Le devolvió el honor y vuestro estado de derecho.

Dio media vuelta y se plantó ante ella, cerniéndose sobre su figura femenina y sus ojos como pedazos de granito.

—Sólo hay una cosa que pudiera daros… mi servicio. Si no tenéis más órdenes para mí esta noche, mi señora. Desearía retirarme.

Sharla alzó la vista con los labios entreabiertos, sacudiendo despacio la cabeza. Por último suspiró y dijo con compostura:

—Muy bien, Ordovic, si así lo deseas. Pero tengo todavía un trabajo más para ti esta noche.

—A sus órdenes, mi señora.

—Encuentra a Kelab el Conjurador y tráemelo. Si puedes, sobórnale… si es necesario arrástrale.

Ordovic saludó sin expresión, dio media vuelta y salió.

Durante largo rato Sharla permaneció con la vista perdida, el rostro serio y pálido.

Luego las cortinas volvieron a separarse y Valley se plantó allí, las manos plegadas como antes. Sharla pensó, y no por primera vez, que su hermana menor había escogido bien sus esclavas con vistas a una rápida obediencia y un servicio silencioso y esmerado.

Levantándose, dijo:

—¿Qué es, Valley?

—Dolichek aguarda la venia de mi señora —dijo—. Ser Landor le envío, según afirma.

—Que entre —ordenó Sharla y cuando Valley se retiraba, se arreglo la túnica y mulló los cojines del diván. Luego alzó los ojos y ya Dolichek estaba ante ella, pálido y silencioso su huesudo cuerpo blanco de frío, y se inclinó un poco dudoso hacia ella. Sharla pensó: hay un raro orgullo en él, sin ver por qué… aunque es únicamente el cabeza de turco para recibir los latigazos destinados al príncipe.

Detrás iba el flagelador, que había venido imaginándose el propósito ordinario de las llamadas esperándose con paciencia como una estatua de basalto.

Ella dijo:

—Acércate, Dolichek y no había el menor parecido en el modo

de decir de la nueva princesa con la que hubieran sido las mismas palabras pronunciadas por Andra. Dolichek pareció turbado, obedeció, adelantándose con algo de cojera.

Se le veían moraduras azules y largos cardenales en sus piernas desnudas. Se detuvo ante ella, los ojos formulando una muda pregunta.

Ella miró al flagelador.

—¡Esclavo!

—¿Mi señora? —dijo el gigante, con su voz profunda.

—¿Eres de los esclavos de mi padre, o compra de mi hermana?

—Yo era de los que seguían a la señora Andra, mi señora.

—Rompe tu látigo y ve con ella —dijo Sharla indiferencia—. Ya no te necesito más. El gigante rompió sin esfuerzo su mango de plata, lo arrojó lejos y se fue.

Confuso, Dolichek le vio marchar y luego se volvió a Sharla, los labios temblando.

De pronto se postró de rodillas, enterrando la cabeza en el regazo de la joven, sollozando.

—¡Mi señora! ¡Mi señora! —Mientras que ella le acariciaba su abundante pelo rubio mecánicamente.

# VIII

Ordovic abandonó las habitaciones de Sharla con la mente hecha un torbellino. El pasillo estaba apenas iluminado por los altos ventanales y las antorchas destellaban en las intersecciones. Bajo una de esas antorchas, a la sombra de su vástago, un hombre aguardaba.

—¿Quién va ahí? —preguntó.

El hombre salió de la sombra, poniéndose bajo la luz de la antorcha y contestó:

—Soy yo, capitán… Tampore, sargento de la guardia.

Ordovic soltó una breve risotada.

—¿Has venido con más cuentos de hadas acerca de Kelab?

—No, capitán. Vine con unas palabras de consejo —Tampore hablaba en el argot de los ladrones, una forma brusca y gutural del argiano salpicada con modismos que Ordovic comprendía mejor que la lengua normal.

—Habla —le invitó, sus ojos escrutando el rostro de Tampore.

—Es bueno para Argus que usted y Ser Landor y mi señora Sharla vinieran, porque usted es un soldado y comprendemos muy bien a los soldados en Argus, y Ser Landor es un hombre de estado con potencia y la dama tiene buenas intenciones para la gente común a la que gusta la simple mención de su nombre, aunque pocos la han visto y se la considera tierna. La dama Andra no se le llama por su amabilidad la bruja negra.

Ordovic, mirándole a la cara, asintió.

—Pero son ustedes extranjeros. Admiramos los soldados, sí… pero Ser Senchan Var también es un soldado y famoso dentro del Imperio, cosa que usted no es. La señora Andra ha llenado los altos lugares con sus propios hombres. Nos parecía a nosotros, la guardia,

que oímos susurros de esos mismos altos lugares, que había conservado la regencia y tenía preparado su matrimonio con Barkasch de Mercator, y de haberlo conseguido habría roto el último lazo que la estorbara… incluso dividiendo el Consejo de los Seis por y contra ella. Pero lanzó el contrato matrimonial sobre vuestra señora que estaba desprevenida. Cuidado de otras trampas ocultas. Y cuidado de un cuchillo en la oscuridad en cuanto la dama se impaciente.

Ordovic no mudó su firme mirada. Dijo:

—¿Qué clase de hombre es Barkasch de Mercator? ¿Y qué intenciones tenía con esa propuesta alianza?

—Barkasch es un luchador y un hombre valiente y gobierna un reino independiente de tres duros mundos cuyos soldados son los más fieros de la galaxia. Una unión real que uniese los mundos de Mercator y el Imperio podría ser el primer paso para un Imperio nuevamente glorioso. También podría ser un arma de incalculable poder para mayores planes en la mente de una mujer implacable.

—¿Y esos planes…?

Tampore se encogió de hombros.

—No son enviar besos, ¿porque quién puede conocer el corazón de una bruja?

Ordovic se permitió la sombra de una sonrisa Landor tenía algún atisbo de estos planes. Dijo:

—Ya que hablamos de brujas, ¿dónde podría encontrar esta noche a Kelab el Conjurador?

Tampore se mesó la barba y contesto:

—Dije que no se le podría encontrar si él no quería. Es capaz de hacerlo a usted que olvide que le encontró… dicen que puede cegar a un hombre para que no le vea a un palmo de distancia, sin embargo dejarle que siga viendo todo excepto a Kelab. Pero si elige ser encontrado, quizá se le pueda hallar en la Ciudad Baja, si no tiene contrato para actuar para algún noble o rico comerciante.

Ordovic preguntó:

—¿Qué es la Ciudad Baja?

—Esa parte de Oppidum, al Oeste de la fortaleza de la Colina de los Reyes donde reside la dama Andra. Oppidum es la mayor ciudad del planeta y la ciudad imperial durante diez generaciones.

—Al este de la fortaleza está el espaciopuerto y el barrio

opulento y los mercados. En el puerto han dicho… los pasajeros que vayan al este, los hombres del espacio al oeste.

Ordovic asintió y dijo:

—Gracias por tu consejo, Tampore. Lo seguiré.

—Buena suerte, capitán Ordovic. Y aquí tiene un último consejo que vale por todo el resto —oprimió algo duro y frío en la mano de Ordovic, se volvió con un rechinar de las sandalias de cuero y desapareció en la oscuridad. Ordovic palpó lo que le habían dado y soltó una carcajada con un extraño sonido amargo al descubrir lo que era.

El más viejo remedio de todos. Frío acero.

Se metió el puñal en el cinto y siguió pasillo abajo, pensando en los últimos minutos. Landor… Sharla…

El recuerdo de su primer encuentro fue tan furioso como una vieja herida abierta.

# IX

Ordovic se sentía muy satisfecho consigo mismo. Abrió la puerta batiente junto al cartel escrito a mano que decía
PIRBRITE'S
GARDENS y entró con el andar oscilante de uno que acaba de realizar un largo viaje en caída libre. Tenía para gastar dos mil círculos, moneda del Imperio de oro sólido, y todo el tiempo que deseara. Y trató de gastar ambos placenteramente.

Se detuvo con una mano en la puerta, mirando al jardín. Había aquí muy pocas mesas y allá entre los arbustos otras más bajo la luz suave, en parte artificial, en parte resplandor de dos globos de un palmo de diámetro de color blanco y rosa situados en los árboles que hacían gloriosa toda noche en Loudor. Se percibía un aroma mezclado de limpio y fragante follaje y ricos licores de una docena de mundos y muchos hombres y mujeres se sentaban bajo las ramas extendidas, hablando, bebiendo y haciéndose el amor. Y, claro, el grupo inevitable de hombres del espacio jugando a «shen fu». Decían que no había lugar para beber en cualquier mundo, donde se pudiese evitar una partida para perder el dinero.

Mientras miraba en derredor, un hombre pequeño y recio vestido de rosa y verde, como uno de los árboles peculiares del lugar, se le acercó y dijo:

—La mejor de las veladas para usted, señor soldado. ¿Qué desea?

Ordovic le miró y sonrió despacio.

—¿Es usted Ser Pirbrite?

—Efectivamente.

—Excelente. Deseo emborracharme, gradualmente… emborracharme sonora y ruidosamente.

Pirbrite parecía ansioso y Ordovic soltó una carcajada.

—No todo aquí, amigo mío. Dudo que todo el licor de este lugar pudiera emborracharme. Simplemente pondré los fundamentos a mi borrachera. Tráigame una medida de «ancinard» y un plato de «strine» y si hay música me gustaría oírla.

Pirbrite asintió y se alejó. Ordovic eligió una mesa próxima al amparo de uno de los árboles, donde podía ver las estrellas en una gran masa cruzando el firmamento sin luna. Un lugar agradable y de gran clase, mayor de los que frecuentaba. Y sus ojos recorrieron apreciativamente la fila de muchachas que estaban de pie cerca de la cabaña que servía de bar y cocina… una colección estupenda de anfitrionas.

La chica del extremo de la fila tomó una bandeja llena de la ventanilla de servicio y se le acercó. La estudió con interés y comenzó a considerar la posibilidad de revisar sus planes para la noche. Pelo rubio, rostro delicado, una figura que no necesitaba alabanzas.

Ella dejó la bandeja y aguardó, admirándole con una mirada insolente y descarada mientras tomaba el vaporoso jarro de licor rojo y lo bebía, para ingerir después a una de las albóndigas de carne de «strine» que son tan útiles para prolongar el proceso de emborracharse. Él alzó la vista, sonrió y dejó caer una moneda de cincuenta círculos con un papirotazo de su pulgar. Ella la cogió al vuelo y se volvió para irse, pero la mano de Ordovic se cerró en su muñeca como un cepo de acero diciendo:

—¿Desde cuándo una medida de «ancinard» y un plato de «strine» valen cincuenta círculos?

Ella se sentó junto a él en el banco, sonriendo como un niño pillado robando dulces y dijo:

—Me gustas, soldado. ¿Cómo te llamas?

—Ordovic —respondió él—. ¿Y tú… ladrona?

—Sharla —dijo con llaneza—. ¿Vas a gastarte pues todo tu dinero?

—O tómalo, y lo acepto, mujer sutil —contestó Ordovic con una mueca de disgusto—. O recíbelo en plan de amabilidad.

—Te daré un beso a cambio —le ofreció Sharla, medio levantándose con la moneda triunfantemente apretada en su mano e inclinándose para ofrecerle los labios. Pero un brazo tan fuerte

como una barra de acero le rodeó el cuerpo y ella no trató de separarse.

Ordovic estaba revisando sus planes para la velada.

# X

De nuevo las puertas batientes junto al cartel pintado a mano se apartaron y un hombre delgado, cabeza calva y nariz aguilucha se plantó en el umbral, sus ojos perspicaces observando el jardín. El resplandor de los árboles y el verde oscuro del follaje hacían que la escena le pareciera como un paraíso. Llevaba además una bata patricia como un comerciante acomodado, pero de su cintura pendía una corta espada.

Como siempre, el propio Pirbrite se le acercó y le deseó las buenas noches.

—Buenas noches —contestó el hombre con sequedad—. ¿Eres tú el propietario?

—A su servicio —asintió Pirbrite, sus ojos registrando inquisitivos el rostro del otro—. ¿Usted desea, ser… comerciante?

—No soy comerciante —dijo con sequedad el recién llegado—. ¿Tienes aquí una chica llamada Sharla… nacida en el Imperio?

La frente de Pirbrite se aclaró. Contestó dudoso:

—Me temo que esté comprometida ahora con un cliente, pero tenemos a otras igual de encantadoras.

El recién llegado pareció a punto de perder la paciencia y dijo con un esfuerzo:

—Me entendiste mal. ¿Cuál es la historia de esta chica?

—En realidad, apenas lo sé —admitió Pirbrite—. La compré en una subasta hace tres cuartos de año y ha demostrado cumplidamente ser digna de su tarea como anfitriona.

El forastero alzó los ojos al firmamento como si solicitase de los cielos control sobre sí mismo.

Dijo:

—¿Y su anterior propietario?

—Heneage, señor de Mooncave, fuera de la ciudad hacia el este. La adquirió del negrero que la capturó en alguna escuela de Annanworid, en los lindes del Imperio —señaló con el pulgar de manera indeterminada a toda la galaxia de los cielos.

—Debe ser la misma —murmuró el forastero—. ¿Dónde está?

—A la sombra de aquel árbol —respondió Pirbrite, señalando. Formó bocina con las manos en torno a su boca y lanzó el grito profundo y gutural de Londor. Al instante los árboles más próximos se hicieron más brillantes para atraer el insecto y la zona oscura que había indicado se inundó con una suave radiación rosada.

—Eh —dijo el forastero al cabo de una pausa—. ¿Su precio?

—¿Su precio? —repitió Pirbrite, abrumado—. Bueno, realmente… nunca había pensado en venderla… quiero decir… —carraspeó.

—¡Vamos, hombre! —le instó impaciente el otro—. ¡Dímelo!

Pirbrite tomó una profunda bocanada de aire y cerró los ojos.

—Tres mil círculos —dijo con llaneza. Era más del doble de lo que valía.

Luego notó algo duro y frío que se posaba en su mano carnosa y cuando volvió a abrir los ojos advirtió que el forastero se adentraba en el jardín con la espada en la mano.

Sus ojos se hicieron redondos como monedas y recogió una de las tres piezas recibidas… y la dio una vuelta completa.

¡Mil círculos!

# XI

El recién llegado miró fríamente al soldado. Un hombre de combate evidentemente, como un mercenario que cumpliría su contrato o moriría.

Trasladó su atención a Sharla y dijo:

—¿Es usted la princesa Sharla Andalvarson de Argus?

Ordovic dijo con brío:

—¡Hombre está usted loco!

El forastero contestó:

—Creo que no. ¿No es cierto, Sharla?

Ella asintió, muy despacio, con los labios entreabiertos, pero no hizo ningún otro movimiento.

Ordovic se puso lentamente en pie, su rostro con una expresión mezcla de duda y confusión. Dijo:

—¡Habla! ¿Qué es esto… una broma?

—Nada de bromas, soldado, sino la pura verdad. Esta dama es de veras Sharla de Argus y la hija mayor del rey Andalvar. Según leí en la historia, fue tomada como esclava de un colegio en Annanworld, hace siete años y vendida a una casa de lenocinio en Loudor… aquí… llamada Mooncave. Después fue vuelta a vender a este establecimiento… ¿Quién creería el cuento de que era una princesa de sangre imperial?

Los ojos de Sharla estaban apagados y distantes, pero dijo con voz ronca:

—Sí. Lo tomaron por el cuento de una niña medio loca cuando traté de contárselo al principio y los negreros jamás comprendieron que tenían la riqueza de un Imperio a la punta de la espada.

»Mi padre me habría rescatado, o asolado el mundo en el que mi sangre se derramara si me hubiesen matado. Entonces aprendí a

cerrar la boca y a mantenerla así estos siete años, porque la mayor parte de las viejas cortesanas cuentan narraciones por el estilo… Conocí a una que pretendía haber sido amante de mi padre unos diez años atrás, pero nada sabía de la corte de Argus. Era una embustera como las demás… ¿y qué iba a hacer yo?

Estaba sentada allí, sin apenas mover los labios, narrando su vergüenza en voz baja pero carente de lágrimas.

—Casi me había olvidado —terminó.

Ordovic miró azorado de uno a otro. Creía conocer cada triquiñuela del negocio cuando se trataba de repartirse el dinero de su legítimo propietario, pero esto resultaba nuevo. Había maneras de probar su validez…

Dijo firmemente:

—Por los vientos de Londor, forastero, este relato no es nada común. ¿Quién eres tú que divulgas tan frenética historia?

—Nadie a quien conozcas, muchacho. Ni nadie que vos tampoco conozcáis, Sharla. Me llamo Landor y no soy de Loudor ni de Argus, si no de Penalpar, a mitad de camino dentro de la galaxia.

—Bueno, Landor de Penalpar, como os llaméis, ¿qué ocurrirá si este cuento suyo es cierto?

Landor le ignoró e inclinó sus brillantes ojos sobre Sharla, diciendo:

—Sharla, vuestro padre está enfermo y próximo a la muerte. Llevó buscándoos dos meses, empezando por Annanworld y siguiendo vuestro rastro hasta Loudor, para devolveros a vuestra patria.

Sharla pareció revivir de nuevo poco a poco.

—¿Mi padre enfermo? —repitió. Landor afirmó con la cabeza.

Ella se sentó, arreglándose el vestido, los ojos perdidos en el vacío. Dijo:

—Entonces debemos ir a él… de inmediato, rápidamente.

Landor contestó:

—Sí, Sharla. Debéis ir a él. Ese es el fin que yo ansiaba para vos, porque en vuestra persona reside el futuro del Imperio. Vuestra hermana Andra…

Sharla palideció y le miró fieramente.

—¡Andra! ¡Mi hermana! ¿Y ella qué? ¿Y qué hay de mi hermano Penda… una criatura de dos años cuando le vi por última vez?

—Bien, ambos, pero Penda está mal criado y Andra es conocida con el nombre de la bruja negra… y es quien será regente si vuestro padre fallece hasta que Penda alcance la mayoría de edad. ¡Eso no debe ser!

Ordovic siguió mirando de uno a otro turbado. Dijo por último:

—Ser Landor, no lo entiendo.

Impaciente, Landor contestó:

—Soldado, no importa si lo comprende o no. Márchese en paz y búsquese otra diversión… la princesa Sharla debe volver a Argus conmigo. Mire… tome esta bolsa —le tendió una pequeña bolsita de cuero que tintineaba y parecía pesar entre sus dedos.

El rostro de Ordovic se puso pálido lentamente, antes de decir:

—¡Mi señora! ¡Perdonadme por lo que habría hecho!

La voz de Sharla era metálica y sin emociones al contestar:

—Te perdono, Ordovic. Toma tu dinero y vete. Él dijo:

—¿Desea que me lleve su dinero, Ser Landor? Landor le despidió enojado.

—¡Tómalo!

Ordovic se lo arrebató y lo apretó en la mano y una sonrisa triste apareció en sus labios.

—¡De acuerdo, Ser Landor! —dijo—. Le guste o no, acaba de adquirir a un combatiente. Yo no acepto pagos sin servicio.

Landor le miró asombrado y luego soltó una risita de mala gana. Dijo:

—Soldado, es usted un hombre enérgico. Tiene razón. El camino de aquí a Argus es áspero como sé por experiencia…

—¿Mucha experiencia? —preguntó Ordovic.

—He gastado unos siete mil círculos —contestó Landor, alzando las cejas.

—Mi precio es una fracción de eso —dijo Ordovic. Se colocó el casco en la cabeza y aguardó.

Sharla dijo:

—Ser Landor, está la cuestión de mi precio.

—Yo la compré, Sharla. Sois libre… ¿y cuándo ocurrió lo contrario? Vamos, permítame que la ponga mi capa y marchémonos.

Ella avanzó como en un sueño.

# XII

Costó tres meses. Vinieron por Tellantrum, Forbit y Poowadya y perdieron tres preciosos días en el mundo fronterizo de Delcadoré porque Sharla carecía de documentos y necesitaba un visado exterior para entrar en el Imperio. Ordovic blandió su espada por debajo de la nariz de un asustado burócrata y obtuvieron el permiso en tres días en lugar de tres semanas. Fueron a Anfagan y Neranigh y por casualidad encontraron a un amigo de Landor cuyo navío privado se encaminaba a Penalpar vía Mercator y les trajo a distancia comunicable con Argus. Y entonces en uno de los últimos grandes y lentos navíos comerciales, que eran ahora las únicas naves en las rutas estelares excepto la flota y los bajeles de los piratas y los navíos de los mundos autóctonos, llegaron a Oppidum en Argus y por helicóptero al castillo de los reyes.

Pero llegaron aún demasiado tarde.

Y luego el conocimiento de que Sharla era en verdad la heredera de la regencia del Imperio… y una vergüenza ardiente dentro de Ordovic ante lo que había hecho, que no se apaciguaría hasta que la hubiera devuelto lo que él y su casta la arrebataron… honor, dignidad, rango y el derecho de mantener la cabeza alta en compañía de los reyes.

# XIII

Se dio una palmada en el cinto pensativo.

Al cabo de un instante volvió a sus habitaciones y se encontró con tres silenciosos esclavos que se ofrecieron para quitarle sus arneses y bañarle.

—¿Acaso soy una mujer para necesitar ayuda al desnudarme? ¡Fuera, esclavos! ¡Traedme comida y marchaos!

Los despidió furioso.

Desaparecieron a toda prisa y se desnudó y se deslizó voluptuosamente en la humeante bañera situada ante el fuego de leña que chisporroteaba y crujía en la chimenea. Había aprendido hacía mucho tiempo que las penas se olvidan mejor tan pronto como se recuerdan y lo que Sharla le dijera se había desvanecido de su mente.

Estaba secándose placenteramente cuando los esclavos reaparecieron con bandejas de comida y bebidas. Hurgó en los alimentos con recelo y dijo:

—¿Qué es esto?

—Sesos de «katalabs» y corazones de «nugasha» fritos con aceite «pehab» —dijo el primer esclavo con orgullo—. Esto es pastel de miel con ajo de Thanis y esto otro pechuga helada de «quail».

—¡Puaf! ¿Y llamáis a eso comida? Traedme el muslo asado de los «katalabs» cuyos cerebros deberíais tener en vez de los que poséis, y tres medidas de «ancinard» y tanta fruta como uno de vuestros graciosos muchachos pueda llevar. ¡Deseo comer… no picotear!

Un cuarto de hora más tarde consiguió lo que deseaba y despidió otra vez a los esclavos y, con una precaución nacida de la larga experiencia, registró cuidadosamente la habitación en busca

de aberturas y espías. Halló tres, y después de empujar su espada por los orificios para desanimar a los escuchas, las taponó con tiras de tela arrancadas de una cortina, hasta que pudiese conseguir mortero y llenarlas de manera permanente.

Por último pidió un caballo rápido y cabalgó hasta Oppidum.

# XIV

La Calle de la Mañana recibía tal nombre porque nunca estaba tan viva como por la noche. Había luces amarillas en las aberturas de sus edificios y se veía atestada de gente de todos los colores. Los mendigos se apiñaban bajo las baratas lámparas de infrarrojos en las cruces, pidiendo unos cuantos anillos de los transeúntes, que ocasionalmente un hombre del espacio o soldado de permiso era lo bastante estúpido para arrojarles un círculo completo o incluso más y ellos marchaban tras él, con una codicia tal como las abejas tras la miel.

Había mujeres de fácil virtud, también; pero en su mayoría se encontraban en los cafés y en las tiendas de bebidas, porque la noche estaba ya muy avanzada cuando Kelab el Conjurador volvió a bajar por la calle. Había estrellas apiñadas en el cielo y seis de las nueve lunas de Argus pendían sobre este hemisferio, pero también se veían antorchas amarillas en las fortificaciones de la fortaleza de la Colina de los Reyes y escuchó cómo el viento hablaba sin transportar ningún ruido de las multitudes.

Descendió los escalones y se abrió paso dentro de la Casa del Manantial Burbujeante. Estaba iluminada cálida y ruidosa; una buena cantidad de amor extravagante tenía lugar; había una orquesta de tres componentes tocando curiosos instrumentos de las tierras exteriores, uno con cuerdas que tenían que doblarse, otro de aire y un tercero al que se debía golpear con pequeños martillos amarillos; se encontraba el mismo grupo de hombres del espacio jugando a «shen fu» con sus apuestas en voz baja y el chasquido de las fichas.

El cromógrafo Mimosan tenía la tapa bajada detrás del mostrador y cuatro empleados se movían por entre las mesas.

Finzey estaba sentado ante sus filas de botellas, sonriendo como un dios obeso. Al ver a Kelab lanzó un grito alegre y buscó una botella del gusto del Conjurador.

Kelab asintió y se apoyó en el mostrador mientras le servían, la cabeza doblada hacia un lado, el disco dorado de su oreja izquierda reluciendo ante las luces.

Finzey colocó un jarro ante él y dijo:

—¡De modo que ha vuelto, Kelab! ¿Qué ha hecho hoy? ¿Se ganó ya sus mil círculos?

El Conjurador sonrió débilmente y asintió.

—Creo que me los he vuelto a ganar. ¿Tu dinero para los funerales crece bien?

—Siete mil noventa círculos y un pico pequeño de anillos hasta la puesta del sol —dijo Finzey con orgullo—. Nunca se ha recaudado tanto en Oppidum ni siquiera en el entierro de un rey.

Kelab asintió y dijo:

—El pobre se daría buenos festines si todas las ciudades de Argus donaran con tanta generosidad.

La expresión de Finzey se hizo de pronto tensa y preocupada. Dijo:

—Kelab, mientras hablamos de dinero para los funerales, había alguien que gritaba ser enterrada en la calle… ¿recuerda?

Kelab afirmó.

—La recuerdo. ¿Y bien?

—A mediodía sólo habían tres anillos en ese plato.

El Conjurador alzó la vista.

—Yo mismo eché un círculo, sin duda.

—Lo que me imaginaba —dijo Finzey—. ¿Podría adivinar usted el ladrón? Aquí está el platito de la pobre —hizo que la escobilla de estaño se deslizara por el mostrador y Kelab la tomó y dio la vuelta, su rostro tenso y sus ojos desenfocados en el esfuerzo por recordar.

Las manos, si alguien le hubiese vigilado, habrían parecido como agua vertiéndose en el jarro, como si manos y jarro fuesen una misma cosa.

—Es difícil decirlo, porque el robo fue cosa de un momento y el ladrón pensó muy poco en el plato. ¿Dónde están los tres anillos que dejó?

Finzey tomó tres moneditas de un estante a sus espaldas y las

entregó a Kelab, que las palpó una a una. Por último dijo:

—Dos fueron colocadas ahí después del robo, pero la tercera recuerda. El ladrón pensó mucho acerca del dinero.

—¿Su nombre? —preguntó Finzey ansioso.

—Arctateh Wolf —respondió Kelab con indiferencia—. ¿Lo verás?

Finzey asintió. El Conjurador dijo:

—Me cansa esa adivinación. Necesito descanso —tomó su jarro de licor y caminó hasta el rincón sombreado del extremo opuesto de la habitación, entre las parejas de amantes, y eligió un reservado vacío con mesa desnuda. Se sentó y se convirtió en una sombra entre las demás sombras.

# XV

Más tarde, también Ordovic entró en la Calle de la Mañana. Había paseado por la Ciudad Baja desde la puesta del sol, preguntando por un hombre moreno, un Conjurador llamado Kelab, y puesto que su argiano era escaso y su argot de los ladrones apenas mejor, se le había despertado el malhumor.

Pero uno de ellos le mencionó a Finzey, ante el cartel del Manantial Burbujeante y entró allí, esperanzado.

También deseaba beber.

Finzey se le acercó, el rostro inexpresivo.

—Ancinard —pidió Ordovic—. Una medida grande. Y un poco de «strine».

Sin más expresión que una estatua Finzey cortó tres tiras de un costado de «strine» de debajo del mostrador y plegó cada una en una pelota poniéndolas sobre un plato. Llenó una medida de rojo y humeante «ancinard» y colocó ambas cosas encima del mostrador.

—Siete círculos —dijo.

Ordovic dejó caer tintineando las monedas en el mostrador, tomó la medida y el plato y se dirigió en busca de una mesa. Sus ojos recorrieron la habitación.

Y de pronto, mientras miraba en la oscuridad en el extremo lejano, sombreado con arte para los amantes que lo ocupaban, el ruido y las luces desaparecieron y se vieron allí tres árboles y un cielo por encima espolvoreado con raras estrellas excepto en donde la galaxia yacía en una rueda monstruosa. Había un ruedo de oscuridad ante él… y un estanque junto a uno de los árboles.

Alguien, en algún lugar, aumentó el zumbido de una mariposa Londor.

Dio unos cuantos pasos adelante como un hombre en trance

mientras los árboles se iluminaban. ¿Sharla? ¿Sharla?

Luego una bocanada de humo y una fuerte ráfaga de viento…

Y nada ante él, excepto un hombre esbelto con rostro sombrío, la vista fija en un jarro de licor que tenía entre ambas manos.

—¿Usted? —dijo Ordovic con aspereza—. ¿Usted? ¿Cómo lo supo?

Kelab hizo girar el licor en el jarro y un torrente de burbujas salió del fondo como una bandada de pájaros alzando el vuelo en el nítido aire. Contestó.

—Siéntate, Ordovic.

Ordovic se instaló en el asiento opuesto a él del palco reservado, con los ojos fijos en el rostro de Kelab. Cogió la bebida y la «strine», y lo colocó todo a un lado de la mesa. Una especie de cortina azul echada a través de la boca del reservado vibraba y relucía como si tuviera vida.

Kelab dijo por último:

Destellaba como un rayo en la superficie de tu mente, Ordovic. Has conocido a Sharla y ya no puedes volver a ser el mismo de antes.

—Es verdad —reconoció Ordovic. Su mano se extendió, tomó el «ancinard» y sorbió de él. Los vapores influyeron en su mente y cuando volvió a mirar a Kelab, lo hizo con una nueva claridad.

Dijo:

—He estado buscándole desde la puesta del sol, aquí en la Ciudad Baja.

Kelab asintió, sin apartar los ojos de su jarro como si fuese la bola de un adivinador y dijo:

—Lo sabía.

—¿Lo sabía? ¿Y me dejó ir de un sitio para otro buscándole?

El Conjurador volvió a asentir, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—No se me encuentra a menos que yo quiera, Ordovic. Hay pocos hombres tan dueños por completo de su destino como yo.

—Mi señora Sharla me mandó para que le llevase a su presencia —dijo Ordovic despacio.

—Para ser exactos, sus palabras fueron: «Si puedes, sobórnale… si debes, arrástrale» —asintió Kelab.

La boca de Ordovic se abrió para decir:

—¿Puede usted saber todo lo que pasa por mi mente, brujo?

—Sólo lo que queda cerca de su superficie. Pero, en respuesta dile que a mí no se me compra y que todavía no ha nacido el hombre que pueda arrastrarme. Además, ella ya me debe mil círculos.

—¿Por qué? —preguntó Ordovic, estupefacto.

—Por arreglar el asunto del contrato matrimonial —dijo con indiferencia Kelab—. Si quiere pagarme, estaré en mi navío mañana en el espaciopuerto, sobre las diez. Si no, no; pero no pensaré volverte a ver otra vez.

Ordovic se puso en pie de un salto.

—¡De todos los insolentes…! —gritó, su mano cerrándose en el puño de su espada.

La mano de Kelab se movió como una ola en el agua y la espada se quedó atascada en su funda. Dijo:

—Siéntate, Ordovic.

—¡Cobarde! —le acusó Ordovic con amargura—. ¡No se atreve a pelear con las armas de un hombre!

—Por eso, según tus normas, tengo derecho a matarte —dijo Kelab con llaneza—. Tú matarías a cualquier hombre que te llamase cobarde. Yo, cuyos poderes son inmensamente más grandes que los tuyos, no me atrevo a ser tan indiferente. Tengo a este mundo en el hueco de la mano, Ordovic Recuérdalo cuando me llames cobarde.

—Vendrás mañana por la mañana.

Se puso en pie y apartó la cortina azul que cubría la entrada del reservado haciéndola perderse en la nada. Ordovic dijo:

—¿Y si no decido venir?

—Vendrás —dijo Kelab, y se alejó en la brillantez de más allá.

Ordovic le siguió con los ojos, su mano maquinalmente buscando el pomo de la espada. Se movía fácilmente en la funda otra vez, pero ahora que tenía posibilidad de sacarla, la dejó y se sentó despacio nuevamente delante de la mesa, con la mano acercando hacia sí el «ancinard».

# XVI

Las diez. Seis lunas sobre el Castillo de los Reyes, unas pocas nubes fugitivas, y un viento fresco que agitaba las copas de los árboles. En el castillo silencio, ya que esta noche no habría festejo. Andalvar de Argus yacía muerto en la fortaleza y mañana sería su entierro.

Sharla había comido en la mesa de sus invitados en la que había un espacio libre dejado por Barkasch de Mercator. Pero los rumores decían que Barkasch y su compañía de hombres de lucha despegaron a la puesta del sol de Oppidum con rumbo otra vez a Mercator, y que Barkasch estaba dominado por una furia incontenible.

Ella había comido con sombrío silencio, inclinándose ante los invitados a medida que llegaban y se marchaban, aprovechó la primera oportunidad de regresar a su apartamento con Landor. Cuando lo hizo, Valley y las rápidas y silenciosas sirvientas la bañaron con agua perfumada y peinaron.

Landor se sentó en la antecámara, pensativo probando los frutos que se amontonaban en los recipientes de plata y considerando la próxima visita a Sabura Mona. Un enigma, este: todopoderosas sobre Andalvar, tratando quizás de establecer el mismo control en Sharla.

De pronto una sonrisa apareció en sus labios. Quizás una digna alquimista: porque Landor sostenía que el hombre, o la mujer, que podía enfrentársele en el juego del estado todavía no había nacido.

Sharla vino desde la habitación interior, con su pelo dorado y brillante rodeándole la cara, llevando una túnica sencilla y blanca sin mangas, que le llegaba hasta las rodillas. Iba descalza. Landor la contempló apreciativo y dijo:

—Sharla, no desespero de ti. Parece que las enseñanzas de tu

infancia en las artes del engaño no se hayan perdido por entero.

Sharla asintió muy seria y contestó:

—La inocente chica que fue al extranjero sin experiencia… es mi disfraz.

Él asintió.

—Si quisieras poner la expresión menos sutil, creo que ya es el momento.

Sharla se volvió al trío de esclavas a la espera diciendo:

—Valley, Lena, Mershil, no os volveré a necesitar esta noche. Llamadme mañana a la misma hora. Podéis iros.

Ellas se inclinaron en silencio y se retiraron.

Luego Sharla y Landor llamaron al centinela de la puerta y pidieron escolta hasta las cámaras de Sabura Mona.

El guarda les condujo por pasillos que retumbaron bajo sus pasos, iluminados sólo por chisporroteantes antorchas. Se cruzaron con esclavos que iban a sus tareas, quienes no reconocieron a Sharla en su poco regio atuendo y pasaron en silencio. Los pasillos se hicieron más fríos y las antorchas menos frecuentes.

Sharla dijo en voz baja a Landor:

—¡No vive en la corte! ¿Verdad?

—Eso es comprensible —contestó Landor en voz baja—. Se trata de una parte del castillo reservada a los esclavos, según recuerdo, dejando aparte el apartamento de Sabura Mona. No entiendo. Una mujer de poder e influencia…

El centinela se detuvo ante una sencilla puerta de madera instalada en la pared de piedra. No había alfombra ante ella ni cortina, ni tampoco centinela estacionado al exterior.

—Aquí es —dijo el guarda.

—Llama a la puerta y di que espera la princesa Sharla —ordenó Landor y el guarda batió dos veces el panel con el puño.

Una voz suave desde el interior preguntó:

—¿Quién?

—La princesa Sharla aguarda, Sabura Mona —respondió el guarda.

No hubo sonido de barras al ser retiradas ni de cerrojos al descorrerse, sino que la puerta comenzó a abrirse suavemente y el guarda dio media vuelta alejándose sin decir palabra.

Sharla miró interrogadora a Landor y él asintió. La joven entró.

La habitación estaba desnuda… del todo desnuda. Las paredes eran de piedra sin adornos y el suelo carecía de alfombra. No había fuego en el hogar y dos antorchas eran las únicas luces. Se veía una tosca cama con una áspera colcha extendida, una mesa con media docena de plumas de tintero y hojas de papel, y sillas de madera.

En una de estas sillas se sentaba Sabura Mona. Llevaba una parda túnica de lienzo que no hacía más que cubrir su grueso cuerpo, sin ningún adorno. Era la mujer más gorda que Sharla viese jamás. Los brazos eran como dos ramas y las piernas igual que troncos de árbol, pero suaves. Sin embargo, ella no resultaba absurda.

No. No era gruesa. Era grande. Era imponente. No había ninguna sombra de voluptuosidad en su masa monstruosa. Y Sharla se preguntó por qué.

Eran sus ojos, pensó. Resultaban grandes y oscuros y había pena en sus profundidades, como si la sabiduría de todas las épocas se escondiese tras la máscara de suave y vibrante carne.

Su voz era tan hermosa y melancólica como sus ojos.

Dijo:

—Bienvenida, mi señora. Me temo no poder ofreceros la hospitalidad a la que estáis acostumbrada, pero vivo, como veis en humildes circunstancias.

Sharla dijo, un poco insegura:

—Esto no es consecuente, Sabura Mona.

La otra extendió una gruesa mano y señaló a una de las sillas de madera.

—Siéntese, mi señora. Y… ¿es éste Ser Landor?

Landor asintió, diciendo:

—Mi señora Sharla me pidió que la acompañase, puesto que su argiano está desgastado por el largo desuso y no lo habla a la perfección.

—¿De veras? —las cejas de Sabura Mona se alzaron en su frente —. ¿Y en cuál de los dialectos extranjeros se encuentra usted más a gusto?

—Esto es inconsecuente —balbuceó Sharla—. No podemos imponerla…

—Los hablo todos —dijo Sabura Mona. Y había una finalidad en su voz que desafiaba cualquier argumento. Después habló en el

dialecto de Landor.

—Así que mire, Ser Landor, su presencia como intérprete no es realmente necesaria.

Landor no pudo eludir la indirecta, pero había un curioso parpadeo de realidad en el modo que se volvió y se retiró, dejando a Sharla sola y desamparada, como si hubiese estado luchando muy duro por controlarse, haciendo conscientemente lo que debiera haber hecho con naturalidad.

En cuanto la puerta se cerró tras él, Sabura Mona volvió sus ojos y miro a Sharla, con una curiosa expresión abstracta. Sharla se fijó que su ornamento era un solo pendiente diminuto de oro y se esforzó por recordar dónde había visto últimamente uno igual.

Sabura Mona dijo:

—Le llamé aquí, mi señora, de esta manera, por dos motivos. El más concreto es que nadie nos puede espiar ni estar a la escucha en estas habitaciones. El más acuciante es que me hago vieja y soy de todos modos gruesa y torpe y no puedo caminar mucho o asistir a las ceremonias.

Sharla contestó:

—Pero, Sabura Mona, debería usted tener una vivienda más cómoda que ésta. Si prefiere vivir aquí, por lo menos permítame ordenar que se le proporcionen mejores muebles.

—No me gusta tenerlos —dijo Sabura Mona.

—Pero no tiene usted esclavas, ni sirvientes.

—No me gusta —repitió Sabura Mona con firmeza—. Y por tanto no hablemos más de ello. Mi comodidad o incomodidad es algo pequeño comparado con la del Imperio.

»La llamé aquí para hablar de dos cosas… Barkasch de Mercator y el pueblo de Argus. Primero… de Barkasch. Deberéis tener mucho cuidado con él. No puede luchar contra el Imperio solo, aunque le gustaría muchísimo hacerlo, porque es un hombre ambicioso e intrigante cuyo destino escogido es sentarse a la cabeza de un trío de los mundos más salvajes de la galaxia… salvajes no el terreno, sino sus personas.

»Los suyos son los guerreros más fieros de todos. Las suyas las ambiciones de un príncipe mercante ampliadas un millón de veces. Parece que su alianza con Andra y su asiento en el Consejo de los Seis le darían el poder que deseaba, pero lejos de eso ha hecho el

ridículo ante muchas personas y cuando su genio se enfríe se aliará con la causa de Andra y no descansará hasta que ella esté en vuestro lugar. Cuidado con él. Es siniestro. Haced que vuestro consejero Landor lo comprenda.

»Y la segunda cosa. El pueblo de Argus. Son débiles. Creen como todos los pueblos del Imperio en la profecía y aunque os han recibido bien, ahora, alguien, algún día se dará cuenta de que ninguna profecía de las que corren proclamando vuestro gobierno beneficioso y justo al Imperio, aunque hay muchas que circulan por la multitud con la palabra de que la bruja negra aún traerá la ruina del Imperio. Podría ser el trabajo de un día, además, para Andra, vuestra hermana, y Barkasch de Mercator hacer que la multitud aullara pidiendo vuestra sangre desconsiderando la evidencia de que no sois vos, sino vuestra hermana quien va a llevar el Imperio hasta el olvido.

Sharla dijo después de un largo silencio:

—¿Eso es todo, Sabura Mona?

—Eso es todo. Habrá más. Yo tengo espías, mi señora, y les ordené que me avisasen de tales rumores cuando os pudieran poner en peligro. Yo, que planeé tanto por vuestro padre, no tengo plan ahora… todavía. Lo que tiene que venir permanece inescrutable. Pero descansad tranquila… aprecio muy poco a vuestra hermana o a Barkasch de Mercator y os guiaré… con la ayuda, sin duda, de vuestro Gran Señor Chambelán, Landor… —Y luego añadió con el aire de una última ocurrencia—, como hice con vuestro padre.

»Os veré en el entierro mañana, mi señora. Adiós.

Sintiéndose un poco ridícula y desencantada, Sharla se levantó y preguntó:

—¿Hay algún centinela cerca al que pueda llamar para que me escolte hasta mis departamentos?

—No es necesario, mi señora. Camine y vaya tranquila.

Sharla miró la inmensa masa de la mujer ante ella durante un rato. Al poco dio media vuelta y se alejó.

Aunque los pasillos eran oscuros, desnudos y fríos, en cierto modo no sintió aprensión en recorrerlos a solas después de las palabras de Sabura Mona.

Cuando volvió a entrar en sus propias habitaciones, Landor la esperaba. La saludó y dijo:

—Primero, con respecto a lo que dijiste antes… el padre de Dolichek a muerto.

Sharla lo echó todo a un lado y de pronto cansada se sentó en el diván junto a él, para explicar:

—He visto a Sabura Mona.

Landor asintió, diciendo:

—Es una mujer extraña, ¿verdad? Me intriga tener que conocerla. Me impresionó con su aire de poder —ella se le quedó mirando—. Dime lo que te dijo.

Sharla se lo contó, a grandes rasgos. Cuando llegó a la parte de las profecías, él rezongó:

—¡Puaf! No tengo fe en las profecías. Las malas deducciones de unas cuantas viejas a las que siguen porque creen que son profetas y señalan lo que debe hacerse como una verdadera predicción. Adelante.

Ella terminó su relato y Landor comentó:

—¿Eso es todo? Me parece poquísimo, de buena fe, para insistir en una entrevista en privado.

Sharla bostezó.

—Landor, tú tienes un cerebro de estadista, yo no. Estoy cansada y quisiera dormir. Por la mañana, si Ordovic ha encontrado a este Conjurador, le veremos y nos enteraremos más de él. Hasta entonces, Landor.

Landor se levantó y sin hablar se retiró.

# XVII

Senchan Var miró tristemente desde la estrecha tronera, carente de todo cortinaje, hacia el Oeste por encima de la Ciudad Baja. Podía ver las luces a lo largo de la Calle de la Mañana y oír el clamor de la ciudad. Dijo:

—Andalvar de Argus murió al ponerse el sol de ayer y aún siguen bebiendo y cantando en la Ciudad Baja. Una gente sin arraigo… indigna de Argus.

—Mientras crezca el dinero funerario, Senchan… —comentó Andra.

Senchan Var se volvió furioso hacia ella.

—Dinero y entierro no, mi señora, es un insulto a la memoria de Andalvar, vuestro padre, y yo estoy avergonzado de vos, mi señora, porque no lo tomáis en serio.

La compostura de Andra se resquebrajaba visiblemente. Estaba sentada en un diván cubierto con pieles mal curtidas y el suelo era duro y frío y las paredes desnudas, porque la fortaleza de la Colina de los Reyes era antes que nada fortaleza y después fue palacio, y aunque era el foco del gobierno Imperial y comercial del estado, seguía siendo un cuartel para soldados más que un hogar.

En la otra parte de la estancia, el mono parloteó con su voz ronca.

Ella dijo:

—Senchan, no hay necesidad de perder la compostura conmigo simplemente porque la zorra de mi hermana despidió a Dolichek de ser cabeza de turco y dijo al dueño del látigo que lo rompiese y viniera conmigo otra vez, por lo que ocurre estás de acuerdo con ella. Ella lo hizo por sentimiento y no por ansiedad por la fuerza de la fibra moral de Penda. Aún más, ella es débil y tampoco el

estúpido a quien puso en tu lugar conoce los verdaderos elementos, de la intriga.

—¿No? —contestó Senchan Var—. Me parece, mi señora, que ella es fuerte y dueña de sí misma, como se desprende del modo en que se deshizo de Barkasch de Mercator y del contrato matrimonial.

Andra le espetó:

—¿Según la historia de Samsar? En absoluto. Sólo ese Conjurador y su truco fantástico la salvaron. Y hay una cosa más.

Un soldado de la Compañía de la fortaleza entró y saludando dijo en áspero acento argiano.

—Un esclavo inferior, mi señora, pide entrada. Es una mujer llamada Valley.

Andra dirigió una mirada de triunfo a Senchan Var y contestó:

—Tráemela y también al esclavo Samsar, al brujo Kteunophini y al esclavo negro Leontine que vinieron aquí del Castillo de los Reyes esta noche.

El soldado saludó de nuevo y salió. Andra dijo:

—¿Ves, Senchan? ¿Puede alguien compararse en pericia para la intriga que no sea capaz de proseguir y despedir a los esclavos espías? Ella me los quitó, confiada, y su estúpido consejero Landor, se veía muy poco para prevenirla. Te lo digo, Senchan, dentro de una semana habremos hecho pedazos a mi hermana. Y así, luego desparramaremos sus despojos a los ocho vientos de Argus.

La puerta volvió a abrirse y el mismo soldado acompañó a Valley, vestida con una gruesa capa de cabeza a pies, pero descalza, el gran esclavo negro que había sido flagelador de Dolichek, Samsar el de la piel parda curtida y ojos bizqueantes, y un hombre pequeño y nervioso con un rostro surcado de arrugas como una vieja manzana y una sonrisa implacable que exhibía encías despobladas. El soldado se volvió para marcharse, pero Andra le detuvo con un gesto.

—Quédate, soldado —ordenó ella—. Puede que te necesitemos.

El militar cerró la puerta obediente y se plantó do espaldas al panel.

—Ahora —dijo Andra, con cierto brillo en sus ojos de gata, adelantándose sobre la pila de pieles que formaban su lugar de descanso—. ¡Tú, Samsar!

Samsar se adelantó de mala gana.

—Tu cuento de nuevo. Samsar. No es acerca de la entrada de Kelab ni de la salida de Barkasch, sino del destino del propio contrato.

—¿Por qué… por qué, mi señora…, es que no lo dijo claro? —balbuceó Samsar, su mandíbula trabajando rápidamente, porque tenía una negra moradura en el carrillo donde Ordovic le pegara.

»Yo lo habría recobrado para vos y conservado, pero Ordovic, el capitán de la guardia real, se apoderó de él y habría sido no estúpido intento el tratar de robarlo ante los ojos de los cortesanos.

—¡Basta! —Andra alzó la mano—. Atrás. ¡Kteunophini!

El hombre arrugado se adelantó, murmurando.

—Trabaja el milagro de la completa memoria en la esclava Valley —ordenó ella. Más murmullos del anciano brujo.

—¡No pierdas tiempo en varios intentos de hablar! —dijo Andra —. Sólo necesitas unos pocos y simples movimientos, Ktounophini.

El brujo se volvió para enfrentarse a Valley, que estaba rígida con sus grandes ojos brillantes y nítidos y la capucha de su capa echada hacia atrás sobre los hombros y comenzó a mover las manos con unos gestos complicados. Al cabo de pocos segundos se apresuró a hacerse a un lado y Valley, los ojos abiertos del todo pero sin ver, caminó despacio para enfrentarse a Andra.

—¿Y bien, Valley? ¿Has oído todo lo que se dijo en el apartamento que mi hermana me arrebató?

La esbelta esclava asintió.

—Dime lo que se dijo concerniente a Barkasch y al contrato matrimonial —ordenó Andra volviendo a sentarse en su pila de pieles.

Valley comenzó a hablar como lo haría una máquina. En términos llanos y sin imaginación describió la reacción de Sharla y Landor y la entrada de Ordovic. Senchan Var escuchaba, el ceño fruncido, maravillándose del modo en que Valley copiaba los mismísimos acentos de los que hablaban. Landor y Sharla conversaron en argiano, pero con la llegada de Ordovic cambiaron a su lengua extranjera y puesto que Valley no comprendía por sí misma el significado de lo que había oído, sólo pudo repetirlo, Andra buscó un intérprete y escuchó la charla con interés. Samsar permanecía al fondo, una perla de sudor en su frente.

Cuando Valley repitió la versión de Ordovic de la torpeza de

Samsar al tratar de robar el contrato matrimonial, Andra alzó una mano imperiosa.

—¡Basta! —dijo—. Samsar, adelántate.

Samsar no obedeció.

—Soldado —dijo Andra, y el soldado ante la puerta cogió a Samsar por los brazos y le obligó a colocarse delante del diván.

Hubo un brillo en los ojos amarillentos de Andra que no era a causa de las antorchas. Dijo suave y descuidadamente:

—Samsar, me mentiste.

—¡Mi señora! —balbuceó el esclavo, los ojos bizqueando—. Hice lo que pude.

—Lo que pudiste o no —interrumpió Senchan Var—, mentiste a mi señora, Andra. ¡Te arrancare tu falsa lengua!

Andra, recobrando el dominio de sí misma, dijo:

—Contente, Senchan. Creo que ahora puede que haya llegado mi turno de conseguir ventaja. Intérprete, ¿qué significaba la amenaza que Ordovic utilizó con este hombre?

Los ojos de Samsar se llenaron de terror y su boca tembló, sin poder hablar. El intérprete sacudió la cabeza.

—No lo sé, mi señora. Esto no es su dialecto, ni argiano.

Con una mirada indiferente al abatido Samsar, Andra se volvió:

—Senchan, explica su significado.

Senchan, palideciendo, dijo:

—Es… es… —Luego se volvió bruscamente de espaldas y continuó con aire de frialdad—: No es conveniente que vos lo sepáis mi señora.

—¡Senchan, tonto! ¿No quieres decírmelo? Entonces se lo preguntaré a un soldado del lugar. ¡Tú, el de la puerta! ¡Explícamelo!

Rígidamente, con la vista fija en el vacío, el soldado lo explicó.

Al terminar, Andra asintió, retirando los labios de los dientes al igual que una gata, diciendo despacio, con ojos brillantes:

—¡Esclavo!

El gigante Leontine se adelantó.

—¡Llévate a Samsar! Hazle lo que acabas de oír… ¡e impídele que grite!

Una mano amplia se cruzó en la boca de Samsar, reduciendo a un débil gemido el grito incipiente.

—Luego ve a la Ciudad Baja y extiende ampliamente que Ordovic amenazó con esto. Que se encuentre más tarde a Samsar en las calles… ¿cerca del alba?

El gigante dijo:

—Escucho y obedezco —y tomó con indiferencia a Samsar bajo un brazo y salió. Senchan Var se volvió a Andra con expresión de desesperanza en el rostro y hubiese hablado, pero la princesa le atajó.

—Senchan, no podemos arriesgarnos a ser víctimas de una jugarreta. Jugarnos por la gloria del Imperio y un hombre… o diez mil… no pueden oponerse en nuestro camino. Eres un soldado, Senchan… no una doncella. Kteunophini, llévate al soldado y hazle olvidar lo que ha visto, y que crea que es obra de Ordovic.

El anciano hipnotizador asintió y guio al soldado hasta un rincón apartado. Al cabo de un rato el militar se separó como un muñeco andante y Andra so volvió a Valley, aún de pie inmóvil ante el diván.

—Continúa —ordenó.

Escuchó con jubiloso silencio cuando llegó a la escena entre Ordovic, Sharla y Andra comentó.

—Así que mi preciosa hermana era una mujer callejera durante su larga estancia. ¿Cuánto capital obtendremos de eso, Senchan?

La educación puritana del viejo político se revolvió ante aquello. Contestó:

—¡Una mujer sin honor llega a manchar el trono de Argus! ¡Esto es la cosa más vergonzosa que oí jamás!

—De acuerdo —asintió Andra—. Será un reconocimiento común dentro de tres días. Continúa, Valley.

Cuando terminó su recital, Senchan dijo:

—Está visitando a Sabura Mona; esto es peligroso, mi señora. Sabura Mona es imprescindible y muy… muy aguda.

Andra frunció el ceño.

—En realidad, no sé si estará a nuestro lado o al de Sharla.

—¿Hay un modo de espiarla?

Ninguno. Las paredes de su habitación son de piedra tan gruesa como tú eres de alto y no tiene esclavos que puedan sobornar y jamás abandona el castillo de los reyes.

—Entonces es demasiado peligroso dejarla que viva.

—Cierto… Kteunophini.

El brujo se adelantó.

—Llévalo a tu pupila, Valley, vuelve a enviarla para que sirva a mi hermana. Después lo remitirás a mi esclavo negro Leontine, cuando haya terminado con Samsar, el embustero.

El anciano se inclinó y abandonó la estancia inseguro, apoyándose en el brazo de Valley. Al cabo de un rato Senchan Var dijo:

—¿Noticias de Barkasch?

—Ninguna. Despegó de este mundo a toda prisa al ponerse el sol. Espero a su mensajero en cualquier momento. No acepta nada a la ligera el haber hecho el ridículo.

La puerta se abrió y otro soldado se plantó allí, que saludando dijo:

—Hay un hombre que pide audiencia sin querer dar su nombre. Dice que su asunto tiene relación con el contrato matrimonial de Barkasch de Mercator, mi señora —añadió apresuradamente.

Andra y Senchan Var intercambiaron miradas.

Andra alzó las cejas como para decir:

—¿Qué te dije? —Pero ordenó al soldado Que entre.

El soldado se hizo a un lado y el hombre salió de detrás de él, y tanto Andra como Senchan Var se pusieron tensos y empezaron a enrojecer de rabia.

Era Kelab el Conjurador.

# XVIII

—¡Ser Landor! ¡Ser Landor! —Un rumor de pies, jadeos, gritos de voces altas, femeninas.

Landor salió de su sueño y encontró un cielo gris lavado por la lluvia y cuya luz difusa se filtraba por las ventanas. La puerta se abrió de pronto y Valley entró, el rostro bañado en lágrimas.

—¡Ser Landor! ¡Mi señora Sharla ha desaparecido!

Al instante Landor se destapó y tomó sus vestidos. Preguntó:

—¿Cómo? ¿Cuándo?

Valley respondió:

—Debe haber sido a primeras horas de hoy, Ser Landor. Cuando fue a ver a Sabura Mona, como usted sabe, nos despidió y yo por mi parte fui a Oppidum. Esta mañana, cuando fuimos a despertarla, no estaba en cama y había huellas de forcejeo.

Landor se ajustó el cinturón de la espada y metió los pies en las sandalias, diciendo:

—¡Llamad a la guardia! ¡Buscad al capitán Ordovic en el castillo!

Valley se inclinó y desapareció y Landor, su rostro como una tormenta, recorrió el pasillo hacia las habitaciones de Sharla. Allí encontró a Niershii y Lena, las otras esclavas personales de la princesa, llorando y retorciéndose las manos. La puerta del dormitorio estaba abierta con la cama visible más allá desarreglada, como después de una lucha. Ordenó con aspereza:

—¡Tranquilizaos! ¡Nadie os echa la culpa… cuando os despedisteis todo estaba en orden! ¡Dejadme paso!

Cruzó entre ellas y entró en el dormitorio. Las muchachas le siguieron, gimiendo y él se volvió.

—¿No ha tocado nadie esta cama desde que la encontraron?

—Nadie —le aseguró Lena ansiosa a través de sus lágrimas.

—Entonces guardad silencio. Tengo cierta pericia en la adivinación —se volvió a la cama, mientras las esclavas dejaban de llorar mirándole con interés. Puso sus manos con cuidado en las mantas, los ojos se le enturbiaron y sus dedos parecieron fundirse y mezclarse con el tejido como la mano de Kelab en el plato de la mendiga.

Por último sacudió la cabeza y se apartó, mientras se oía un batir de pies y un tintineo metálico y Ordovic entraba en la sala, seguido de cerca por Tampore. Dijo:

—La esclava Valley me contó una historia acerca de la desaparición de Sharla.

—Es cierta —dijo Landor—. ¿Has colocado guardias en las entradas del castillo?

—Sí, aunque es como querer encerrar el humo después de que éste ha salido. ¿Cuándo se fue? ¿Regresó de su entrevista con Sabura Mona?

—Sí, porque hablamos después de su vuelta. Pero despidió a sus esclavas y nadie la vio ni la oyó más.

Ordovic maldijo en voz baja.

—¡Tampore! ¿Es que no había centinela ante la puerta?

—Había uno. ¿Dónde está?

—¿Sobornado? —sugirió Landor y Tampore le miró destellante.

—El hombre capaz de soborno no entra en guardia real. Hay que tener la seguridad de que está muerto.

—¿Quién era?

—Un tal Elvir.

—¡Por los vientos de Argus! —exclamó Ordovic, y salió como una tormenta al pasillo. Había un pelotón de guardias allí. Sus ojos lo examinaron y lanzó disparado un brazo atezado y dijo—: ¡Elvir!

Un hombretón de la segunda fila se adelantó y se le acercó. Detrás, oyó un gruñido furioso de asombro por parte de Tampore.

Dijo con el cortante argot de los ladrones:

—Elvir, ¿no estabas de guardia aquí en el apartamento real anoche?

—Lo estaba. Vine a medianoche y fui relevado.

Landor salió de detrás de Ordovic, ordenando a Tampore que callase. Ordovic preguntó:

—¿Quién te relevó?

—Darbo, capitán.

Otro de los guardas habló.

—Cierto, capitán. Fui en busca del sargento cuando la esclava llegó con la noticia de la desaparición.

—Elvir, ¿dejaste entrar a alguien… quien quiera que fuese… anoche después de entrar en servicio?

—Como es costumbre, permití el paso de Dolichek, el cabeza de turco del príncipe, y al flagelador… el gigante negro.

Ordovic lanzó una maldición.

—¿Y volvieron a salir? —preguntó Landor, adelantándose.

—¡A decir verdad, sí!

—¿Pero es que no sabías que Dolichek ya no es el cabeza de turco del príncipe? ¿Que mi señora dijo al gigante que rompiera el látigo y volviese al servicio de la princesa Andra?

El rostro de Elvir tomó un color ceniza. Dijo:

—No, Ser Landor, lo juro. No sabía nada de eso. Hice simplemente lo de siempre al dejar que pasase Dolichek para llevar la carga del castigo por las faltas del príncipe.

Landor dijo de pronto:

—Hay algo equivoco. Lo noto. ¡Guardias, a las habitaciones internas!

Tornaron a entrar y a formar una vez dentro. Landor dijo:

—¿Con su permiso, sargento?

Tampore asintió y él prosiguió.

—Registrad ese apartamento. Buscad por todas partes. Hay algo mal. Elvir, no se te echará la culpa. Únete a los demás… y a la tarea.

No dejaron ni la fracción de un centímetro en todas las habitaciones sin registrar, pero no encontraron nada que justificara los presentimientos de Landor. Por último Landor se dejó caer sobre la cama y con la cabeza entre las manos dijo:

—Sin embargo, sigue habiendo algo equívoco. Es como si hubiera irrealidad… ¿quién de vosotros buscó debajo de la cama?

Tres de los guardias afirmaron haberlo hecho, Elvir entre ellos, que dijo:

—Ser Landor, sentí algo raro al hacerlo, pues aunque no había nada, noté que debería haberlo. Lo presiento ahora al recordarlo, y

lo advertí cuando Dolichek vino anoche con el flagelador… aún más, me sentí peor cuando se volvieron a marchar.

—Alzad la cama —ordenó Landor con aspereza, y seis forzudos soldados se dedicaron a ello transportándola a mitad de la habitación. El espacio en donde había estado tenía un tono curioso, como si se le mirase a través del agua. Él caminó hasta allí y se inclinó y registró el suelo con los dedos con el rostro tenso y esforzado.

Al cabo de un rato adoptó una sonrisa de triunfo y tiró y alzó de la nada a una figura inmóvil como una muñeca, el pelo amarillento y poblado.

—¡Sharla! —dijo Ordovic, Ser Landor sacudió la cabeza y se apartó de la creciente irrealidad.

—Dolichek —dijo—, así es como se hizo.

Dejó el muchacho sobre el lecho. Era sorprendente cuánto se parecía su rostro al de Sharla.

—¿Vive? —preguntó Ordovic.

—Seguramente. Pero duerme.

—¿Cómo fue escondido?

—Por magia, Ordovic.

—¿Y qué?

—Tengo amigos entre los guardias de allí. Podríamos descubrir si Kelab ha ido a ver a la señora Andra.

Ordovic dijo acalorado:

—Niegas que esto es trabajo de la bruja negra, ¿y sin embargo puedes citar a alguien que lo hubiera hecho? ¿Excepto Barkasch de Mercator, que se fue de este planeta?

Landor, que no escuchaba, dijo:

—Tampore ¿qué estaban haciendo vuestros guardias que les dejaron salir del castillo?

—El gigante negro es muy conocido por mis hombres, pero es extraño que hayan dejado salir a Dolichek.

—Entonces quizás no abandonaron la fortaleza. Tampore, organiza registros de cada habitación y agujero y pide a todos los guardias que estuvieron de vigilancia anoche que te digan si pasó ante ellos… o a quiénes dejaron pasar sin excepción.

Tampore asintió e hizo una señal a sus hombres, pero Landor detuvo a Darbo y dijo a Ordovic:

—¿Sabe algo de esto Sabura Mona?

—Nada que yo sepa.

—Darbo —dijo Landor, volviéndose al soldado—, baja e infórmala y ruégala que venga a nosotros si quiere. En cualquier caso, vuelve tú mismo de inmediato.

El soldado saludó y se retiró.

Aguardaron en silencio, Ordovic paseando por la habitación como un león enjaulado, el rostro áspero y firme, Landor luchando por mantener su calma.

—Esto es obra de la bruja negra —dijo Tampore, adelantándose y despidiendo llamas—. ¿No le advertí, capitán Ordovic?

Pero Landor sacudió la cabeza.

—Conozco a unos pocos brujos y a ninguna bruja cuyos poderes sean capaces de eso. Kelab es uno de ellos, claro. Espera, Ordovic —alzando la mano contuvo a Ordovic que estaba a punto de hablar—. Pero resulta extraño que nos salvara del contrato matrimonial y luego secuestrara a Sharla.

Ordovic contestó con fiereza:

—¿Se la llevaría para sí?

—No se atrevería —dijo confiado Landor.

Tampore intervino.

—Yo no sé cómo puede hacerse… cualquiera tomaría a mi señora Sharla por Dolichek si su pelo fuese teñido, su rostro amoratado y si llevase un vestido similar; pero nadie confundiría a Kelab con el gigante Leontine.

—Es un mago, recuerda —insistió Ordovic.

—Landor, creo que es muy probable. Cuando le conocí en la Ciudad Baja esta mañana me pidió un millar de círculos por haber arreglado el contrato matrimonial y dijo que estaría en su navío hoy a las diez.

Si acabase de raptar a Sharla del Castillo de los Reyes, no se te habría enfrentado a ti en Ciudad Baja.

Ordovic dijo:

—¡Con su insolencia se atrevería a todo!

Tempore tosió e intervino:

—Ser Landor, la señora Andra está en la fortaleza de la Colina de los Reyes, en Oppidum.

Finalmente, Ordovic dijo:

—Darbo tarda en volver. Me molesta esperar sin hacer nada. Iré a buscarlo —dejó la habitación y siguió por el pasillo, preguntando de cuando en cuándo dónde podría encontrar a Sabura Mona y eventualmente llegando al adecuado corredor. Miró por él. Allí estaba la puerta a la que le habían dirigido.

Y algo más.

El corazón le dio un vuelco su mano se cerró en el pomo de la espada, y caminó en silencio hasta el hueco de la puerta. Darbo yacía allí. Por su rostro había sangre fresca y su corazón había cesado de latir.

Ordovic le dio la vuelta y su rostro mostraba confusión, por el hecho de que el duro metal del casco del soldado había sido aplastado e introducido en su cráneo con un golpe dado seguramente con el cuerno de un toro de Thanis.

Apartó el cadáver a un lado, desenvainó la espada y abrió la puerta.

La habitación estaba poco alumbrada, pero pudo distinguir a dos figuras, dos monstruosas figuras, entrelazadas en el centro de la habitación, forcejeando; una enorme y de color ébano… el gigante Leontine, de más de dos metros de altura… la otra también enorme, pero más baja y más gruesa. Una mujer, Sabura Mona.

Se quedó boquiabierto y confuso ante lo que veía.

Porque Sabura Mona le había tomado la medida al gigante. Él hundió una enorme mano en la suavidad de la garganta de ella, pero Sabura Mona no parecía notarlo. Con la otra, vanamente buscaba obligarla a poner los brazos atrás, soltándole de la presa que le había hecho en su cintura, y que le apretaban en los órganos suaves de su vientre, como si fuese un cerco de acero.

Y ella reía. La mujer increíble reía sin sonido y en lugar de dejar que el brazo de él derivase hacia su cabeza y le presionase en la columna vertebral como pretendía el gigante, le obligaba a ir hacia adelante… hacia adelante…

El esclavo apartó el brazo mientras aún tenía sitio para doblarlo, sólo un instante antes de que la articulación y el músculo y los tendones quedasen rotos, doblados más allá del codo, y la cabeza de ella saltó hacia adelante, poniéndose debajo de la barbilla de su enemigo.

Luego, con una presión enormemente asombrosa de las piernas,

brazos y cuerpo y cabeza, en un instante en que él no lo asía, lo lanzó violentamente contra el techo.

El esclavo subió como un navío al despegar y cayó como una montaña, su cráneo fraccionándose en la dura piedra desde una altura de tres metros y Sabura Mona, sin mirar siquiera de reojo al cadáver, se volvió para hundir sus manos en una jofaina de agua, mientras que Ordovic la espada empuñada, seguía boquiabierto.

La increíble mujer se secó las manos y se volvió a él.

—¿Eres Ordovic? —preguntó y él se la quedó mirando.

—¿Sois vos… Sabura Mona?

Ella asintió.

—Tu mensajero me dijo que deseabais que fuese. Según parece, mi señora Sharla ha desaparecido.

Ordovic asintió. Señaló hacia el cuerpo del gigante.

—Con él, se supone… si era el flagelador de Dolichek.

—Lo era.

—Pero si está todavía en el castillo, Sharla… ejem, mi señora Sharla, tampoco puede estar lejos.

—Posiblemente —afirmó Sabura Mona—. Vamos, pues. Pero primero, un asuntillo sin importancia. No le digas a nadie que le maté… —Con la cabeza señaló al muerto—. Di que lo hiciste tú, si lo prefieres, pero no digas a nadie que fui yo. ¿Comprendido?

Los ojos de ella eran extrañamente luminosos y Ordovic asintió con torpeza, luego la siguió por los desnudos pasillos. Mientras se acercaban a las habitaciones de Sharla, notó cómo ella empezaba a resoplar como si estuviese exhausta.

Landor les recibió, asintió y dijo:

—¿Qué retrasó a Darbo?

—Lo derribó el gigante Leontine, Ser Landor, y si ser Ordovic no me hubiese salvado, ese habría sido también mi destino —dijo Sabura Mona. Miró de reojo autoritaria a Ordovic, que asintió débilmente.

—¡Por los vientos de Argus, pues! —exclamó explosivo Landor —. Si él estaba aquí aun… quizás Sharla…

Un soldado vino corriendo por el pasillo, jadeando y casi sin aliento, como si hubiese tenido que correr demasiado lejos y demasiado deprisa. Dijo:

—¡Ser Landor! —Y saludó con dificultad—. ¡Ser Landor, vuestra

máquina de volar… aquella con la que vinisteis al Castillo de los Reyes… ha desaparecido!

—¡Desaparecido! —exclamo Landor electrificado.

—¡Sí, desaparecido! Y lo que es más, el sargento Tampore envió un mensajero en un caballo rápido hasta la fortaleza de Oppidum en donde reside la señora Andra y ha recibido respuesta por el sol de un espejo de que Kelab el Conjurador la visitó anoche cerca de las doce y se quedó media hora y luego partió.

Landor dijo:

—¡Un caballo rápido…! Non él pudo haber llegado a tiempo de estar aquí acompañado del flagelador a la una menos cuarto y marcharse llevándose el helicóptero y a Sharla… ¡Por los vientos de Argus, soldado! ¡Preparen los caballos! Hay un solo brujo en todo Argus que pudiese enmascarar el sonido de un helicóptero al despegar y ese es Kelab.

El soldado saludó y volvió trotando a recorrer el pasillo. Sabura Mona dijo:

—¿Es esto obra de mi señora Andra?

—De ella y del mago Kelab, me temo. El gigante Leontine la sacó ante las narices del centinela disfrazada de Dolichek indudablemente, también con algún encanto contra ser descubiertos proporcionado por Kelab.

Sabura Mona sacudió la cabeza tristemente, con un temblar de barbilla y de flácidas mejillas. Ordovic no pudo creer que ella fuese la misma mujer que había arrojado a los aires al gigante como si fuese un simple monigote corneado por un toro de Thanis. Ella dijo:

—Ser Landor, tengo algunos espías.

—¿Entre los esclavos de mi señora Andra?

—¡Naturalmente! —respondió Sabura Mona, alzando las cejas sorprendida—. En todas partes.

—Entonces necesitaré vuestro consejo. En este instante lo más preciso es encontrar a Sharla, lo que significa ir en busca de Kelab el Conjurador, de inmediato. Si aún tuviésemos el helicóptero…

Sabura Mona encogió sus elefantinos hombros.

—Yo no puedo hacer más que sentarme en el Castillo de los Reyes y preparar intrigas como una liana roja tiende sus trampas cazadoras. Pero haré lo que pueda, Ser Landor. Esté seguro de mi ayuda siempre.

Landor dijo con un intento de cortesía:

—Se lo agradezco, Sabura Mona y estoy seguro de que servirá a Sharla como sirvió a su padre. Si nos perdona… vamos, Ordovic. Los caballos deberán estar ya listos.

Un cielo gris cubría Oppidum. Cerca del alba había llovido pero ahora ésta había cesado, aunque las calles de la Ciudad Baja seguían desiertas.

Dos cuerpos yacían en la Calle de la Mañana. Uno pertenecía a un hombre de aspecto hambriento de rostro lobuno. Tenía la garganta rajada en tributo a la pericia adivinatoria de Kelab y tenía una cruz grabada en su rostro para señalar que estaba maldito y que no debería dejarse a su lado ningún dinero para el entierro. El otro era Samsar, pero su forma apenas era reconocible como humana.

Hacía un viento frío, pero Kelab el Conjurador estaba sentado en la galería de su nave tomando un brebaje caliente procedente de Thanis.

Enfrente a él estaba sentada Sharla, que también bebía el brebaje reconfortante.

De vez en cuando el Conjurador doblaba la cabeza a un lado como si escuchara y los ojos de Sharla descansaban en él viendo su reflejo en el dorado de su lóbulo izquierdo y recordaba que éste era el pendiente que le recordó al de Sabura Mona. Pensó por primera vez, no como un hombre esbelto y pequeño que era, sino como una unidad más vasta de lo que parecía, como un volcán lleno de fuegos sirvientes, como si Kelab fuese el hombre más fuerte del mundo y también el más gentil.

Él, por su parte, a veces la miraba y la sonreía débilmente y pensaba cuán hermosa era con su atuendo blanco, con su rostro pálido y su pelo áureo.

Pero no necesitaba jurar. La conocía, directamente, como sabía cuanto le rodeaba; y algunas otras cosas mucho más lejos, muchísimo más lejanas.

Habían estado sentados en la terraza en silencio durante algún rato, sin necesitar palabras, cuando miró Kelab el reloj que había venido de cualquier lugar del Imperio para decir:

—Creo que se acercan, querida. Ve al lugar que te enseñé.

Ella se levantó con una rápida sonrisa y entró en la nave y él apartó la bandeja de la que habían estado tomando el desayuno.

Luego se sentó a esperar.

# XIX

A la entrada del espaciopuerto, dos mozos de cuadra salieron de los establos corriendo, y Ordovic y Landor saltaron de sus monturas, sudando y jadeando.

Con sequedad, Landor arrojó a los hombres su paga y exigió:

—¿Dónde está la nave de Kelab el Conjurador? —Uno de los mozos, un hombre rubio y corpulento, con una cicatriz roja que le iba desde la ceja hasta la barbilla, alzó la fusta y señaló:

—Se encuentra más hacia el este en el espaciopuerto, Ser Landor. Sois Ser Landor, ¿verdad?

Landor asintió con sequedad y se volvió a Tampore y al pelotón de soldados que acababan de entrar con ellos en el patio.

—¡Quedaos fuera de la vista hasta que os llame! Poco podéis hacer contra este mago, pero quizás os necesitemos para transportar su cuerpo.

Tampore saludó y refrenaron sus caballos en oleadas hasta conducirlos después a la galería que daba la vuelta al patio. Ordovic y Landor, las espadas oscilando, caminaron por el patio hasta la húmeda pista de concreto que era propiamente el espaciopuerto.

Sólo había una nave que podía ser la de Kelab… un bajel fino y negro de costados brillantes y húmedos, que recordaban a Ordovic a ciertas naves de la flota pirata con quienes se mezcló en los mundos exteriores. Miró a Landor, pero éste se había retirado en sí mismo y había un azulamiento diminuto en el aire que le rodeaba. Ordovic apartó rápidamente la vista. En el aire se percibía un olor nuevo… un olor de poderes más allá de los humanos.

Cruzaron hasta la esbelta nave y se detuvieron a unos seis metros de la aleta más próxima. Por encima de ellos, en una galería construida a partir del costado, pudieron ver a Kelab arrellanado en

su silla, bebiendo.

Ser Landor gritó:

—¡Conjurador!

Kelab dejó su jarro y les miró de reojo y en su rostro oscuro apareció una sonrisa de bienvenida y alzó la mano como saludo.

—¡La mejor de las mañanas para vosotros, Ordovic y Landor! Venís temprano a traerme estos mil círculos.

—No traemos ningún dinero, traidor —contestó Landor con aspereza—. ¿Qué has hecho de la princesa Sharla?

Kelab alzó las cejas.

—¿Yo? No he hecho nada con ninguna princesa.

—¡Embustero! —le acusó con fiereza Ordovic—. Quién más que tú pudo robarla del Castillo de los Reyes.

—¡Baja, Conjurador! —llamó Landor—. ¡Baja de esa nave!

Intranquilo por primera vez, Kelab contestó con una pizca de recelo:

—No.

—¡Baja! —ordenó Landor con un grito, y el azulado del aire en su torno se hizo más fuerte. Kelab frunció las cejas y entró dentro. Ordovic miró a Landor con nuevo respeto y una fresca esperanza se alzó en él. Le había parecido inútil enfrentarse a un Conjurador como aquél, pero quizás Landor sabía lo que se hacía después de todo.

Era un enigma, Landor. Desde la oscuridad a Gran Señor Chambelán del Imperio de un paso. Guía para Sharla, sin embargo desconocido. Un hombre que, en cuanto a él y Sharla sabían, e incluso ante el Imperio, había salido de la nada en Loudor tres meses atrás, después, según afirmaba, de una búsqueda de dos meses intentando encontrar a Sharla.

La puerta inferior del navío ante ellos se abrió y un tramo de escalones creció desde el costado de la aleta más próxima. Kelab el conjurador salió por la puerta y empezó a descender los escalones, y tras él…

—¡Sharla! —exclamó Landor—. Este embustero dijo que no te había visto.

Se detuvo de pronto, porque Sharla le miraba con cierto desdén desde el escalón superior. Kelab continuó bajando imperturbable.

Ella dijo:

—Yo no soy Sharla de Argus.

Ordovic abrió la boca y se quedó mirando con blanco asombro, pero Landor se volvió a Kelab y le increpó furioso:

—¡Esto es obra tuya, Kelab!

Kelab asintió del todo tranquilo y dijo:

—De veras que sí.

La espada de Ordovic salió de su funda y emitió un silbido en el aire al ser blandida a unos centímetros de la barbilla del Conjurador. Y dijo:

—Si tienes aprecio a tu vida, devuélvela a sus sentidos.

Kelab hizo un ligero movimiento y la espada azuló, destelló, y se fundió en la nada.

—Ya lo hice, Ordovic —dijo—. Esta chica no es Sharla de Argus.

—¡No… Conjurador, mientes! —Ordovic lanzó a un lado el inútil pomo de la espada e hizo acción de destrozar el rostro de Kelab con su puño.

—Te digo la verdad —insistió Kelab, mirando de reojo a Landor. Tenía el rostro tenso y en torno a él también el aire comenzaba a relucir azulado. Landor frunció el ceño con ansiedad y sus ojos ardían con una luz intensa—. Esta chica no es princesa, sino una marioneta, un monigote, una esclava.

—¿De quién? —preguntó Ordovic.

El rostro de Kelab expresó un desdén infinito.

—¿De quién iba a ser sino de Landor, Ordovic?

Landor contestó furioso:

—¡Conjurador, estás loco!

Kelab relajado, se encogió de hombros, diciendo:

—Respóndeme a esta pregunta. ¿Cuándo cayó enfermo Andalvar? ¿Hace cinco meses sin aviso previo?

Landor asintió turbado.

—No obstante —continuó demoledor Kelab—, hay tres meses de viaje desde aquí hasta Loudor, mucho más largo vía Annanworld, y cuando encontraste a Sharla pretendiste haberte empeñado en su búsqueda que duraba ya dos meses. Tres meses antes que Andalvar cayese enfermo saliste a buscar a Sharla. ¿Por qué?

—Hubo una… una profecía —comenzó Landor—. Tú lo has dicho a menudo. Sólo anoche lo volviste a decir. ¿Por qué entonces?

Hubo el súbito estampido de un trueno y se produjo la oscuridad

más negra aún que las profundidades del espacio.

Por un momento Ordovic temió haberse quedado ciego. No podía ver ni oír nada excepto los ecos de aquel trueno…

Allí no había nada bajo sus pies, ni brisa azotándole el rostro.

¿Muerte?

Luego se produjo un gran rasgón en la oscuridad como un relámpago y la solidez retornó a su cuerpo. Tragó aire y miró con fijeza a su alrededor.

No había nave. No había nada bajo sus pies. Ni tampoco edificios en torno al espaciopuerto. Ni ciudad de Oppidum más allá. Sino un cielo y un sol rojo y un estampido caliente que le quemaba los ojos. Estaba solo. Bajo sus pies la roca dura y desnuda.

Gritó aterrorizado. No sentía miedo de armas humanas, de lanza o espada, ni siquiera de los mutantes que pueden matar a distancia, pero aquello era mágico y resultaba superior a lo humano. El grito despertó ecos entre las rocas que le rodeaban y éstos se multiplicaron y volvieron a multiplicar, pareciendo crecer con la distancia en lugar de desvanecerse. A unos treinta kilómetros vio una montaña como un dedo sangrante en la áspera luz rojiza y una fuente en el firmamento sin sonido.

Al quebrarse la montaña hizo que la tierra temblara. Vio la ola frontal del terremoto volar cruzando la desnuda llanura hacia las rocas donde él se escondía, partiéndose en un espasmo de dos kilómetros de profundidad y plegándolo como las olas al romperse.

El suelo tembló y con un terrorífico silencio cayó, ciego y con náuseas, en un vasto precipicio.

Bajó… bajó… bajó…

Después la negrura se distendió nuevamente para dar paso a una bóveda fresca y gris entre árboles lacrimantes, que no eran sauces sino que parecían reproducir una ligera añoranza de su imagen. Había una hierba de un verde lujurioso y un lago transparente con unos cuantos guijarros en su fondo. Miró extasiado hacia la bóveda y vio a Sharla.

Estaba sentada en la ribera de fresca hierba, desnuda, y con los brazos extendidos hacia él y lanzó un grito de alegría. Corrió hacia ella y la abrazó…

Y una voz… la de ella… dijo en su memoria:

—Yo no soy Sharla de Argus.

Sharla… no Sharla… real o imaginaria…

Dudó y ella volvió a llamar. ¿Su voz?

¿O la voz de Landor, de quien ella era una marioneta?

Se detuvo, colocando los pies firmemente en el suelo. Ella empezó a llorar. Él se esforzó para no moverse.

Luego hubo un toque en su hombro y medio vaciló, volviéndose para mirarla…

Pero no era Sharla. Era el verdor y la sombra de los árboles que habían extendido sus ramas como tentáculos, para restringir…

De nuevo gritó y empezó a correr. Al borde del agua tropezó y cayó en el estanque. El líquido se apartó ante él y cayó sin romper la superficie.

Abajo… abajo… abajo…

Luego un calor calcinante y cegador. Se quedó plantado entre las rocas que relucían rojizas y ante un estanque de metal fundido que burbujeaba como agua, al rojo blanco. Las llamas parpadeaban y saltaban a su alrededor con un fuerte hedor en el aire, que olía a azufre y tenía la cálida e insatisfactoria llaneza de la sala de un horno.

Alzó la vista. Allí no había cielo si no un velo de vapores cálidos y humeantes que giraban, ascendían y, a veces, se desgarraban para mostrar, derecho por encima, la llamarada blanca de un sol. Y no sólo derecho por encima… al este otro, más pequeño… y al sur otro azul en vez de blanco. Tres soles destellantes y rocas a punto de convertirse en lava.

El charco ante él hervía furiosamente, burbujeando y salpicando. Una de las burbujas rojas no estalló y se hizo más grande. Él se retiró, pero la roca a sus espaldas estaba también al rojo. Se quedó congelado, mirando con ojos horrorizados la superficie de la monstruosa burbuja. Se hizo más alta. Más que él mismo, su base casi tocándole los pies. Más alta…

Cayó hacia adelante y la burbuja estalló, dejando una hueca redondez por la que él se precipitaba.

Abajo… abajo… abajo…

Se estrelló contra las ramas de un grueso árbol, de hojas azul verdoso. El calor allí era húmedo, pegajoso; el aire olía a vegetación podrida y a miasmas.

Sólo a su alrededor estaba el árbol, oscureciendo el firmamento

excepto por la brecha de encima su cabeza causada por su caída… una caída verdadera física, que le había magullado y roto las ropas y atontado su mente.

Se agitó en el lugar en que yacía y algo esbelto y negro se escurrió, zigzagueando. ¿Una serpiente?

Miró frenético en su torno y vio más serpientes enroscadas en las ramas o serpenteando silenciosamente arriba o abajo del tronco. Una de ellas asustó a un ser que saltó alejándose con sus alas coriáceas y emitiendo un áspero grito.

Luego el rugir se oyó más cerca y vio cosas viniendo hacia él a través de la jungla. Eran todo bocas y grandes y oscilantes vientres, con muchos ojos tortuosos y tentáculos largos como látigos.

Uno de ellos se alzó basta el árbol en donde estaba y el tentáculo fino se enrolló en su cuerpo y lo arrancó de la rama y lo contuvo durante un instante por encima de aquella masa horrible y negra. El hedor de carne podrida que procedía del animal le hizo vomitar.

Luego volvió a caer hacia abajo…

Una breve extensión de nieve y un viento cortante. Yacía en la blanca sábana, jadeando débil de cuerpo y alma. Deliciosa frescura… podría estarse acostado allí para siempre y dormir…

Se obligó a ponerse en pie tambaleando y envolvió su frío cuerpo con las rotas ropas. De pronto la nieve le dio en la cara y una ventisca le envolvió.

¡Ahora qué! ¡Es esto el fin! ¡Había caído de mundo en mundo para terminar aquí! ¡Acaso era esto real! Su mente frenética batía los confines de la torpeza en la comprensión, buscando una respuesta que no se podía dar.

Alguien venía hacia él a través de la nieve. Una figura grande, mayor que la vida. ¿El gigante Leontini?

No, estaba muerto. Él mismo le había matado… Y sin embargo no. Aquello fue acondicionamiento hipnótico de Sabura Mona. Ella le había matado. Y allí estaba ella. Saliendo de la ventisca…

Se volvió y trató de alejarse tambaleándose, pero cayó y yació inmóvil en la nieve hasta que ella vino a recogerle como si se tratara de una criatura y caminó con él adentrándose en la atorbellinada blancura.

Algunas veces, mientras la miraba, no le parecía que fuese Sabura Mona, sino Kelab, y que hablaba con la voz de Kelab,

tranquilizándolo para que se durmiera, y él se adormiló, caliente en los brazos de ella, como si la mujer irradiase calor en este mundo bajo cero. Parecía todo durar una eternidad…

El aire se azuló durante un momento. Luego se encontró del todo despierto, parpadeando ante la brillante luz amarilla. Sabura Mona le sentó en un blando diván ante un fuego vivaz, que Kelab estaba cuidando. Luego se apartó hasta la pared y allí permaneció inmóvil, como una montaña humana.

Ordovic se incorporó y miró a Kelab. El pequeño Conjurador sangraba y estaba lleno de heridas. Su alegre turbante se veía sucio y sus ropas pardas rotas. Pero aparecía en su rostro una extraña satisfacción.

Ordovic pensó, minutos… o años… atrás, odiaba a este hombre más que a nadie de la galaxia. Pero ahora no podía odiarle más, porque sabía que le había hecho lo que debía hacerse y que el odio sentido por aquel hombre se le escapó sobrepasando todo lo demás.

Sin mirar, el Conjurador dijo:

—Te debo una explicación.

Ordovic miró en su torno. Vio una habitación cuadrada; un taburete junto al fuego para Kelab y las paredes estaban desnudas y sin adornos. Dijo con aspereza:

—Una duda pequeña además de lo que Landor me debe.

—Te lo has tomado muy mal, ¿no? —dijo Kelab con simpatía—. Hice lo que pude por ti, pero Landor es potente a su manera y eso no es mucho —colocó un tronco en las llamas, que chisporrotearon.

—Explíquese entonces —dijo Ordovic, extendiendo sus manos hacia el fuego—. ¿Dónde estamos?

Ordovic sacudió la cabeza y dijo:

—Le debo mi vida. O a Sabura Mona. De todas maneras tengo una extraña impresión de que son la misma persona. ¿Quién es Sabura Mona?

—Ya has tenido un atisbo de la verdad —dijo Kelab—. Ella no es humana. Vivía a solas, sin comodidades y sin esclavos… sin embargo dirige todo un Imperio. El Imperio. Ella es un robot, una mujer mecánica.

Ordovic asintió despacio. Realmente lo había sabido desde que la vio matar al gigante Leontine. La volvió a mirar, de pie con quietud inhumana apoyada contra la pared y esta vez no se

estremeció, porque era sólo una máquina.

Él dijo:

—¿Pero cómo está aquí? ¿Es también una ilusión?

Kelab sacudió la cabeza.

—Las cosas del cerebro son aquí reales y ella es real. Es tal pensamiento como tú o yo. Está aquí por su propio derecho. También ella es mi única ventaja sobre Landor.

—¿Y usted? Usted no es un simple hombre. ¿Es un robot?

Kelab sacudió la cabeza.

—¿Entonces, un mutante? ¿De uno de los mundos extranjeros?

—No soy extranjero.

—Entonces usted debe ser un emisario de la Edad Dorada.

—No lo que tú piensas por Edad Dorada… el tiempo de la grandeza del Imperio… Si no de una edad mejor que ésta. Soy del futuro.

Lo aceptó sin incredulidad. El escepticismo había desaparecido de él.

—¿Tú eres Sharla? —preguntó—. ¿La chica que no es princesa después de todo?

Kelab miró su reloj y dijo:

—Tenemos poco tiempo antes de que Landor vuelva a atacar. Lo dejé atontado, con un buen golpe de suerte, podría decirse, pero no utilicé ninguna arma física. La próxima vez o nunca. Me temo… pero tu explicación.

»Landor también es del futuro y es en la creación de ese futuro lo que estoy atareado ahora y por eso estaba tan ansioso de asegurar a Andra en la regencia. Voy a tener un tiempo diabólico para poner las cosas bien aun cuando derrote a Landor.

»La historia de mi tiempo depende de que Andra se case con Barkasch y entre Mercator en el Consejo de los seis… ¿recuerdas? Las profecías sobre la ruina del Imperio, indican que Landor selló su destrucción afectando despreciar, pasaran y la revuelta y la rebelión lo destrozarían. Habría otra Noche larga en la que la mayor parte de las historias, la mayor parte del conocimiento, se perderá. Sin embargo, de eso saldrá la primera sociedad humana más cercana a la perfección.

»En algún Jugar de la 1arga Noche una mutación ocurrirá que daremos… desde nuestro punto de vista, dimos:… a los hombres un

poder impensado, por primera vez y unas normas que controlen su uso. El poder… bueno, dije que yo tenía en la mano el planeta Argus. Lo dije y lo digo. Podría exprimirlo como si fuese un fruto blando, sólo con la herramienta de mi mente. Y todos, o casi todos los hombres y mujeres de mi tiempo tienen ese poder. La norma porque lo controlan es la telepatía. Ahí estaba la clave. Dio a los hombres un sentido de unidad.

»EI resultado… paz entre hombre y hombre. El fin de tu casta, Ordovic, y de todos los luchadores pero el fruto estupendo de este complicado árbol de la humanidad.

»Pero no aún el fruto completo. La mutación todavía no ha llegado a la perfección en mi tiempo y uno o dos individuos carecían de sentido común y aún se agitaban deseando poder sobre sus compañeros. Cada atavismo debe ser destruido por nosotros, porque su insanidad es en parte contagiosa, así que los segregamos y los vigilamos.

»Una vez, uno de ellos desapareció. No quiere decir que muriese, o que se fuera. Nuestro sentido de la unidad no queda entorpecido por la distancia y la muerte es un lento desvanecerse tras decenas de miles de años para uno que controla su medio ambiente tan completamente como yo, por ejemplo. El… a quien tú llamas Landor… se había llevado a sí mismo y sus pretensiones de poder hasta un tiempo y lugar donde pudiera utilizarlas.

»¿Qué tiempo? Esa era la cuestión que teníamos que responder.

»Dedujimos que para entonces el casi legendario Imperio le habría traído. Estudiamos las pocas grabaciones que teníamos en busca de alguna pista o lugar en donde él tratase de interferir y apostamos exploradores para vigilarle mío de los cuales era yo. Supe en cuanto se me habló de la venida de Sharla que algo iba mal… e insistí y comprendí que la causa era Landor. Ambicioso de tener verdadero poder sobre la gente… poder Imperial.

»Él sabía quién era yo, claro, puesto que alteré el contrato matrimonial. Mi motivo en eso no fue 10 que tú te pensabas, sino impedir que Barkasch no pudiera casarse más tarde con Andra Ese fue el primer movimiento… con naturaleza de desafío.

»La chica que conoces como Sharla, no es Sharla. Es como podía haber sido la verdadera Sharla, pero se llama Leueen y nació en la clase media, no como princesa. Landor se interpuso en su venta por

canje a Mooncave en Loudor y su compra por Pirbrite, la sacó a tiempo para darla un parecido a la verdadera Sharla y construir para ella una personalidad hipnótica completa y detallada. Luego vio al tiempo de la muerte de Andalvar y planeó utilizarla como marioneta, como pantalla para su gobierno del Imperio.

»Pero había lagunas… vastas lagunas… en su historia, si alguien las hubiera buscado. ¿Crees sinceramente que alguien lo suficiente agudo para ser esclavo no habría investigado las pretensiones de una criatura que se decía ser Sharla Andalvarson? Él pudo haber citado su propio precio a su padre… media galaxia, obligando a pagar si Andalvar quería que se le devolviese a su hija. No, la verdadera Sharla murió cuando uno de los navíos esclavistas estalló en el espacio durante la partida. Conocí al esclavista… no sabía siquiera entonces a quién había raptado. ¡Tiene pretensiones de estadista! Tú no tienes pericia en la intriga, pero sabes caminar alerta y taponar los agujeros de escucha de tu cuarto. ¿Él? Ni siquiera sabía expulsar a los esclavos de Andra de las habitaciones de Sharla.

»Lo hizo muy mal, considerando lo mucho que se estaba jugando.

—Y yo —dijo Ordovic—. Dominio imperial… eso podía haber hecho grande el Imperio otra vez. Kelab rió por lo bajo y dijo:

—No le debes gratitud al Imperio. Eres extranjero. Además, puedes citarte una meta más alta.

—Cítela.

—Paz entre los hombres.

Ordovic lo consideró en serio durante un rato. Luego dijo:

—Carezco del sentido de unidad que usted afirma tener. Viví toda mi existencia en la violencia. Pero comprendo, según creo. Quizás sea una nieta más elevada.

—Landor todavía no ha perdido —dijo Kelab—. Ordovic, nuestro tiempo se acaba. Escucha esto.

»Recuerda que lo que te sucede es una ilusión en lo que a ti respecta. Si caes en la trampa de creer, estás perdido. No puedo protegerte siempre, porque Landor tiene la fuerza de los locos y yo… lo reconozco con humildad, soy más importante para la seguridad de la raza humana que tú. Landor tiene escondida a Sharla como yo escondí a Dolichek cuando el gigante Leontine me

raptó a Sharla, pero él no es mera ilusión de luz distorsionada como era la mía, sino un retorcimiento de la mente, del espacio, incluso del tiempo. Si quieres controlarla, recuerda todo lo que te he dicho de que es ilusión excepto el espaciopuerto de Oppidum. Cuando volvamos allí, la batalla habrá terminado.

Ordovic dijo:

—Kelab, una vez le llamé cobarde, temeroso de luchar con las armas de un hombre. Estoy arrepentido. Las armas con que usted pelea no son las de un hombre. Son las de los dioses.

—¡Cielos! —exclamó Kelab, su rostro oscuro de pronto alerta. Escondió una mano y el robot a quien llamaba Sabura Mona volvió a la vida…

Y allí hubo oscuridad.

# XX

Se dio cuenta de una forma extrasensorial de la presencia de Kelab y Sabura Mona, arrojando sus mentes aquí y allá, buscando en una atmósfera de forcejeo más allá de las posibilidades humanas corrientes. En medio de la oscuridad se agarró con todas sus facultades mentales a una burbuja brillante. Tomó la forma del rostro de Kelab, firme y serio, diciendo:

—Si caes en la trampa de creer, estás perdido.

«¡Esto es ilusión!».

El latir de su corazón era como un martillo pilón y la circulación de su sangre en sus oídos como una poderosa marea. No sintió ni frío ni calor, sólo un abrumador sentido del mal, una equivocación, una locura.

Eso no era ilusión.

Luego la oscuridad comenzó a disiparse, como una cortina cayendo en baja gravedad, revelando un panorama negro con un sol fantasmal poniéndose detrás de negras montañas que estaban delante suyo. Las estrellas brillaban con fulgor sin el parpadeo propio del espacio vacío. Había una llanura desnuda color naranja ante él y notó suave arena y polvo entre los dedos de los pies.

»¡Esto es ilusión!».

Pero las cosas de la mente tenían realidad aquí, incluso mientras él era real, y tan consciente como si estuviera físicamente presente. ¿Qué retorcida creación del torcido cerebro de Landor no podía también ser aquí real? Sabura Mona era real aunque fuese un robot…

Con pánico se agazapó, miró en su torno, apenas atreviéndose a pasar la vista de un lugar a otro y menos aún porque temía que algo le brotase ante los ojos. Nada. Hacia arriba, nada. Negrura…

Cayó desde arriba como una lluvia húmeda y fina, suave, fríamente pegajosa y se pegó sobre él de cabeza a pies, una constricción de la nada. Gritó, pateó, luchó…

Y aún ello le aferraba, como un beso mortal, como un beso húmedo de un demonio, hasta que no hubo nada excepto ello…

Y una burbuja que mostraba el rostro de Kelab, delgado, cortado y despellejado, pero singularmente contento, diciendo:

—Si caes en la trampa de creer, estás perdido.

Casi había creído.

Con un grito extendió los brazos y destruyó la ilusión. La negrura se dividió con un suspiro y más allá vio una escena familiar. Un navío… un esbelto navío negro, sus costados brillantes y húmedos. Bajo los pies cemento pardo, un cielo gris por encima. ¡El espaciopuerto de Oppidum!

Esto era realidad, había dicho Kelab. ¿Entonces ganado?

Kelab, el rostro cansado pero jubiloso, asintió. Había desaparecido el turbante y tenía las ropas desgarradas, pero estaba junto a la aleta de su navío y sonreía. Y junto a él, viva y bien, ¡Sharla! Gritó con alegría y avanzó para tomarla en sus brazos. El mayor premio de todos…

Y entonces oyó la voz de Kelab diciendo de nuevo:

—Si caes en la trampa de creer…

Landor fue rápido, pero Ordovic todavía lo fue más. Giró y vio que allí no había bajos edificios al borde del espaciopuerto, ninguna ciudad de Oppidum más allá. El cemento terminaba a sus pies.

«¡Esto es ilusión!».

Salió una carcajada y ante su risa la ilusión se rajó y cayó en mil pedazos y hubo más negrura.

Incluso la negrura no era verdadera negrura, porque podía notar… más que ver… la figura del Conjurador a su izquierda, delgado y serio, y tras él las suaves mejillas y la barbilla pendulante de Sabura Mona. Ellos sombreaban a la galaxia y la nebulosa de Andrómeda flotaba detrás de Kelab y se veía medio borrada por él. Él mismo era una sombra junto a Kelab.

Conocía el motivo. Este era el verdadero Kelab, que tenía a los mundos en el hueco de la mano.

Y era como si pudiese oír poderosas pisadas a lo lejos, una persecución bastamente lenta y medida. Kelab y Sabura Mona

alzaron la vista con expectación, aguardando.

Por último Landor venía cara a cara con sus antagonistas y por escena de su última batalla había elegido las profundidades entre las estrellas.

Casualmente casi se acercó a Sabura Mona y Kelab, les miró e hizo como si fuese a pasar junto a ellos.

Sabura Mona le cerró el camino.

Él chisporroteó como una llama azul y no hubo Sabura Mona, sólo una vaga impresión que no era nada más que un cambio en el conjunto del espacio vacío. Ella estaba allí aún, Ordovic lo sabía, pero quedaba impotente.

Landor dijo, con una voz que era más que cualquier mera conversación pudiera ser:

—Kelab, esto es entre nosotros dos.

Kelab asintió, sus brillantes ojos color humo fijos en el rostro de Landor. Le estaba vigilando, ¿esperando…?

Entonces Ordovic comprendió. La lucha había empezado ya, una batalla de voluntades, sin realidad física. Y tan pronto como se dio cuenta de eso, vio las armas que utilizaban…

Vio a Landor enfrentándose a una llama de la que, imposiblemente, Kelab salía. Vio los relámpagos que destellaban y flameaban y oyó el insonoro chocar de mente sobre mente. Conjuntaban ilusiones, mundos cálidos, mundos fríos, pseudorealidades que huían como conejitos a través del círculo de sus mentes. A veces Ordovic reconocía a uno de los ingredientes que le recordaba a los mundos en que había estado. Mas a menudo eran mayores más aterrorizantes: algunos eran casi demasiado descomunales para que los contuviera la mente; distendían los poderes de la imaginación para desvelar cosas desde los rincones más oscuros del cerebro que le hacían casi gritar en voz alta de dolor. Kelab los engolfó en una brillante y limpia llamarada y los hizo atorbellinar hasta la nada… Luego vino un universo sin forma de horror que le hizo tambalearse y oscilar y Landor fue tras su ventaja como el relámpago. Kelab se recuperó y regresó, una espléndida figura goteando llamas por las puntas de los dedos, lanzando chispazos de silenciosos relámpagos, pero Landor parecía como una montaña, a la que el fuego no tocaba. Había hecho que Kelab vacilase una vez. Estaba decidido a repetirlo de nuevo.

Lo hizo. Las llamas del cuerpo de Kelab bulleron durante un momento y se tambaleó. Landor dio un paso hacia adelante y su mano derecha bajó como una espada, llenando horror y miedo e informe locura…

Y Kelab se posó durante un momento y cayo adelante en un pozo negro infinito.

Landor se quedó plantado un instante, vasto e inescrutable y luego su helada compostura se desmoronó y se posó la mano por la frente cansino mientras Ordovic miraba con agudo horror. Ni por un segundo había creído que Landor pudiera ganar. ¿Qué sería de él ahora?

Entonces, mientras Landor se volvía despacio.

—Ordovic notó algo en su cerebro que le escalofrío de impresión. Oyó la voz de Kelab que decía en silencio:

—Esto es realidad, Ordovic.

Y de pronto él no fue sólo Ordovic. Formó parte de un gran organismo brillante entre las estrellas que era la raza humana y se cernía sobre las galaxias y sobre Landor, que estaba congelado con el rostro fijo en una máscara de terror.

Luego empezó a caminar tras él y Landor era una diminuta figura negra corriendo desesperado, más temeroso de lo que estuviera jamás, una deformidad, un manchón en la brillante belleza de la raza humana.

Y se perdió en el golfo sin fondo, dando vueltas y vueltas, mientras las paredes del pasado volaban junto a él y caía más allá del espacio y más allá del tiempo en el informe no ser, que era antes el universo, en donde él nunca pudiera volver a hacer daño…

Luego los horizontes del universo se cerraron en torno a Ordovic y de pronto volvió a sentir peso. Había un esbelto navío ante él, sus lados húmedos de lluvia y relucientes, y cemento pardo bajo sus pies.

—Esto también es realidad —dijo una voz tranquila. Se volvió y vio a Kelab de pie en donde había estado antes, sin marcas excepto de contento. Descubrió que él mismo estaba ileso. Pero había un monstruoso cansancio en su mente y un recuerdo desvanecido de gloria temporal que quedaba más allá de todo lo imaginable.

Y, mientras alzaba los ojos de ella, Sharla, también, en el escalón alto del tramo que conducía a la escotilla. Pero de Landor ni rastro.

Dijo:

—Así que hemos ganado.

Kelab asintió.

—Ahora se ha ido y yo debo de empezar a ajustar lo conveniente para el Imperio. Tú, claro, tienes que irte y Leueen, a quien conoces como Sharla, y Andra será instalada como regente.

Ordovic dijo:

—Pero el pueblo tenía muchas esperanzas en Sharla. ¿Lo soportarán?

—Hace mucho tiempo —dijo Kelab—, un poeta del que no has oído hablar dijo algo sobre hacernos soportar mejor estas enfermedades que tenemos que volar hasta otras que desconocemos. También hubo un refrán español que decía más vale malo conocido que bueno por conocer. Ahí tienes tú a la gente de Argus. Además, hay rumores de que sus esperanzas estaban infundadas… yo y Andra, a quien visité anoche, nos hemos ocupado de eso. Por ejemplo, ayer tú hiciste una amenaza brutal a un esclavo… un tal Samsar. Hoy, al alba, ese esclavo ha sido encontrado, mutilado según tus amenazas, en la Calle de la Mañana. Es cosa de Andra, no mía. Y ahora este conocimiento en común que Leueen-Sharla era una mujer de la vida, lo que en sí mismo es un obstáculo para la regencia. Puede lamentar que uno muera, pero siguen todavía las profecías, así que suspirarán y dirán que estaba escrito de esta manera.

—¿No es extraño que un Conjurador regule el destino de los mundos? ¿Por qué un Conjurador, Kelab?

El rostro de Kelab se hizo blando y dijo:

—Que dejase a un lado mis poderes sería para mí como para ti cortarte las manos. Como Conjurador puedo utilizarlos, para demostrar que esto es verdad, pero no se puede esconder a un sol después de descubierto. Así los utilizo sin excitar comentarios. De todas maneras —sus ojos de color de humo mostraron un serio pesar—, echo de menos el sentido de formar parte de la raza humana.

Ordovic estaba a punto de hablar, recordando aquel breve momento de esplendor cuando Kelab entró dentro de su mente. Pero el Conjurador hizo un diminuto gesto con una mano y Ordovic sintió una sensación de algo tremendo que se olvidó

instantáneamente. Sacudió la cabeza para aclararla.

Kelab continuó:

—Puedo adquirir un pasaje para ti en un navío cuyo capitán no hará preguntas. Eres un extranjero, Ordovic… y ella también.

Los ojos de Ordovic se alzaron hasta la chica rubia a quien había llamado Sharla.

—Ella es muy hermosa aun cuando no sea regente de un Imperio —dijo Kelab— y creo que está enamorada de ti.

Ella bajó los escalones hasta Ordovic y puso su brazo en torno a la cintura de él, sonriendo. Se miraron uno a otro durante largo rato. Luego ella se volvió a Kelab.

—¿De qué navío hablaba usted? —preguntó.

—De aquél —dijo Kelab el Conjurador.

**FIN**

# LAS VOCES DEL TIEMPO

**J. G. Ballard**

Más tarde, Powers pensó a menudo en Whitby, y en los extraños surcos que el biólogo había trazado, aparentemente al azar, sobre todo el suelo de la vacía piscina. De una pulgada de profundidad y veinte pies de longitud, entrecruzándose para formar un complicado ideograma semejante a un símbolo chino, había tardado todo el verano en completarlos, y era obvio que no había pensado en otra cosa, trabajando incansablemente a través de las largas tardes del desierto. Powers le había observado desde la ventana de su oficina situada en el ala de neurología, viendo cómo señalaba cuidadosamente el trazado con unas estacas y un cordel, y cómo se llevaba los trozos de cemento en un pequeño cubo de lona. Después del suicidio de Whitby nadie se había preocupado de los surcos, pero Powers le pedía prestada la llave al supervisor y se introducía en la abandonada piscina, para examinar el laberinto de pequeños canales, casi llenos con el agua que goteaba del purificador, un enigma que ahora resultaba de imposible solución.

Inicialmente, sin embargo, Powers estaba demasiado preocupado por completar su trabajo en la Clínica y planear su propia retirada final. Después de las primeras frenéticas semanas de pánico, había conseguido aceptar un difícil compromiso que le permitía contemplar su situación con el indiferente fatalismo que hasta entonces había reservado para sus pacientes. Por fortuna, estaba descendiendo las pendientes física y mental simultáneamente: el letargo y la inercia embotaban sus ansiedades, y un metabolismo cada vez más perezoso exigía la concentración para producir una secuencia lógica de pensamientos. En realidad, los intervalos cada vez más prolongados de sueño sin pesadillas

resultaban casi sedantes. Powers empezó a desearlos, sin hacer ningún esfuerzo para despertar más pronto de lo que era esencial.

Al principio tenía un despertador en la mesilla de noche, tratando de condensar toda la actividad que podía en las horas de lucidez, ordenando su biblioteca, dirigiéndose cada mañana al laboratorio de Whitby para examinar los últimos lotes de placas de rayos X racionando cada minuto y cada hora como las últimas gotas de agua de una cantimplora.

Afortunadamente, Anderson, sin querer, había hecho que se diera cuenta de lo insustancial de aquella conducta.

Después de que Powers abandonó la Clínica, continuaba acudiendo a ella una vez a la semana para una revisión que era ya un simple formulismo. Pero, la última vez, Anderson le había tomado la presión observando el relajamiento de los músculos faciales de Powers, las apagadas pupilas, las mejillas sin afeitar.

Dirigió una amistosa sonrisa a Powers a través del escritorio, preguntándose qué debía decirle. Siempre había tratado de estimular a los pacientes más inteligentes, procurando incluso proporcionarles alguna explicación. Pero Powers era demasiado difícil de alcanzar: neurocirujano extraordinario, un hombre que siempre estaba en la periferia, que sólo se encontraba a gusto trabajando con materiales poco comunes. En su fuero íntimo pensó: Lo siento, Robert. ¿Qué puedo decir? ¿Qué incluso el sol se está enfriando? Observó a Powers que repiqueteaba con las puntas de los dedos sobre la esmaltada superficie del escritorio, mientras sus ojos repasaban los mapas anatómicos colgados en las paredes de la oficina. A pesar de lo descuidado de su aspecto —hacía una semana que llevaba la misma camisa sin planchar y los mismos zapatos de lona blanca—, Powers parecía conservar el dominio de sí mismo, como un personaje de Conrad más o menos reconciliado con su propia debilidad.

—¿En qué pasa usted el tiempo, Robert? —preguntó—. ¿Sigue acudiendo al laboratorio de Whitby?

—Siempre que puedo. Tardo media hora en cruzar el lago, y a veces me despierto tarde, a pesar del despertador. Podría instalarme allí de un modo permanente.

Anderson frunció el ceño.

—¿Cree que es muy importante? Hasta donde se me alcanza, el

trabajo de Whitby era puramente especulativo… —Se interrumpió, dándose cuenta de que aquellas palabras llevaban implícitas una censura del desastroso trabajo de Powers en la Clínica, aunque Powers pareció ignorarlo: estaba examinando el dibujo de las sombras en el techo—. De todos modos, ¿no sería preferible que se quedara donde está, entre sus propias cosas, leyendo de nuevo a Toynbee y a Spengler?

Powers se echó a reír.

—Eso es lo último que deseo hacer. Quiero olvidar a Toynbee y a Spengler. En realidad, Paul, me gustaría olvidarme de todo. Aunque no sé si tendré tiempo. ¿Cuánto puede olvidarse en tres meses?

—Todo, supongo, si uno lo desea de veras. Pero no trate de hacer correr el reloj más de lo normal.

Powers asintió silenciosamente, repitiéndose a sí mismo aquella última observación. Hacer correr el reloj más de lo normal: era exactamente lo que había estado haciendo. Mientras se ponía en pie y se despedía de Anderson, decidió repentinamente tirar su despertador, escapar de su inútil obsesión en lo que respecta al tiempo. Para recordárselo a sí mismo se quitó el reloj de pulsera, dio unas cuantas vueltas a la corona para cambiar la posición de las saetas, y luego se lo metió en el bolsillo. Mientras se dirigía al estacionamiento reflexionó sobre la libertad que aquel simple acto le concedía. Ahora exploraría los atajos, las puertas laterales, en los pasillos del tiempo. Tres meses podían ser una eternidad.

Se dirigió hacia su automóvil, protegiendo con la mano sus ojos del deslumbramiento del sol que se reflejaba implacablemente sobre el parabólico tejado del salón de conferencias. Estaba a punto de subir al vehículo cuando vio que alguien había dibujado con un dedo en la capa de polvo acumulado en el parabrisas:

96.688.365.498.721

Mirando por encima de su hombro, reconoció el Packard blanco estacionado junto a su propio automóvil, inclinó la cabeza y vio en su interior a un joven de rostro enjuto, cabellos rubios y una alta frente cerebrotónica, que le observaba detrás de unas gafas oscuras. Sentado junto a él, al volante, había una muchacha de cabellera negra y lustrosa a la cual había visto a menudo en el departamento de psicología. Tenía unos ojos inteligentes aunque algo oblicuos, y

Powers recordó que los doctores más jóvenes se referían a ella como a «la muchacha de Marte».

—Hola, Kaldren —dijo Powers, dirigiéndose al joven—. ¿Continúas siguiéndome los pasos?

Kaldren asintió.

—La mayor parte del tiempo, doctor. A propósito, últimamente no le hemos visto con demasiada frecuencia. Anderson dijo que usted había dimitido, y hemos observado que su laboratorio está cerrado.

Powers se encogió de hombros.

—Comprendí que necesitaba un descanso, sencillamente.

—Lo siento, doctor —dijo Kaldren, en un tono ligeramente burlón—. Y espero que no se dejará deprimir por este bache. —Se dio cuenta de que la muchacha miraba a Powers con interés—. Coma le admira mucho. Le he prestado sus artículos del *American Journal of Psychiatry*, y se los ha leído de cabo a rabo.

La muchacha sonrió agradablemente a Powers, disipando por un instante la hostilidad latente entre los dos hombres. Cuando Powers le devolvió la sonrisa, la muchacha se inclinó a través de Kaldren y dijo:

—Precisamente acabo de leer la autobiografía de Noguchi, el famoso doctor japonés que descubrió la espiroqueta. Usted me lo recuerda… ¡Hay tanto de usted mismo en todos los pacientes a los que ha tratado!

Powers volvió a sonreír. Luego, sus ojos se apartaron del rostro de la muchacha y se posaron en el de Kaldren. Los dos se miraron unos instantes con expresión sombría, y un leve tic en la mejilla derecha del joven contrajo sus músculos faciales. Kaldren consiguió dominarlo con un esfuerzo, evidentemente enojado por el hecho de que Powers se hubiera dado cuenta.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Powers—. ¿Has tenido más… jaquecas?

—¿Quién me atiende, doctor? ¿Usted, o Anderson? —inquirió Kaldren secamente—. ¿Es ésa la clase de pregunta que tiene que formular?

Powers hizo un gesto de desdén.

—Quizás no —dijo.

Se aclaró la garganta; el calor hacía refluir la sangre de su

cabeza y se sentía cansado y deseoso de alejarse de allí. Se volvió hacia su automóvil, y luego se dijo que Kaldren probablemente le seguiría, para tratar de desplazarle a la cuneta, o para bloquear la carretera y hacer que Powers tragara polvo hasta llegar al lago. Kaldren era capaz de cualquier locura.

—Bueno, tengo que ir a recoger algo —dijo, y añadió con voz más firme—: Si puedes llegar hasta Anderson, ponte en contacto conmigo.

Entró en el ala de neurología, se detuvo con una sensación de alivio en el fresco vestíbulo y saludó a las dos enfermeras y al guardián armado en la oficina de Recepción. Por algún motivo desconocido, los terminales que dormían en el bloque contiguo atraían hordas de visitantes, la mayoría de ellos chiflados con algún mágico remedio antinarcoma, o simplemente curiosos, aparte de un gran número de personas completamente normales que habían recorrido millares de kilómetros, impulsados hacia la Clínica por algún extraño instinto, como animales emigrando a un preescenario de sus cementerios raciales.

Powers avanzó a lo largo del pasillo que conducía a la oficina del supervisor, pidió la llave y cruzó las pistas de tenis para dirigirse a la piscina, que no era utilizada desde hacía varios meses.

Una vez más, contempló el ideograma de Whitby. Estaba cubierto de hojas húmedas y de trozos de papel, pero los contornos se apreciaban claramente. Cubría casi todo el suelo de la piscina, y a primera vista parecía representar un enorme disco solar, con cuatro proyecciones laterales romboides, un tosco mandala Jungiano.

Preguntándose qué habría inducido a Whitby a grabar el dibujo antes de su muerte, Powers observó algo que se movía a través de los escombros en el centro del disco. Un animal cubierto por un caparazón de concha negro, de un pie de longitud, aproximadamente, estaba hociqueando en el lodo, arrastrándose sobre unas cansadas patas. Su caparazón era articulado y recordaba vagamente el de un armadillo. Al llegar al borde del disco se detuvo y vaciló, y luego retrocedió de nuevo hacia el centro, al parecer poco deseoso o incapaz de cruzar el angosto surco.

Powers miró a su alrededor y luego se dirigió hacia una de las casetas que rodeaban la piscina. Entrando en ella, arrancó una

pequeña taquilla de madera, destinada a guardar la ropa de los bañistas, de la oxidada abrazadera que la mantenía sujeta a la pared. Cargado con ella descendió la escalerilla de metal que conducía al fondo de la piscina y avanzó prudentemente por el resbaladizo suelo en dirección al animal. Éste trató de alejarse, pero a Powers no le resultó difícil capturarlo. Utilizó la tapadera para levantarlo hasta la caja.

El animal pesaba tanto como un ladrillo. Powers golpeó su macizo caparazón con los nudillos, observando la cabeza triangular que asomaba por el borde como la de una tortuga, y las recias membranas entre los primeros dedos de las patas delanteras.

Contempló los ojillos que parpadeaban ansiosamente, mirándole desde el fondo de la caja.

—No temas, amigo —murmuró—. No voy a hacerte ningún daño.

Tapó la caja, salió de la piscina y se dirigió a la oficina del supervisor. Luego llevó la caja a su automóvil.

> «… *Kaldren sigue estando enojado conmigo* —escribió Powers en su diario—. *Por algún motivo que ignoro no parece aceptar de buena gana su aislamiento, y está elaborando una serie de ritos privados para reemplazar las horas de sueño perdidas. Tal vez debería hablarle de mi propia situación, pero probablemente lo consideraría como el intolerable insulto final, pensando que yo tengo en exceso lo que él desea tan desesperadamente. Sólo Dios sabe lo que puede pasar. Afortunadamente, las visiones de pesadilla parecen haber remitido*…».

Apartando el diario a un lado, Powers se inclinó hacia adelante a través del escritorio y contempló fijamente el blanco suelo del lecho del lago extendiéndose hacia las colinas a lo largo del horizonte. A tres millas de distancia, sobre la lejana playa, pudo ver la copa circular del radiotelescopio girando lentamente en el claro aire de la tarde, mientras Kaldren acechaba incansablemente el cielo, represado en millones de parsecs cúbicos de éter.

Detrás de él murmuraba silenciosamente el acondicionador de aire, enfriando las paredes de color azul claro medio ocultas en la

empañada claridad. En el exterior el aire era fúlgido y opresivo; las oleadas de calor, ondulando desde los macizos de cactus, empañaban las terrazas del bloque de neurología de la Clínica, con sus veinte pisos de altura. Allí, en los silenciosos dormitorios, detrás de las echadas persianas, los terminales dormían su prolongado sueño. Había ahora más de quinientos en la Clínica, la vanguardia de un enorme ejército de sonámbulos reuniéndose para su última marcha. Sólo habían transcurrido cinco años desde que fue localizado el primer síndrome de narcoma, pero en el este estaban preparándose ya unos inmensos hospitales del gobierno para recibir a los millares de afectados que no tardarían en descubrirse.

Powers se sintió repentinamente cansado y dirigió una mirada a su muñeca, preguntándose cuánto faltaba para las ocho, su hora de acostarse para la semana siguiente. Echaba ya de menos el ocaso, pronto despertaría a su último amanecer.

Su reloj estaba en su bolsillo. Recordó su decisión de no utilizar su medidor del tiempo, se retrepó en su asiento y contempló las estanterías de libros adosadas a la pared. Había allí ediciones AEC encuadernadas en verde que había sacado de la biblioteca de Whitby, artículos en los cuales el biólogo describía su trabajo en el Pacífico después de los tests. H. Powers se sabía muchos de ellos casi de memoria; los había leído un centenar de veces, tratando de captar las conclusiones finales de Whitby. Toynbee sería mucho más fácil de olvidar, desde luego.

Sus ojos se nublaron momentáneamente mientras la alta pared negra en la parte posterior de su mente proyectaba su gran sombra sobre su cerebro. Alargó la mano hacia el diario pensando en la muchacha que estaba en el automóvil de Kaldren. —Como la había llamado él, otra de sus bromas demenciales— y en su alusión a Noguchi. En realidad, la comparación debió ser establecida con Whitby, y no con él; los monstruos del laboratorio no eran más que espejos fragmentados de la mente de Whitby, como la grotesca rana acorazada que había encontrado aquella mañana en la piscina.

Pensando en Coma, y en la cálida sonrisa que le había dirigido, escribió:

*Despierto a las 6:30 de la mañana. Última sesión con Anderson. Ha dado a entender que está harto de verme, y desde*

*ahora estaré mejor solo. ¿A dormir a las 8? (Esa cuenta atrás me aterroriza.)*.

Hizo una pausa y luego añadió:

*Adiós, Eniwetok.*

Vio de nuevo a la muchacha al día siguiente en el laboratorio de Whitby. Se había dirigido allí después de desayunar, cargado con el nuevo ejemplar, impaciente por ponerlo en un *vivarium* antes de que muriera. El único mutante blindado que hasta entonces había encontrado estuvo a punto de provocar un serio accidente. Hacía un mes, aproximadamente, lo había aplastado con una de las ruedas delanteras de su automóvil en la carretera del lago, y creyó que lo había destrozado. Sin embargo, el caparazón del pequeño animal permaneció rígido, a pesar de que el organismo, en su interior, quedó hecho pulpa. Y, a consecuencia del golpe, el automóvil se precipitó a la cuneta. Powers había recogido el caparazón. Más tarde lo pesó en el laboratorio y descubrió que contenía más de seiscientos gramos de plomo.

Un gran número de plantas y de animales estaban segregando metales pesados como escudos radiológicos. En las colinas, más allá del lago, una pareja de antiguos buscadores de oro estaban renovando el equipo abandonado hacía más de ochenta años. Habían observado el brillante color amarillo de los cactus, hicieron un análisis y descubrieron que las plantas estaban asimilando oro en cantidades remuneradoras, aunque las concentraciones del suelo no pudieran trabajarse. ¡Por fin Oak Ridge pagaba un dividendo!

Aquella mañana, Powers se había despertado a las 6:45, diez minutos más tarde que el día anterior. Después de desayunar frugalmente, pasó una hora empaquetando algunos de los libros de su biblioteca y poniendo etiquetas en los paquetes con la dirección de su hermano.

Llegó al laboratorio de Whitby media hora más tarde. El laboratorio se encontraba en una cúpula geodésica construida al lado de su chalet, en la orilla occidental del lago, a una milla de la

residencia de verano de Kaldren. El chalet había sido cerrado después del suicidio de Whitby, y muchas de las plantas y animales que utilizaba para sus experimentos habían muerto antes de que Powers obtuviera el permiso para utilizar el laboratorio.

Cuando se acercaba al chalet, vio a la muchacha de pie sobre la cúspide ribeteada de amarillo de la cúpula, su esbelta figura silueteada contra el cielo. Coma agitó una mano en su dirección, descendió la escalera formada por poliedros de cristal y salió a su encuentro.

—Hola —dijo la muchacha, con una sonrisa de bienvenida—. He venido a visitar su colección de animales. Kaldren me dijo que usted no me permitiría entrar si me acompañaba él, de modo que he venido sola.

Esperó que Powers dijera algo mientras buscaba sus llaves, pero en vista de su silencio, añadió:

—Si quiere, puedo lavarle la camisa.

Powers sonrió.

—No es mala idea —dijo—. Creo que empiezo a tener un aspecto algo descuidado. —Abrió la puerta—. No sé por qué le ha dicho eso Kaldren: sabe que puede venir aquí siempre que guste.

—¿Qué lleva usted ahí? —preguntó Coma, señalando la caja de madera que portaba Powers bajo el brazo.

—Un primo lejano nuestro que he encontrado. Un tipejo interesante. Se lo presentaré dentro de unos instantes.

Unos tabiques corredizos dividían la cúpula en cuatro habitaciones. Dos de ellas eran almacenes, llenos de tanques de repuesto, aparatos, paquetes de comida para animales y otros utensilios. Cruzaron la tercera sección, casi llena por un potente proyector de rayos X, un gigantesco Maxitron G. E. de 250 megamperios, colocado sobre una mesa giratoria, y unos grandes bloques de hormigón semejantes a enormes ladrillos.

La cuarta habitación contenía el parque zoológico de Powers, el *vivarium* con sus jaulas y sus tanques, cada uno con su correspondiente rótulo. El suelo estaba cubierto por una maraña de alambres y tubos de goma que dificultaban el paso.

Dejando la caja sobre una silla, Powers cogió un paquete de cacahuetes del escritorio y se acercó a una de las jaulas. Un pequeño chimpancé de pelo negro, tocado con un casco de piloto,

dio unos saltos de alegría y se dirigió rápidamente hacia un tablero de mandos en miniatura situado en la pared del fondo de la jaula. El animal pulsó una serie de botones y teclas, y una sucesión de luces de colores iluminó el tablero, al tiempo que sonaba una breve musiquilla.

—Buen muchacho —dijo Powers cariñosamente, palmeando la espalda del chimpancé y ofreciéndole los cacahuetes en las palmas de sus manos—. Te estás volviendo demasiado listo para eso, ¿verdad?

El chimpancé empezó a engullir los cacahuetes, profiriendo gritos de alegría.

Coma se echó a reír y cogió unos cacahuetes de las manos de Powers.

—Es muy simpático —dijo—. Juraría que está tratando de decirle algo.

Powers asintió.

—No se equivoca. En realidad posee un vocabulario de unas doscientas palabras, pero su caja vocal las embrolla todas.

Abrió un pequeño refrigerador situado junto al escritorio, sacó un paquete de pan y le entregó un par de rebanadas al chimpancé. Éste cogió un tostador eléctrico y lo colocó sobre una mesita plegable en el centro de la jaula, introduciendo a continuación las dos rebanadas en las ranuras. Powers pulsó un interruptor del tablero situado junto a la jaula y el tostador empezó a crujir suavemente.

—Es uno de los más listos que hemos tenido —le explicó Powers a la muchacha—. Es casi tan inteligente como un niño de cinco años, con la ventaja de que se basta a sí mismo en muchos aspectos.

Las dos rebanadas saltaron de sus ranuras y el chimpancé las pescó en el aire; luego se metió en una especie de perrera y se tumbó de espaldas, mordisqueando una de las tostadas.

—Él mismo se ha construido ese refugio —continuó Powers, desconectando el tostador—. No está mal, ¿verdad? —Señaló un cubo de plástico amarillo que estaba junto a la puerta de la perrera y del cual emergía un marchito geranio—. Cuida esa planta, limpia la jaula… En fin, es un animal muy interesante.

Coma sonrió.

—¿Por qué lleva ese casco espacial?

Powers vaciló.

—¡Oh! Es para… ejem… para protegerse. A veces sufre unas terribles jaquecas. Todos sus predecesores… —Se interrumpió y se apartó de la jaula—. Vamos a echar una ojeada a algunos de los otros inquilinos.

Avanzó a lo largo de la hilera de tanques, llevando a Coma a su lado.

—Empezaremos por el principio —dijo.

Levantó la tapadera de cristal de uno de los tanques y Coma vio que estaba lleno de agua hasta la mitad. En un montoncito de conchas y guijarros anidaba un pequeño organismo redondo provisto de delicados zarcillos.

—Es una anémona de mar —explicó Powers—. O lo era. Un metazoo simple con el cuerpo en forma de saco. —Señaló un endurecido borde de tejido alrededor de la base—. Ha cerrado la cavidad convirtiendo el canal en una rudimentaria cuerda dorsal: es la primera planta que ha desarrollado un sistema nervioso. Más tarde, los zarcillos se anudarán en un ganglio, pero ya son sensibles al color. Mire.

Cogió el pañuelo de color violeta que Coma llevaba en el bolsillo de su blusa y lo agitó encima del tanque. Los zarcillos se tensaron y luego empezaron a ondular lentamente, como si trataran de localizar algo.

—Lo curioso es que son completamente insensibles a la luz blanca. Normalmente, los zarcillos registran los cambios en los niveles de presión, como los diafragmas del tímpano en nuestros oídos. Como si pudieran oír los colores primarios, y se readaptaran a sí mismos para una existencia no-acuática en un mundo estático de violentos contrastes de color.

Coma sacudió la cabeza, intrigada.

—Pero, ¿por qué?

—Un momento, permítame que la sitúe en el cuadro.

Avanzaron a lo largo de una serie de jaulas circulares confeccionadas con tela metálica. Encima de la primera había una amplia pantalla blanca de cartón con la microfoto de una especie de cadena y la inscripción: DROSOPHILA: 15 ROENTGENS/MIN.

Powers dio unos golpecitos a una ventanilla Perspex de la jaula.

—Es la mosca de los frutales. Sus enormes cromosomas la

convierten en un útil vehículo de experimentación. —Se inclinó, señalando un panal gris en forma de Y suspendido del techo. Unas cuantas moscas salieron de las entradas y empezaron a revolotear, aparentemente muy atareadas—. Normalmente, esa mosca es solitaria, un insecto nómada que se alimenta de carroñas. Ahora, integrada en un grupo social perfectamente definido, ha empezado a segregar un líquido dulzón parecido a la miel.

—¿Qué es esto? —preguntó Coma, tocando la pantalla.

—El diagrama de un gen clave en la operación.

Powers señaló una especie de flechas que partían de un eslabón de la cadena. Las flechas estaban rotuladas bajo el título general de «Glándula linfática» y subdivididas en «músculos del esfínter, epitelio y gálibo».

—Es algo parecido al rollo perforado de una pianola —comentó Powers—, o a la cinta de una computadora. Golpeando un eslabón con un haz de rayos X, pierde una característica, cambia la instrumentación.

Coma estaba atisbando a través de la ventanilla de la jaula contigua y su rostro mostraba una expresión de desagrado. Por encima de su hombro, Powers vio que estaba contemplando un enorme insecto arácnido, tan grande como una mano, con las negras y peludas patas tan recias como dedos. Los protuberantes ojos parecían gigantescos rubíes.

—Parece agresiva —dijo Coma—. ¿Qué es esa especie de escalerilla de cuerda que está tejiendo?

Mientras la muchacha se llevaba un dedo a la boca la araña volvió a la vida y empezó a vomitar una embrollada madeja de hilo gris, el cual hizo colgar en amplias lazadas del techo de la jaula.

—Una telaraña —dijo Powers—. Con la salvedad de que está compuesta por tejido nervioso. Las escalerillas, como usted dice, forman un plexo nervioso externo, un cerebro hinchable, por así decirlo, que el animal puede ampliar al tamaño que la situación exija. Una acertada disposición, en realidad, mucho mejor que la nuestra.

Coma se apartó de la jaula.

—Es espantosa —dijo—. No me gustaría entrar en su salón.

—¡Oh! No es tan terrible como parece. Esos ojos enormes que la miran están ciegos. Mejor dicho, su sensibilidad óptica ha

descendido hasta el punto de que sólo captan las radiaciones gamma. Su reloj de pulsera tiene saetas luminosas. Cuando usted lo movió a través de la ventanilla, el animal empezó a pensar. La IV Guerra Mundial le haría sentirse en su elemento…

Regresaron a la oficina de Powers, el cual colocó una cafetera sobre un hornillo a gas y empujó una silla hacia Coma. Luego abrió la caja, sacó la rana blindada y la dejó sobre una hoja de papel secante.

—¿Reconoce este animal? Es un viejo amigo de su infancia, la rana común. Lo que pasa es que se ha construido un sólido caparazón, a prueba de incursiones aéreas.

Llevó al animal a un fregadero, abrió el grifo y dejó que el agua fluyera suavemente sobre su concha. Secándose las manos en la camisa, regresó al escritorio.

Coma apartó un mechón de pelo de su frente y contempló a Powers con una expresión de curiosidad.

—Bueno, ¿cuál es el secreto? —terminó por preguntar.

Powers encendió un cigarrillo.

—No hay ningún secreto. Los teratólogos han estado criando monstruos durante años. ¿Ha oído usted hablar de la «pareja silenciosa»?

Coma sacudió la cabeza.

Powers contempló su cigarrillo unos instantes, asimilando el efecto que le producía siempre el primero del día.

—La llamada «pareja silenciosa» es uno de los problemas más antiguos de la moderna genética, el misterio de dos genes inactivos que se presentan en un pequeño porcentaje de todos los organismos vivos, y que no parece tener ningún papel comprensible en su estructura ni en su desarrollo. Desde hace mucho tiempo los biólogos han estado tratando de activarlos, pero la dificultad reside en parte en identificar a los genes silenciosos en las células fecundadas que se sabe que los contienen, y en parte en enfocar un haz luminoso de rayos X lo suficientemente delgado como para no dañar al resto del cromosoma. Sin embargo, después de casi diez años de trabajo, el Doctor Whitby consiguió desarrollar con éxito una técnica de irradiación basada en sus observaciones de las lesiones radiobiológicas en Eniwetok.

Powers hizo una breve pausa.

—Whitby se dio cuenta de que, después de las pruebas, parecía haber más daño biológico —es decir, un mayor transporte de energía— del que podía ser atribuido a la radiación directa. Lo que ocurría era que la capa de proteína de los genes estaba acumulando energía del mismo modo que cualquier membrana acumula energía —recuerde la analogía del puente hundiéndose bajo los soldados que lo cruzan marcando el paso—, y Whitby pensó que si podía identificar la frecuencia de resonancia crítica de las capas de los genes silenciosos, estaría en condiciones de irradiar todo el organismo vivo, y no simplemente sus células germinativas, con una frecuencia que actuara selectivamente sobre el gene silencioso y no perjudicara al resto de los cromosomas, cuyas capas sólo resonarían críticamente bajo otras frecuencias específicas.

Powers hizo un amplio gesto en el aire con la mano.

—A su alrededor puede ver usted algunos de los frutos de esa técnica de la resonancia.

Coma asintió.

—¿Tienen sus genes silenciosos activados?

—Sí, todos ellos. Son únicamente unos cuantos de los miles de ejemplares que han pasado por aquí, y como puede comprobar, los resultados son muy dramáticos.

Powers se puso en pie y corrió una persiana. Estaban sentados inmediatamente debajo de la claraboya de la cúpula, y la luz del sol había empezado a irritarle.

En la relativa oscuridad, Coma observó un estroboscopio que parpadeaba lentamente en uno de los tanques situados al final del banco, detrás de ella. Se puso en pie y se dirigió hacia allí, examinando un alto girasol con un tallo muy recio y un receptáculo muy ensanchado. Rodeando la flor de modo que sólo sobresaliera el tálamo, había una chimenea de piedras grises, perfectamente unidas y etiquetadas: GREDA CRETACICA: 60.000.000 DE AÑOS.

Al lado había otras tres chimeneas, etiquetadas respectivamente: PIEDRA ARENISCA DEVÓNICA: 290 MILLONES DE AÑOS; ASFALTO: 20 AÑOS; CLORURO DE POLIVINILO: 6 MESES.

—Vea esos discos blancos y húmedos en los sépalos —observó Powers—. En cierto sentido regulan el metabolismo de la planta. Literalmente, la planta ve el tiempo. Cuanto más antiguo es su medio ambiente circundante, más lento es su metabolismo. Con la

chimenea de asfalto completa su ciclo anual en una semana; con el cloruro de polivinilo en un par de horas.

—Ve el tiempo —repitió Coma asombrada. Levantó la mirada hacia Powers, mordiéndose el labio inferior pensativamente—. Es fantástico. ¿Son esos los seres del futuro, doctor?

—No lo sé —admitió Powers—. Pero, si lo son, su mundo deberá ser un mundo monstruosamente surrealista.

Regresó al escritorio, sacó dos tazas de un cajón y las llenó de café, apagando el fogón.

—Algunas personas han sugerido que los organismos que poseen la pareja silenciosa de genes son los precursores de un salto hacia adelante en la escala evolutiva, que los genes silenciosos son una especie de clave, un mensaje divino que nosotros, organismos inferiores, llevamos para nuestros descendientes, más evolucionados. Es posible que sea verdad… Tal vez hemos descifrado la clave demasiado pronto.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, tal vez como indica la muerte de Whitby, todos los experimentos realizados en este laboratorio conducen a una desalentadora conclusión. Sin excepción, los organismos que han sido irradiados han entrado en una fase final de crecimiento completamente desorganizado, produciendo docenas de órganos sensoriales especializados cuya función ni siquiera podemos sospechar. Los resultados son catastróficos: la anémona estalla, literalmente, las Drosophilas se comen unas a otras, y así por el estilo. Ignoro si el futuro implícito en esas plantas y animales llegará a ser una realidad algún día, o si estamos incurriendo en una simple extrapolación. Pero a veces pienso que los nuevos órganos sensoriales desarrollados son parodias de sus verdaderas intenciones. Los ejemplares que usted ha visto hoy se encuentran todos en una primera fase de sus ciclos secundarios de crecimiento. Más tarde empezarán a ofrecer un aspecto muy distinto. Coma asintió.

—Un parque zoológico no está completo sin su guardián —observó—. ¿Qué hay acerca del hombre?

Powers se encogió de hombros.

—Uno de cada cien mil —el promedio habitual— contiene la pareja silenciosa. Usted podría tenerla… o yo. Nadie se ha prestado aún voluntariamente como sujeto de la nueva técnica de irradiación. Aparte del hecho de que sería calificado de suicidio, si los experimentos realizados aquí sirven de punto de referencia, la aventura sería salvaje y violenta.

Powers sorbió su café, sintiéndose cansado y aburrido. El recapitular el trabajo del laboratorio le había agotado.

La muchacha se inclinó hacia adelante.

—Está usted muy pálido —murmuró solícitamente—. ¿Acaso no duerme bien?

Powers consiguió sonreír.

—Demasiado bien —admitió—. Hace mucho tiempo que eso no es un problema para mí.

—Me gustaría poder decir lo mismo de Kaldren. No creo que duerma lo suficiente. Le oigo pasear de un lado para otro toda la noche. —Coma hizo una breve pausa y luego añadió—: De todos modos, supongo que es preferible eso a ser un terminal. Dígame, doctor, ¿no valdría la pena ensayar esa técnica de irradiación en los durmientes de la Clínica? Podría despertarles antes del final. Algunos de ellos pueden poseer los genes silenciosos.

—Todos ellos los poseen —dijo Powers—. En realidad esos dos fenómenos están estrechamente relacionados.

Powers se encontraba profundamente cansado.

Se interrumpió. La fatiga nublaba su cerebro, y se preguntó si debía pedirle a la muchacha que se marchara. Luego, poniéndose en pie, se acercó a la estantería que había detrás del escritorio y cogió un magnetófono. Poniéndolo en marcha, reguló el volumen del altavoz.

—Whitby y yo hablábamos a menudo de esto. No era un gran biólogo, de modo que escuche lo que opinaba. Esto es el meollo del asunto. Lo he escuchado un millar de veces, y temo que el sonido no será demasiado perfecto…

La voz de un anciano, ligeramente ronca, resonó por encima de un leve zumbido de distorsión, pero Coma pudo oírla claramente.

WHITBY:…por el amor de Dios, Robert, echa una mirada a esas estadísticas de la FAO. A pesar de un aumento anual del cinco por ciento en los terrenos dedicados a cultivos en los últimos quince

años, la cosecha mundial de trigo ha continuado disminuyendo en un dos por ciento. La misma historia se repite a sí misma hasta la náusea. Cereales, productos lácteos, ganado… todo disminuye. Únelo a una masa de síntomas paralelos, empezando por la alteración de las rutas de emigración y terminando por unos períodos de hibernación más prolongados, y la conclusión final resulta incontrovertible.

POWERS: Sin embargo, las cifras de población en Europa y en Norteamérica no disminuyen.

WHITBY: Desde luego que no, como no me he cansado de señalar. Tendrá que transcurrir un siglo para que los efectos de ese descenso de la fertilidad se dejen sentir en unas zonas donde el control de los nacimientos proporciona una reserva artificial. Debemos mirar a los países del Lejano Oriente, y especialmente a aquellos donde la mortalidad infantil ha permanecido en un nivel estacionario. La población de Sumatra, por ejemplo, ha disminuido más del quince por ciento en los últimos veinte años. ¡Un porcentaje fabuloso! ¿Te das cuenta de que hace únicamente dos o tres décadas los neomaltusianos hablaban de una explosión demográfica? En realidad, se trata de una implosión. Otro factor a tener en cuenta es…

Aquí, la cinta había sido cortada y vuelta a pegar, y la voz de Whitby, menos quejumbrosa esta vez, resonó de nuevo:

… sólo por curiosidad, dime una cosa: ¿cuántas horas duermes cada noche?

POWERS: No lo sé con exactitud; alrededor de ocho horas, supongo.

WHITBY: Las proverbiales ocho horas. Pregúntale a cualquiera y te dirá automáticamente «ocho horas». En realidad, tú duermes alrededor de diez horas y media, como la mayoría de la gente. Te he controlado en numerosas ocasiones. Yo mismo duermo once. Pero hace treinta años la gente dormía realmente ocho horas, y un siglo antes dormía seis o siete. En las Vidas de Vasari puede leerse que Miguel Ángel dormía solamente cuatro o cinco horas, pintando todo el día a la edad de ochenta años, y trabajando por la noche sobre su mesa de anatomía con una vela atada a la frente. Ahora

está considerado un genio, pero entonces no llamaba la atención. ¿Cómo crees que los antiguos, desde Platón a Shakespeare, desde Aristóteles a Tomás de Aquino, pudieron dar a luz una obra tan copiosa? Sencillamente, porque disponían de seis o siete horas más cada día. Desde luego, otra de las desventajas que tenemos con respecto a los antiguos es un nivel metabólico más bajo: otro factor que nadie explicará.

POWERS: Supongo que puede opinarse que el mayor número de horas de sueño es un mecanismo de compensación, una especie de tentativa de la masa neurótica para escapar de las terribles presiones de la vida urbana a finales del siglo XX.

WHITBY: Puede opinarse, pero es un error. Es un simple caso de bioquímica. Las cuñas de ácido ribonucleico que desatan las cadenas de proteínas en todos los organismos vivos se están gastando, los troqueles que imprimen la firma protoplásmica se han embotado. Después de todo, han estado funcionando durante más de mil millones de años. Ha llegado el momento de un reajuste. Del mismo modo que la vida del organismo de un individuo tiene una duración limitada, como la vida de una colonia de fermentos o de una especie determinada, la vida de todo un reino biológico tiene también su duración. Siempre se ha supuesto que la evolución tiende a subir siempre, pero en realidad se ha alcanzado ya la cima y el camino conduce ahora hacia abajo, hacia la tumba biológica común. Es una desalentadora y actualmente inaceptable visión del futuro, pero es la única. Dentro de cinco mil siglos nuestros descendientes, en vez de ser superhombres multicerebrados, serán probablemente unos idiotas prognáticos con la frente cubierta de pelo que gruñirán alrededor de los restos de la Clínica como hombres neolíticos atrapados en una macabra inversión del tiempo. Créeme, les compadezco, y me compadezco a mí mismo. Mi fracaso total, mi falta absoluta de cualquier derecho moral o biológico a la existencia está implícita en cada célula de mi cuerpo…

La cinta llegó al final; el carrete corrió libremente y se paró. Powers cerró la máquina y luego se masajeó el rostro. Coma permaneció sentada en silencio, contemplando al doctor y oyendo al chimpancé que jugaba con un rompecabezas.

—En opinión de Whitby —dijo finalmente Powers—, los genes silenciosos representan un último y desesperado esfuerzo del reino biológico para mantener la cabeza por encima de las aguas cada vez más altas. Su período total de vida está determinado por la cantidad de radiación emitida por el sol, y una vez que ha alcanzado cierto punto la extinción es inevitable. Como compensación a esto, han sido construidas alarmas que modifican la forma del organismo y lo adaptan para vivir en un clima radiológico más cálido. Los organismos de piel blanda desarrollan duros caparazones que contienen metales pesados como escudo contra la radiación. También se desarrollan nuevos órganos de percepción. Aunque, según Whitby, es un esfuerzo que a la larga resultará inútil. Pero, a veces me pregunto…

Sonrió, mirando a Coma, y se encogió de hombros.

—Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Cuánto hace que conoce a Kaldren?

—Unas tres semanas. Parece que hace diez mil años. —¿Cómo le encuentra ahora? Últimamente no hemos estado mucho en contacto.

Coma hizo una mueca.

—Tampoco yo le veo demasiado. Quiere que me pase la vida durmiendo. Kaldren tiene mucho talento, pero vive para sí mismo. Usted significa mucho para él, doctor. En realidad, es usted mi único rival serio.

—Creí que no podía soportar el verme…

—¡Oh! Se equivoca. En realidad, piensa en usted continuamente. Por eso nos pasamos el tiempo siguiéndole. —Coma hizo una breve pausa y luego añadió—: Creo que se siente culpable de algo.

—¿Culpable? —exclamó Powers—. ¿De veras? Creí que al que se suponía culpable era a mí.

—¿Por qué? —inquirió Coma. Vaciló, y luego dijo—: Usted realizó algún experimento quirúrgico en Kaldren, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Powers—. No fue precisamente un éxito… Si Kaldren se siente culpable, supongo que es debido a que cree que debe asumir parte de la responsabilidad.

Miró a la muchacha, cuyos inteligentes ojos le observaban atentamente.

—Por un par de motivos puede ser necesario que usted lo sepa.

Dice que ha oído a Kaldren pasear de un lado para otro por las noches, y que no duerme lo suficiente. En realidad, no duerme absolutamente nada.

La muchacha asintió.

—Usted…

—… le narcotomicé —terminó Powers—. Desde el punto de vista quirúrgico fue un gran éxito, por el cual podían haberme concedido perfectamente el premio Nobel.

Normalmente, el hipotálamo regula el período de sueño levantando el umbral de la conciencia a fin de relajar las capilaridades venosas del cerebro y librarlas de las toxinas acumuladas. Sin embargo, cortando algunas de las conexiones de control el sujeto es incapaz de recibir la sugestión del sueño, y las capilaridades se vacían mientras él permanece consciente. Lo único que nota es un letargo temporal, que desaparece en tres o cuatro horas. Físicamente hablando, Kaldren ha añadido otros veinte años a su vida. Pero la psique parece necesitar el sueño por sus motivos particulares, y en consecuencia Kaldren sufre unos trastornos periódicos que le destrozan. Todo el asunto fue un trágico error.

Coma frunció el ceño pensativamente.

—Es lo que yo sospechaba. Sus artículos en las revistas de neurocirugía se referían al paciente como K. Parece una historia de Kafka convertida en realidad.

—Ocúpese de él, Coma —dijo Powers—. Asegúrese de que va al dispensario.

—Lo intentaré. A veces me siento como uno de sus absurdos documentos terminales.

—¿A qué se refiere?

—¿No ha oído hablar de ellos? Kaldren colecciona afirmaciones definitivas acerca del homo sapiens. Las obras completas de Freud, los cuartetos de Beethoven, transcripciones de los juicios de Nuremberg, una novela automática… —Coma se interrumpió—. ¿Qué está dibujando?

—¿Dónde?

Coma señaló el papel secante del escritorio y Powers inclinó la mirada y vio que había estado dibujando inconscientemente un complicado laberinto: el sol de cuatro brazos de Whitby.

—No es nada —dijo.

Coma se puso en pie para marcharse.

—Tiene que hacernos una visita, doctor. Kaldren desea enseñarle muchas cosas. Ahora está entusiasmado con una copia de las últimas señales que transmitió el Mercurio VII hace veinte años, cuando llegó a la Luna, y no piensa en otra cosa. Recordará usted los extraños mensajes que grabaron los tripulantes antes de morir, llenos de divagaciones poéticas acerca de los jardines blancos. Pensándolo bien, creo que se comportaban como las plantas que usted tiene aquí.

Coma rebuscó en sus bolsillos y sacó algo.

—A propósito, Kaldren me ha encargado que le diera esto.

Era una pequeña cartulina, en cuyo centro había un número escrito a máquina:

96.688.365.498.720

—A este ritmo, tardará mucho tiempo en producirse el cero —observó secamente—. Cuando hayamos terminado tendré toda una colección.

Cuando Coma se hubo marchado, Powers tiró la cartulina al cubo de los desperdicios y se sentó ante el escritorio, contemplando por espacio de una hora el ideograma dibujado sobre el secante.

A medio camino de su casa de la playa la carretera del lago se bifurcaba a la izquierda a través de una angosta escarpia que discurría entre las colinas hasta un abandonado campo de tiro de las Fuerzas Aéreas en uno de los más lejanos lagos salados. En el extremo más cercano había unos cuantos bunkers y varias torres de observación, un par de cobertizos metálicos y un hangar de techo muy bajo. Las blancas colinas rodeaban toda la zona, aislándola del mundo exterior, y a Powers le gustaba pasear por los pasillos de artillería que habían sido trazados a dos millas de distancia del lago en dirección a los blancos de hormigón situados en el extremo más lejano. Los abstractos diseños le hacían sentirse como una hormiga sobre un tablero de ajedrez en blanco y ahuesado, con las pantallas rectangulares en un extremo y las torres y bunkers en el otro como piezas de distinto color.

Su sesión con Coma había hecho que Powers se sintiera repentinamente insatisfecho de su empleo del tiempo en los últimos

meses. Adiós, Eniwetok, había escrito, pero olvidarlo sistemáticamente todo era en realidad exactamente lo mismo que recordarlo, un catalogar al revés, escogiendo todos los libros en la biblioteca mental y volviendo a colocarlos boca abajo.

Powers subió a una de las torres de observación, se inclinó sobre el parapeto tendió la mirada a lo largo de los pasillos hacia los blancos. Obuses y cohetes habían arrancado grandes trozos de las franjas circulares de hormigón que rodeaban los blancos, pero los contornos de los enormes discos de 100 yardas de anchura, pintados alternativamente de azul y rojo, eran todavía visibles.

Durante media hora los contempló en silencio, mientras por su mente cruzaban ideas inconcretas. Súbitamente, descendió de la torre y se dirigió hacia el hangar, que se encontraba a cincuenta metros de distancia. Al fondo, detrás de un montón de maderos y de rollos de alambre, había una pila de sacos de cemento, un montón de arena y un viejo mezclador.

Media hora más tarde volvía a entrar en el hangar con el Buick, enganchó el mezclador de cemento, cargado de arena, cemento y agua, recogida en los bidones que estaban al aire libre, al parachoques trasero, cargó otra docena de sacos en el portaequipajes y en los asientos posteriores y, finalmente, escogió unos cuantos maderos rectos, los cargó y se dirigió hacia el blanco central.

Durante las dos horas siguientes trabajó en el centro del gran disco azul, mezclando el cemento a mano, transportándolo a través de las toscas formas que había trazado con los maderos, levantando una pared de seis pulgadas de altura alrededor del perímetro del disco. Trabajó sin interrupción, removiendo el cemento con un perpalo y acarreándolo con el tapón de rosca de una de las ruedas.

Cuando emprendió el regreso, dejando su equipo donde estaba, había terminado un trozo de pared de treinta pies de longitud.

Junio, 7: Consciente, por primera vez, de la brevedad de cada día. Cuando estaba despierto durante más de doce horas, orientaba mi tiempo alrededor del meridiano; mañana y tarde conservaban su antiguo ritmo. Ahora, con sólo once horas de conciencia, forman un intervalo continuo, como un trazo de cinta de medir. Puedo ver

exactamente cuánto queda en el carrete, y no puedo hacer nada para modificar el ritmo al cual se desenvuelve. Paso el tiempo empaquetando los libros de mi biblioteca; los cestos son demasiado pesados para moverlos y los dejo donde quedan cuando están llenos.

Despierto a las 8,10. A dormir a las 7,15. (Parece ser que he perdido mi reloj de pulsera sin darme cuenta. Tendré que ir al pueblo a comprar otro).

Junio, 14: Nueve horas y media. El tiempo corre, tan rápido como un expreso. Sin embargo, la última semana de unas vacaciones siempre transcurre con más rapidez que las primeras. Al ritmo actual, me quedarían de cuatro a cinco semanas. Esta mañana he tratado de visualizar lo que sería la última semana, y he sido víctima de un ataque de miedo, algo que no me había ocurrido hasta ahora. He tardado media hora en recobrarme lo suficiente para una intravenosa. Kaldren me persigue como mi sombra luminosa, y ha escrito con tiza en la entrada: «96.688.365.498.702». El cartero se habrá extrañado al verlo.

Despierto a las 9,05. A dormir a las 6,36.

Junio, 19: Ocho horas y cuarenta y cinco minutos. Anderson llamó por teléfono esta mañana. Estuve a punto de colgar, pero conseguí dominarme. Me ha felicitado por mi estoicismo, ha utilizado incluso la palabra «heroico». Absurdo. La desesperación lo corroe todo: valor, esperanza, autodisciplina, todas las mejores cualidades. Resulta muy difícil mantener esa actitud impersonal de aceptación pasiva implícita en la tradición científica. Trato de pensar en Galileo ante la Inquisición, en Freud superando los incesantes dolores de su cáncer de garganta…

Cuando iba al pueblo me he encontrado con Kaldren y he sostenido con él una larga discusión a propósito del Mercurio VII. Él está convencido de que los tripulantes se negaron deliberadamente a abandonar la Luna, después de que el «comité de recepción» que les esperaba los hubo situado en el cuadro cósmico. Los misteriosos emisarios de Orión les habrían dicho que la exploración del profundo espacio no tenía sentido, que la habían iniciado demasiado tarde, ya que la vida del universo está prácticamente acabada… Según Kaldren, algunos generales de las Fuerzas Aéreas se han tomado en serio esa teoría, pero yo sospecho que se trata de

una tentativa de Kaldren para consolarme.

Tendré que desconectar el teléfono. Un contratista se pasa el tiempo llamándome para reclamarme el pago de 50 sacos de cemento que, según él, recogí hace diez días. Dice que él mismo me ayudó a cargarlos en un camión. Bajé al pueblo en la camioneta de Whitby, efectivamente, pero sólo para comprar unos quilos de plomo. ¿Qué se imagina ese individuo que puedo hacer con todo ese cemento?

Despierto a las 9,40. A dormir a las 4,15.

Junio, 25: Siete horas y media. Kaldren estaba merodeando de nuevo alrededor del laboratorio. Me llamó por teléfono, limitándose a recitarme una larga hilera de números. Esas bromas suyas me están resultando insoportables. De todos modos, por mucho que me moleste la perspectiva, pronto tendré que ir a verle para llegar a un acuerdo con él. Menos mal que el ver a *Miss* Marte es un placer.

Ahora me basta con una comida, completada con una inyección de glucosa. El dormir no me produce ningún descanso. Anoche tomé una película de
16 mm.
de las primeras tres horas, y esta mañana la he proyectado en el laboratorio. Es la primera película de terror «real». Me he visto a mí mismo como un cadáver semianimado.

Despierto a las 10,25. A dormir a las 3,45.

Julio, 3: Cinco horas y cuarenta y cinco minutos. Hoy no he hecho casi nada. Sumido en una especie de letargo, me he dirigido al laboratorio y por dos veces he estado a punto de salirme de la carretera. Me he concentrado lo suficiente para dar de comer a los animales y poner mi diario al día. Leyendo por última vez los manuales que dejó Whitby, me he decidido por un nivel de proyección de 40 roentgens/min., con una distancia del blanco de
350 cm.
Todo está preparado.

Despierto a las 11,05. A dormir a las 3,15.

Powers se desperezó, arrastró su cabeza lentamente a través de la almohada, contemplando las sombras proyectadas en el techo por la persiana. Luego miró hacia sus pies, y vio a Kaldren sentado al

borde de la cama, observándole en silencio.

—Hola, doctor —dijo Kaldren, tirando su cigarrillo—. ¿Se acostó tarde anoche? Parece usted cansado.

Powers se incorporó sobre un codo y echó una ojeada a su reloj. Eran poco más de las once. Con el cerebro ligeramente embotado, se sentó en el borde del lecho, con los codos sobre las rodillas, frotándose la cara con las palmas de las manos.

Se dio cuenta de que la habitación estaba llena de humo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Kaldren.

—He venido a invitarle a almorzar. —Señaló el aparato telefónico sobre la mesilla de noche—. Su teléfono no contestaba, de modo que decidí venir. Espero que no le moleste mi visita. Estuve tocando el timbre por espacio de media hora. Me extraña que no lo haya oído.

Powers se puso en pie y trató de alisar las arrugas de sus pantalones de algodón. Había dormido con ellos toda una semana, y estaban muy sucios.

Cuando echaba a andar hacia el cuarto de baño, Kaldren señaló la cámara montada sobre un trípode al otro lado del lecho.

—¿Qué es eso? ¿Piensa dedicarse al cine, doctor?

Powers le contempló en silencio unos instantes, echó una ojeada al trípode y luego se dio cuenta de que su diario estaba abierto sobre la mesilla de noche. Preguntándose si Kaldren habría leído las últimas anotaciones, cogió el diario, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta detrás de él.

Del armario colgado junto al espejo sacó una jeringuilla y una ampolla; después de inyectarse, se apoyó contra la puerta esperando que el estimulante obrara sus efectos.

Kaldren estaba en la antesala cuando Powers se reunió con él; leía las etiquetas pegadas a los cestos llenos de libros.

—De acuerdo —dijo Powers—. Almorzaré contigo.

Observó a Kaldren cuidadosamente. El joven parecía más sumiso que de costumbre.

—Bien —dijo Kaldren—. A propósito, ¿piensa usted marcharse?

—¿Te importa, acaso? —inquirió Powers secamente—. Creí que el que te atendía era Anderson.

Kaldren se encogió de hombros.

—No se enfade, doctor —dijo—. Le espero a las doce. Así tendrá

tiempo de cambiarse de ropa. Lleva la camisa muy sucia… ¿Qué es eso? Parece cal.

Powers inclinó la mirada y cepilló con la mano las manchas blancas. Cuando Kaldren se hubo marchado, se desvistió, tomó una ducha y sacó un traje limpio de uno de los baúles.

Hasta que conoció a Coma, Kaldren vivió solo en la abstracta residencia de verano que se alzaba en la orilla norte del lago. Era un edificio de siete pisos construido por un matemático excéntrico y millonario, en forma de cinta de hormigón que ascendía en espiral, enroscándose alrededor de sí misma como una serpiente, revistiendo paredes, suelos y techos. Kaldren era el único que se había interesado por el edificio, y en consecuencia había podido alquilarlo en unas condiciones muy favorables. Por las tardes, Powers le había visto con frecuencia desde el laboratorio, subiendo de un piso al otro a través del laberinto de rampas y terrazas, hasta el mismo tejado, donde su figura delgada y angulosa se recortaba como un patíbulo contra el cielo, allí estaba cuando Powers llegó, poco después de las doce del mediodía.

—¡Kaldren! —gritó.

Kaldren miró hacia abajo y agitó su brazo derecho trazando un lento semicírculo.

—¡Suba! —gritó a su vez.

Powers se apoyó en el automóvil. En cierta ocasión, unos meses antes, había aceptado la misma invitación y al cabo de tres minutos se había extraviado en el laberinto del segundo piso. Kaldren tardó media hora en encontrarle.

De modo que esperó a que Kaldren bajara, cosa que no tardó en hacer. El joven le acompañó a través de cavidades y escaleras hasta el ascensor que les condujo al último piso.

Tomaron un combinado en un amplio estudio de techo encristalado. La enorme cinta blanca de hormigón se desenrollaba alrededor de ellos como pasta dentífrica surgida de un inmenso tubo. De las paredes colgaban gigantescas fotografías, y la estancia estaba llena de mesitas, encima de las cuales se veían una serie de objetos cuidadosamente etiquetados, dominado todo por unas letras negras de veinte pies de altura en la pared del fondo que

componían una sola palabra:

TÚ.

Kaldren apuró de un trago el contenido de su vaso.

—Este es mi laboratorio, doctor —dijo, con evidente orgullo—. Mucho más significativo que el suyo, créame.

Powers sonrió en su fuero interno y examinó el objeto que tenía más cerca, una antigua cinta EEG en cuya etiqueta podía leerse. EINSTEIN, A.: ONDAS ALFA, 1922.

Siguió a Kaldren alrededor de la habitación, sorbiendo lentamente su combinado, gozando de la breve sensación de lucidez proporcionada por la anfetamina. Dentro de dos horas desaparecería, dejando su cerebro en blanco.

Kaldren iba de un lado para otro, explicando el significado de los llamados Documentos Terminales. Son ediciones definitivas, afirmaciones finales, fragmentos de una composición total. Cuando haya reunido los suficientes, construiré un mundo nuevo con ellos. —Cogió un grueso volumen de una de las mesas y lo hojeó—. Las Actas de los Juicios de Nuremberg. Tengo que incluirlas…

Powers lo contemplaba todo con aire ausente, sin escuchar a Kaldren. En un rincón frío tres teletipos, con las cintas colgando de sus bocas. Se preguntó si Kaldren estaba lo bastante despistado como para jugar al mercado de valores, el cual había estado declinando lentamente durante los últimos veinte años.

—Powers —oyó que decía Kaldren—. Creo que ya le hablé a usted del Mercurio VII. —Señaló una colección de hojas escritas a máquina—. Esas son las transcripciones de las señales finales radiadas por la tripulación de la cápsula.

Powers examinó superficialmente las hojas, leyendo una línea al azar.

«… AZUL… GENTE… RECICLO… ORIÓN… METROS…».

—Interesante —dijo, sin el menor entusiasmo—. ¿Qué hacen allí los teletipos?

Kaldren sonrió.

—He estado esperando desde hace meses que me hiciera esa pregunta. Eche una mirada.

Powers se acercó y cogió una de las cintas. La máquina llevaba también su correspondiente rótulo: AURIGA 25 - G. INTERVALO: 69 HORAS.

La cinta decía:

96.688.365.498.695
96.688.365.498.694
96.688.365.498.693
96.688.365.498.692

Powers dejó caer la cinta.

—Me resulta familiar. ¿Qué representa la secuencia?

Kaldren se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

—¿Qué quieres decir? Tiene que responder a algo.

Desde luego. Es una progresión matemática decreciente. Una cuenta atrás, si lo prefiere.

Powers cogió la cinta de la derecha, etiquetada: ARIES 44R 951. INTERVALO: 49 DÍAS.

Aquí la secuencia era:

876.567.988.347.779.877.654.434
876.567.988.347.779.877.654.433
876.567.988.347.779.877.654.432

Powers miró a su alrededor.

—¿Cuánto tarda en llegar cada señal?

—Unos segundos solamente. Tienen una terrible compresión lateral, desde luego. Una computadora del observatorio no puede captarlas. Fueron recogidas por primera vez en Jodrell Bank hace veinte años. Ahora nadie se molesta en escucharlas.

Powers cogió la última cinta.

6.554
6.553
6.552
6.551

—Está acercándose al final —comentó.

Examinó la etiqueta, que decía: FUENTE SIN IDENTIFICAR. CANES VENATICI. INTERVALO: 17 SEMANAS.

Mostró la cinta a Kaldren.

—Pronto habrá terminado.

Kaldren sacudió la cabeza. Levantó un pesado volumen de una mesa y lo meció en sus manos. Súbitamente, la expresión de su rostro se había ensombrecido.

—Lo dudo —dijo—. Esos son únicamente los últimos cuatro

números. La cifra total contiene más de cincuenta millones.

Tendió el volumen a Powers, el cual volvió la cubierta y leyó el título: «Secuencia principal de Señal Seriada recibida por el Radio-Observatorio de Jodrell Bank, Universidad de Manchester, Inglaterra, a las 0012:59 horas del
21-72.
Fuente: NGC 9743, Canes Venatici».

Powers hojeó el grueso fajo de páginas impresas: millones de números, como Kaldren había dicho, discurriendo de arriba a abajo a través de mil páginas consecutivas.

Powers sacudió la cabeza, cogió de nuevo la cinta y la contempló pensativamente.

—La computadora solo anota los últimos cuatro números —explicó Kaldren—. Las series enteras llegan en períodos de 15 segundos, pero una IBM tardaría más de dos años en anotar una de ellas.

—Asombroso —comentó Powers—. Pero ¿qué es?

—Una cuenta atrás, como puede ver. NGC9743, en alguna parte de Canes Vanatici. Las grandes espirales se están rompiendo y dicen adiós. Dios sabe qué creerán que somos, pero de todos modos nos lo hacen saber, irradiándolo a través de la línea de hidrógeno para que pueda oírse en todo el universo… —Kaldren hizo una pausa—. Algunas personas le han dado otra interpretación, pero sólo hay una explicación plausible.

—¿Cuál?

Kaldren señaló la última cinta de Canes Venatici.

—Sencillamente, que se ha calculado que cuando esta serie llegue al cero el universo habrá dejado de existir.

Powers hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Muy considerado por su parte hacernos saber en qué momento del tiempo nos encontramos —observó.

—Desde luego —asintió Kaldren—. Aplicando la ley del cuadrado inverso, la fuente de esa señal está emitiendo a una potencia de casi tres millones de megawatios elevados a la centésima potencia. Casi el tamaño de todo el Grupo Local. Considerado es la palabra.

Súbitamente, Kaldren agarró el brazo de Powers y le miró fijamente a los ojos, temblando de emoción.

—No está solo, Powers, no crea que lo está. Esas son las voces del tiempo, y están despidiéndose de usted. Piense en sí mismo en un contexto más amplio. Cada partícula de su cuerpo, cada grano de arena, cada galaxia lleva la misma firma. Como usted ha dicho, ahora sabe en qué momento del tiempo se encuentra. ¿Qué importa lo demás? No hay necesidad de consultar continuamente el reloj.

Powers cogió la mano de Kaldren y la estrechó calurosamente.

Se acercó a una ventana y extendió la mirada a través del blanco lago. La tensión entre Kaldren y él se había desvanecido, y ahora deseaba marcharse lo antes posible, olvidar a Kaldren como había olvidado los rostros de los innumerables pacientes cuyos cerebros habían pasado entre sus dedos.

Se acercó de nuevo a los teletipos, arrancó las cintas de sus ranuras y se las guardó en los bolsillos.

—Me las llevo como un recordatorio para mí mismo. Dile adiós a Coma de mi parte, ¿quieres?

Avanzó hacia la puerta, y al llegar a ella se volvió a mirar a Kaldren, de pie a la sombra de las dos gigantescas letras de la pared del fondo, con los ojos clavados en las puntas de sus zapatos.

Cuando Powers se alejaba se dio cuenta de que Kaldren había subido al tejado; a través del espejo retrovisor le vio agitar lentamente la mano hasta que el automóvil desapareció en una curva.

El círculo exterior estaba ahora casi completo. Faltaba un pequeño segmento, un arco de unos diez pies de longitud, pero el resto de la pared de seis pulgadas de altura se alzaba sin interrupción alrededor del vial exterior del blanco, encerrando dentro de ella el enorme jeroglífico. Tres círculos concéntricos, el mayor de un centenar de pies de diámetro, separado uno de otro por intervalos de diez pies, formaban la cenefa del dibujo, dividido en cuatro segmentos por los brazos de una enorme cruz que partía del centro, en el cual había una pequeña plataforma redonda a un pie de distancia del suelo.

Powers trabajó rápidamente, vertiendo arena y cemento en el mezclador, añadiendo agua hasta que se formó una espesa pasta y transportándola luego hasta los moldes de madera para verterla en

el estrecho canal.

Al cabo de diez minutos había terminado. Desmontó rápidamente los moldes antes de que el cemento hubiera cuajado y llevó los maderos al asiento posterior del automóvil. Secándose las manos en los pantalones, se acercó al mezclador y lo empujó hasta la sombra de las circundantes colinas.

Sin detenerse a contemplar el gigantesco monograma sobre el cual había trabajado pacientemente durante tantas tardes, subió al automóvil y se alejó, envuelto en una nube de polvo.

Llegó al laboratorio a las tres. Al entrar encendió todas las luces y luego bajó todas las persianas, encajándolas en las ranuras del suelo y convirtiendo la cúpula en una verdadera tienda de campaña de acero.

En los tanques, detrás de él, las plantas y los animales se movieron silenciosamente, respondiendo al súbito fluir de la fría luz fluorescente. Sólo el chimpancé le ignoró. Estaba sentado en el suelo de su jaula, tratando de componer el rompecabezas, estallando en gritos de rabia cuando los cuadros no encajaban.

Powers se quitó la chaqueta y se dirigió hacia la sala de rayos X. Abrió las altas puertas corredizas hasta dejar al descubierto el largo y metálico hocico de Maxitron, y luego empezó amontonar las planchas protectoras de plomo contra la pared del fondo.

Unos minutos después el generador empezó a funcionar.

La anémona se agitó. Bañada por el cálido mar subliminal de radiación que se alzaba a su alrededor, impulsada por innumerables recuerdos pelágicos, se movió cautelosamente a través del tanque, buscando a tientas el pálido sol uterino. Sus zarcillos se contrajeron, al tiempo que los millares de células nerviosas hasta entonces dormidas en sus extremos se reagrupaban y multiplicaban, cada una de ellas absorbiendo la liberada energía de su núcleo. Las cadenas se forjaron por sí mismas, y los zarcillos empezaron a captar lentamente los vívidos contornos espectrales de los sonidos danzando como fosforescentes olas alrededor de la oscurecida cámara de la cúpula.

Gradualmente se formó una imagen, revelando una enorme fuente negra que vertía una interminable corriente de luz sobre el

círculo de bancos y tanques. Junto a ella se movió una figura, regulando el chorro a través de su boca. Mientras andaba, sus pies despedían vívidos estallidos de color, sus manos, discurriendo a lo largo de los bancos, conjuraban un asombroso claroscuro, bolas de luz azul y violeta que estallaban fugazmente en la oscuridad como diminutas estrellas.

Los fotones murmuraron. Mientras contemplaba la reluciente pantalla de sonidos que la rodeaban, la anémona continuaba dilatándose. Sus ganglios se unieron, respondiendo a una nueva fuente de estímulos procedentes de los delicados diafragmas de la corona de su cuerda dorsal. Los contornos silenciosos del laboratorio empezaron a resonar suavemente, olas de sonido transformado cayeron de los arcos voltaicos y despertaron ecos en los bancos y en los muebles. Atacadas por el sonido, sus formas angulosas resonaron con una rara y persistente armonía, Las sillas forradas de plástico ponían un contrapunto de discordancias…

Ignorando aquellos sonidos una vez habían sido percibidos, la anémona se volvió hacia el techo, el cual reflejaba como un escudo los sonidos que vertían continuamente los tubos fluorescentes. Deslizándose a través de una estrecha claraboya, con voz clara y potente, el sol cantó…

Faltaban unos minutos para el amanecer cuando Powers salió del laboratorio y subió a su automóvil. Detrás de él, la gran cúpula estaba sumida en la oscuridad, cubierta por las sombras que la luz de la luna arrancaba a las blancas colinas. Powers dejó que el coche se deslizara hasta la carretera del lago, escuchando el crujido de los neumáticos al rodar sobre la grava azul. Luego puso el automóvil en marcha y aceleró el motor.

Mientras conducía, con las colinas medio ocultas en la oscuridad a su izquierda, se dio cuenta de que, a pesar de que no miraba a las colinas, continuaba teniendo conciencia de sus formas y contornos. La sensación era indefinida pero no menos cierta: una extraña impresión casi visual que emanaba con fuerza de los profundos barrancos y cortadas que separaban un risco del siguiente. Durante unos minutos Powers dejo que la impresión le dominara, sin tratar de identificarla. Una docena de extrañas imágenes se movieron a través de su cerebro.

La carretera se desviaba alrededor de un grupo de chalés

construidos a orillas del lago, llevando al automóvil directamente a sotavento de las colinas, y Powers sintió repentinamente el peso macizo del acantilado que se erguía hacia el oscuro cielo como un risco de greda luminosa y pudo identificar la impresión que ahora se registraba con fuerza en su mente. No sólo pudo ver el acantilado, sino que tuvo conciencia de su enorme vejez sintió claramente los incontables millones de años transcurridos desde que brotó del magma de la corteza de la tierra.

Las crestas que se erguían a trescientos pies de altura, las oscuras grietas y hondonadas, eran otras tantas voces que hablaban del tiempo que había transcurrido en la vida del acantilado, un cuadro psíquico tan definido y tan claro como la imagen visual que percibían sus ojos.

Involuntariamente, Powers había aminorado la velocidad del automóvil, y apartando sus ojos de la colina notó que una segunda ola de tiempo barría la primera. La imagen era más ancha aunque de perspectivas más cortas, irradiando desde el amplio disco del lago y deslizándose por encima de los antiguos riscos de piedra caliza.

Cerrando los ojos, Powers se echó hacia atrás y condujo el automóvil a lo largo del intervalo entre los dos frentes de tiempo, notando que las imágenes se hacían más profundas y más intensas en su mente. La enorme vejez del paisaje, el inaudible coro de voces resonando desde el lago y desde las blancas colinas, parecieron transportarle hacia atrás a través del tiempo, a lo largo de interminables pasillos, hasta el primer umbral del mundo.

Desvió el automóvil de la carretera para adentrarse en el camino que conducía al antiguo campamento de las Fuerzas Armadas. A uno y otro lado, las colinas se erguían y resonaban con impenetrables y vastos imanes inductores. Cuando finalmente llego a la lisa superficie del lago, a Powers le pareció que podía captar la identidad independiente de cada grano de arena y de cada cristal de sal llamándole desde el circundante anillo de colinas.

Estacionó el automóvil al lado del mandala y echó a andar lentamente hacia el borde exterior de hormigón que se curvaba entre las sombras. Encima de él pudo oír las estrellas, un millón de voces cósmicas agrupadas en el cielo desde un horizonte hasta el siguiente, un verdadero dosel de tiempo. Vio el borroso disco rojo

de Sirio, oyó su antigua voz, incalculablemente vieja, empequeñecida por la enorme nebulosa espiral de Andrómeda, un gigantesco carrusel de universos desvanecidos, sus voces casi tan viejas como el propio cosmos. A Powers el cielo le parecía una interminable Torre de Babel, la balada del tiempo de un millar de galaxias superpuestas en su mente. Mientras andaba lentamente hacia el centro del mandala, alzó la mirada hacia la Vía Láctea, desde la cual parecía llegarle un inmenso clamoreo.

Penetrando en el círculo interior del mandala, se dio cuenta de que el tumulto empezaba a remitir y que una voz solitaria y más potente había brotado y estaba dominando a las otras. Trepó a la plataforma central, alzó los ojos al oscuro cielo, moviéndolos a través de las constelaciones hasta las islas de galaxias que flotaban más allá, oyendo las confusas voces arcaicas que le llegaban a través de los milenios. Notó en sus bolsillos las cintas de papel, y se volvió para localizar la lejana diadema de Canes Venatici, oyó su gran voz ascendiendo en su mente.

Como un interminable río, tan ancho que sus orillas quedaban por debajo de los horizontes, fluía continuamente hacia él un vasto cauce de tiempo que se extendía hasta llenar el cielo y el universo, envolviéndolo todo. Avanzando lentamente, de modo que el progreso de su mayestática corriente resultaba casi imperceptible, Powers sabía que su venero era el venero del propio cosmos. Cuando pasó por él, sintió su magnética atracción y se dejó arrastrar por ella. A su alrededor, los contornos de las colinas y del lago se habían difuminado pero la imagen del mandala, semejante a un reloj cósmico, permanecía fija delante de sus ojos, iluminando la ancha superficie de la corriente. Sin dejar de contemplarla, notó que su cuerpo iba disolviéndose, sus dimensiones físicas fundiéndose en el vasto continuo de la corriente, la cual le arrastraba hacia abajo, más allá de toda esperanza, hacia el descanso final, hacia las definitivas playas del mar de la eternidad.

Mientras las sombras se alejaban, retirándose hacia las laderas de las colinas, Kaldren se apeó de su automóvil y echó a andar con paso vacilante hacia el borde de hormigón del círculo exterior. A cincuenta yardas de distancia, en el centro, Coma estaba arrodillada

junto al cadáver de Powers, sosteniendo su cabeza entre sus pequeñas manos. Una ráfaga de viento arrastró hasta los pies de Kaldren un trozo de cinta. El joven se inclinó a recogerla, la enrolló cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo. El aire del amanecer era frío, y Kaldren se subió el cuello de la chaqueta, contemplando a Coma con una expresión impasible.

—Son las seis de la mañana —le dijo a la muchacha al cabo de unos instantes—. Voy a avisar a la policía. Tú puedes quedarte con él. —Hizo una pausa y luego añadió—: No dejes que rompan el reloj.

Coma se volvió a mirarle.

—¿Acaso no piensas volver?

—No lo sé —murmuró Kaldren, dando media vuelta y dirigiéndose hacia su automóvil.

Cinco minutos después estacionaba su automóvil delante del laboratorio de Whitby.

La cúpula estaba sumida en la oscuridad, con todas las persianas echadas, pero el generador continuaba zumbando en la sala de rayos X. Kaldren entró y encendió las luces. Se dirigió a la sala y tocó las parrillas del generador: estaban muy calientes. La mesa circular giraba lentamente. Agrupados en un semicírculo, a unos pies de distancia, se encontraban la mayor parte de los tanques y jaulas, amontonados unos encima de otros apresuradamente. En uno de ellos, una enorme planta semejante a un calamar casi había conseguido trepar fuera de su *vivarium*. Sus largos y traslúcidos zarcillos estaban aferrados a los bordes del tanque, pero su cuerpo se había disuelto en un charco gelatinoso de mucílago globular. En otro, una enorme araña se había atrapado a sí misma en su propia tela, y colgaba indefensa en el centro de una masa tridimensional de hilo fosforescente, agitándose espasmódicamente.

Todas las plantas y animales habían muerto. El chimpancé yacía de espaldas entre los restos de la choza, con el casco caído sobre los ojos. Kaldren lo contempló unos instantes. Luego se dirigió hacia el escritorio y cogió el teléfono.

Mientras marcaba el número vio un carrete de película encima del secante. Examinó la etiqueta y se guardó el carrete en el bolsillo, junto con la cinta.

Cuando hubo hablado con la policía apagó las luces y salió del

laboratorio.

Cuando llegó a la residencia de verano el sol matinal iluminaba ya los balcones y terrazas. Kaldren tomó el ascensor hasta el último piso y se encaminó directamente al museo. Alzó las persianas, una a una, y dejó que la luz del sol bañara los objetos reunidos allí. Luego arrastró una silla hasta una de las ventanas, se sentó y contempló en silencio la luz que penetraba a chorros en la estancia.

Dos o tres horas más tarde oyó a Coma que le llamaba desde abajo. Al cabo de media hora la muchacha se marchó, pero un poco más tarde apareció otra voz y gritó su nombre.

Kaldren se levantó y echó todas las persianas de las ventanas que daban a la parte delantera del edificio. No volvieron a molestarle.

Kaldren regresó a su asiento y dejó que su mirada vagase por la colección de objetos. Medio dormido, de cuando en cuando se levantaba a regular el chorro de luz que penetraba a través de las rendijas de la persiana, pensando, como haría a través de los meses venideros, en Powers y en su extraño mandala, y en los tripulantes del Mercurio VII y su viaje a los jardines blancos de la luna y en las personas azules que habían llegado de Orión y les habían hablado en un lenguaje poético de antiguos y maravillosos mundos bajo unos soles dorados en las islas galaxias, desvanecidos ahora para siempre en las miríadas de muertes del cosmos.

**FIN**